

A man with dark, wavy hair and a light beard is the central figure. He is wearing a white long-sleeved shirt with the sleeves rolled up, and a dark, possibly maroon or burgundy, vest over it. He is looking slightly to his left with a serious, intense expression. The background is dark and out of focus, with a warm light source visible in the upper right corner, creating a moody atmosphere.

SERIE
LORES
PERVERSOS
2

*Lord
Sernon*

LA ESPOSA MORIBUNDA

ANN J. BRANDLEY

Lord Overton

LA ESPOSA MORIBUNDA

ANN J. BRANDLEY



Copyright 2024 de Ann J. Brandley

- Todos los derechos reservados –

Romance Histórico

Libros de Afrodita



El plan despiadado de un hombre desalmado...

Por culpa del testamento de su padre, **Lord Vernon** debe casarse en breve o lo perderá todo. El problema es que no desea una mujer que lo controle y lo aleje de su vida de libertinaje y escándalo.

La solución perfecta sería una esposa al borde de la muerte para quedar pronto viudo y, para conseguirla, busca a una moribunda en un hospicio de pobres.

De esa forma una completa desconocida se convertirá en su esposa, en una extraña ceremonia que deja a sus amigos horrorizados y a su amante enloquecida de furia.

Todo parecía salir según sus planes, hasta que su nueva esposa se recupera y Lord Vernon acaba casado con una completa desconocida, que guarda sus propios secretos.

¿Podrá la actual Lady Vernon, una mujer salida de un asilo de pobres, ganarse a su suegra y a la alta sociedad? Y lo que es menos probable, ¿Podrá conseguir el amor de su frío marido?

◆◆ Aunque esta novela pertenece a una serie, se puede leer de forma independiente.

Índice

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Notas](#)

Prólogo

La lluvia había cesado por fin, y ahora la luna se asomaba irregularmente por detrás de las nubes, arrojando una pálida luz sobre las turbias aguas del río. Había poco viento, aunque era febrero, y el sonido sordo de los pies de los hombres flotaba sobre el aire cargado de niebla del terraplén.

Con un gruñido de satisfacción, el anciano dejó caer su empapada carga al borde de las negras aguas del Támesis, descansando un momento para aliviar los doloridos músculos de su espalda. Su compañero, embozado en los restos sucios de la capa de marcha de un soldado, hurgó en el fardo mojado con el pie.

—No está muerta —dijo meditabundo.

El viejo soltó una carcajada.

—Pronto lo estará, amigo. El río se encargará de eso. Es mejor así. Sin marcas de golpes, eso es lo que dijo el hombre.

—Vamos entonces. Echémosla al agua.

Los dos hombres se inclinaron hacia su tarea y el bulto, escasamente identificable como el cuerpo de una mujer, fue subido a sus brazos. Los hombres dieron lo mejor de sí mismos y con un poderoso empujón el cuerpo fue arrojado al centro del agua fangosa. Unas pocas ondas, una ligera agitación de los juncos, y luego todo volvió a quedar inmóvil a la fría luz de la luna.

El anciano escupió.

—Eso es. No nos entretengamos.

Se deslizaron silenciosamente de vuelta por los lodazales, dos sombras oscuras, envueltas en la niebla;

No había nadie para ver el fardo de harapos que flotaba en la superficie del agua, y nadie para ofrecer ayuda cuando la temblorosa muchacha se hundió inconsciente en los bajíos infestados de juncos.

Capítulo

1

-¿Quizá a los caballeros les gustaría echar un vistazo a los lunáticos, milord? Tenemos un buen número de ellos este mes. —El capellán se detuvo inseguro en el húmedo corredor de piedra, no muy seguro de adónde debía conducir a sus exaltados visitantes.

—¡Un lunático sería apropiado para el trabajo! ¿Por qué no vamos a elegir uno bueno? —Sir Simon Windlan rebotó con embriagado entusiasmo.

El honorable Patrick Barrinton hipó suavemente y luego fijó en su compañero una mirada tranquilizadora.

—Deberías saber que un lunático no serviría de nada. ¿Cómo podría darle una respuesta al párroco? Un lunático arruinaría todo el plan.

El capellán parecía alarmado.

—Señores... Milord. Tenía entendido que había venido en misión de caridad, para sacar a uno o dos afortunados indigentes de la custodia del hospicio.

—Entendió correctamente. —Lord Christian, sexto vizconde Vernon, se enderezó del poste de madera de la puerta, donde había estado recostado, y habló tranquilizadoramente al agitado hombre.

—Sólo tiene que acompañarnos a las habitaciones que albergan a las indigentes. Estoy seguro de que podemos confiar en que la matrona seleccionará una individuo digna para nuestras... ministraciones.

El honorable Patrick Barrinton vio que la expresión del capellán seguía siendo dubitativa, así que se lanzó a hablar, luchando por devolver a su disperso ingenio cierta apariencia de orden.

—Las intenciones del Vizconde son definitivamente caritativas, mi buen hombre. El Vizconde es notable por sus obras de caridad. Muy notable. ¿No es así, Simon?

Sir Simon Windlan, que no estaba lo suficientemente ebrio como para sentirse cómodo diciéndole una mentira descarada, parpadeó varias veces, muy consciente de que le observaba con

cinismo.

—Las intenciones del vizconde son ciertamente honorables —dijo al fin sir Simon, mirando al médico con cierto nerviosismo.

Esta observación aparentemente inocua le pareció al honorable Patrick excepcionalmente graciosa, y se rió ruidosamente durante un momento o dos. El vizconde lo miró brevemente, una sospecha de impaciencia tensó la dura línea de su mandíbula.

—Lleva a Patrick a ver a los locos, es un buen tipo, Simon. Creo que conseguiré mi propósito más rápidamente si sólo me acompaña el doctor Clifford.

Sir Simon y Patrick no se ofendieron por este sumario despido y se alejaron por el pasillo muy animados, zigzagueando esporádicamente de un lado a otro del estrecho vestíbulo del hospicio.

El capellán, que había sido un hombre de buen corazón antes de que el tiempo y la naturaleza de su trabajo le pasaran factura, observó el errático avance de los dos caballeros con tranquila irritación. No pudo evitar pensar que varios de sus internos locos no se comportaban de forma más extraña que los dos hombres que deambulaban por el pasillo, pero a sus pobres internos los mantenía encadenados a la pared. Suspiró y torció el cuello hacia arriba para mirar al vizconde y al médico que le acompañaba. Al menos este noble parecía relativamente sobrio, y el médico tranquilizadoramente respetable.

—Le acompañaré a las salas femeninas, milord —dijo el capellán—. Comprenderá que estamos un poco abarrotados en este momento, a causa de toda la fiebre que hay en la parroquia. Para serle sincero, será un auténtico regalo del cielo que nos quiten de encima aunque sea a una de las enfermas.

El capellán se detuvo ante una imponente puerta de roble, cuyos robustos paneles estaban reforzados por una barra de hierro sujeta con candado a la pared de piedra. Tosió disculpándose mientras soltaba las cadenas.

—Tenemos que mantener separados a los machos y a las mujeres, milord. Son las normas.

Golpeó bruscamente la pesada puerta que fue abierta, tras considerable retraso, por una anciana cuya fuerza apenas parecía suficiente para la tarea. Parecía sobrecogida al ver al capellán y le miraba con ojos asustados, con las manos agarrándose nerviosamente a la mugrienta tela gris de su falda.

—Hemos hecho todo lo que nos ha dicho, señor. No fue culpa nuestra que los sacos no estuvieran cosidos. Más de la mitad de nosotras estamos enfermas, señor, y es difícil hacer el trabajo para dos. ¿Todavía tenemos nuestras cenas, señor?

—Calla, Hetty. No he venido por lo de la costura. Han venido dos caballeros a ver a la

matrona.

—¿Caballeros? —Hetty se asomó a la penumbra del oscuro pasillo y vio la alta figura del vizconde. Ella hizo una torpe reverencia, respondiendo instintivamente a la autoridad innata de su silenciosa presencia. Volvió a hacer una reverencia, menos profunda, al médico.

—Acompañenme, señores. La matrona estará en su despacho.

El capellán se inclinó ante el vizconde.

—Le dejo, milord, si me lo permite. Debo encontrar a sus compañeros antes de que se pierdan por completo. Les pediré que le esperen en mis habitaciones. La matrona puede contarles a usted y al Dr. Clifford todo lo que deseen saber sobre nuestras internas. Mis propios deberes son principalmente con los indigentes masculinos.

—Gracias. —La voz del vizconde era fría, pero cortés—. Le estoy agradecido por su ayuda.

—Es un placer, milord. Es duro para la pobre gente de Londres. Aquí no hay nadie que vele por ellos como en los pueblos. No solemos recibir a nobles como usted de visita.

Por primera vez, un destello de emoción fue perceptible en el rostro del vizconde, pero no dijo nada, limitándose a hacer una leve reverencia al capellán antes de volverse hacia la anciana.

—¿Nos conducirá inmediatamente al despacho de la matrona? Mis carruajes esperan abajo y no puedo mantener los caballos parados mucho más tiempo con este tiempo.

—Sí, milord. —Se alejó cojeando a un trote rápido, haciendo una seña para indicar que la siguieran los distinguidos visitantes. Ahora que su cena estaba asegurada, su paso parecía bastante alegre. No prestó atención cuando la pesada puerta se cerró con estrépito tras el capellán y el estrecho pasillo se sumió en una oscuridad casi total.

Su trayecto hasta el despacho de la matrona fue afortunadamente breve. El hedor que asaltó varias veces las fosas nasales del vizconde amenazó con vencerle, y se vio obligado a mantener los ojos rígidamente fijos en el suelo que tenía delante para evitar tropezar con las figuras apiñadas que se encorvaban desganadas contra las húmedas paredes de piedra. Ahora estaba completamente sobrio por primera vez desde que recibió la carta del abogado hacía cuatro días, y de repente le asaltaron las dudas sobre la sensatez de su proyecto. Resueltamente, se sacudió sus incertidumbres. Necesitaba a una mujer a punto de morir, y ¿en qué mejor lugar podría encontrarla?

El despacho de la matrona, aunque bastante cutre para los estándares habituales del vizconde, parecía un remanso de comodidad después de la fría sordidez del resto del hospicio. El vizconde se acercó inmediatamente al fuego, agradecido tanto por su reconfortante resplandor rojo como por su calor. El Dr. Clifford miró a su alrededor con expresión adusta. Permaneció tan

silencioso como antes.

La Sra. Harley hizo una profunda reverencia, halagada por recibir a tan elegantes caballeros en su despacho. A diferencia del capellán, ella no estaba lastrada por ninguna sensibilidad indebida ni por un corazón demasiado bondadoso. No veía razón alguna para esforzarse en mantener con vida a indigentes irresponsables cuando el sentido común indicaba que todo el mundo estaría mejor si estuvieran muertos. Su regordete pecho y sus mejillas sonrosadas habían engañado a muchos capellanes bienintencionados en cuanto a la verdadera naturaleza de su carácter; pero algún instinto le advirtió de inmediato que ninguno de estos visitantes se dejaría engañar fácilmente.

Se alisó la gorra sobre sus rizos grises y ocultó hábilmente una botella de ginebra tras un cómodo cojín. El mayor de los dos visitantes parecía que podría ser uno de los molestos nuevos metodistas, y no tenía sentido buscarse problemas.

—¿En qué puedo ayudarles, señores? —fingió tímidamente—. ¿Era sobre el envío de chicas a las colonias de las Bahamas?

—No, no lo era. Soy el vizconde Vernon. Este es el Dr. Clifford, mi médico. —Su voz era cortante—. Tengo el permiso del capellán para visitar la enfermería femenina. —Sabía que la breve explicación era inadecuada y que no era probable que satisficiera la ávida curiosidad que veía acechar en los agudos ojillos de la matrona. Intentó ampliar su explicación.

—He decidido elegir a una o dos indigentes y trasladarlas a una de mis fincas. El Dr. Clifford intentará tratar sus dolencias. Por lo menos, los indigentes que elija podrán. . . expirar. . . cómodamente.

Se sintió asqueado por la hipocresía de su aparente caridad. Por un momento se preguntó si frustrar a su padre era justificación suficiente para comprometer su código ético personal. Ahora que había visto las condiciones que reinaban en el hospicio, ya no estaba seguro de querer aprovecharse de ninguna mujer obligada por sus circunstancias a morir en un entorno tan miserable. Entonces se acordó de lady Violet, y su resolución se renovó.

Durante su breve silencio, la matrona miró especulativamente a sus visitantes, preguntándose qué provecho podría haber para ella en esta extraña visita. Por supuesto, no creyó ni una sola palabra de las explicaciones del vizconde. Era difícil imaginar a un hombre menos propenso a dejarse llevar por las visitas caritativas y las buenas obras. La señora Harley podría presidir los pabellones femeninos de un hospicio en los astilleros de Londres, pero reconocía a un miembro de la tonelada cuando lo veía. Pero no había, decidió rápidamente, ninguna ventaja posible que obtener poniendo dificultades en el camino de sus visitantes. Sacó el pesado manojó de llaves de su escritorio y se dirigió apresuradamente hacia la puerta. Su expresión era de lo más maternal.

—Bueno, y estoy segura de que es más que amable por su parte, señor, pensar en mis pobres indigentes solitarios. Vaya, esta misma mañana le decía a nuestro cirujano —¡qué hombre tan dedicado!— que no sabía dónde acudir para conseguir otro jergón o una manta. Ha sido un

invierno cruel, señor, y hay vapores venenosos claramente sobre toda la ciudad. Caen como moscas en esta parroquia. El vicario apenas encuentra tiempo para enterrarlos a todos, y eso es un hecho. Y el suelo es tan duro, que se necesitan tres indigentes sanos sólo para cavar la fosa....er... es decir, la tumba.

Cambió de conversación precipitadamente.

—¿Deseaba mujeres viejas o jóvenes, milord? Tenemos que con bebés, y sin ellos.

El vizconde abrió su caja de rapé e inhaló profundamente.

—Debo saber sus nombres —dijo rígidamente—. Y no deseo un bebé. Por lo demás, su edad me importa poco.

—Bueno, todas tienen nombre, milord. Eso es algo que podemos darles gratis. —La Sra. Harley rió alegremente—. Incluso los pequeños que se quedan en la puerta tienen un nombre.

Se detuvo ante una estrecha puerta y señaló hacia ella con gesto inseguro.

—Éste es el pabellón de la fiebre, milord. ¿Está seguro de que quiere entrar? ¿Quizá el doctor esté más acostumbrado...?

—Deseo entrar yo mismo. —La respuesta del vizconde cortó su vacilación. Pasó rápidamente por delante de las nauseabundas hileras de palés, preguntándose cómo demonios iba a hacer su selección.

El doctor Clifford interrumpió el silencioso examen del vizconde, hablando casi por primera vez desde su llegada al hospicio.

—No sería razonable, milord, esperar que sus sirvientas cuidan a las víctimas de fiebres virulentas o contagiosas.

—¿Tienen todas estas mujeres la fiebre que ahora hace estragos en la ciudad? —preguntó el vizconde a la matrona.

—La mayoría, milord. —La señora Harley cruzó cautelosamente el umbral de la puerta. Normalmente se esforzaba mucho por evitar entrar en las habitaciones de los febriles, dejando todas las tareas de enfermería para los indigentes sanos. Señaló uno de los colchones de paja.

—Aquí Lizzie lleva años en el hospicio. No creo que tenga la fiebre, milord. —La matrona echó un vistazo al viejo rostro gris y al cuerpo encogido que yacía inmóvil sobre el sucio jergón—. Creo que sigue viva, milord. De todos modos, ayer estaba viva a la hora de la cena. Siempre se las arreglan para despertarse por su comida.

—Está viva —convino el doctor Clifford—. Parece que se está muriendo de vejez y de hambre. No tiene fiebre. No todavía, en todo caso.

—Entonces que la lleven a mi carruaje —dijo secamente el vizconde. Sus ojos buscaron en la habitación tenuemente iluminada y cayeron finalmente sobre el rostro de una mujer joven, empujada a un rincón lejano de la sala.

—¿Quién es? —preguntó—. Parece más joven que el resto de sus internas.

—La pescaron anoche en el río Támesis, milord. La nuestra era la parroquia más cercana, así que la trajeron aquí. Helen, dijo que se llamaba. Dijo que se moría de hambre y decidió acabar con todo. No llevaba ni un penique encima y no vestía más que harapos.

—¿Por qué, entonces, está en el pabellón de la fiebre? —preguntó el vizconde, con cierta curiosidad—. Puesto que aún vive, ¿no puede ser alimentada y devuelta a un estado de salud?

La Sra. Harley le miró con lástima.

—Dios le bendiga, milord. Supongo que no aguantará toda la noche. Cuando te mueres de hambre y te tiras al río en febrero, no vives para contárselo a tus hijos. Es un milagro que aún respire. Los parroquianos no nos pagan por alimentar a los que van a morir. Hay más que suficientes para alimentar a los que están bien y en forma.

El vizconde lanzó una aguda mirada a la matrona, antes de dirigirse al lado de la joven. La señora Harley, tristemente consciente de un fallo en su fachada maternal, se apresuró a unirse a él, arropando con más seguridad la única manta alrededor de la demacrada figura de la joven. El vizconde contempló en silencio las blancas mejillas que descansaban sobre un retazo de percal desgarrado, observando desapasionadamente que el cabello castaño de la mujer estaba enmarañado y aún enredado con pequeñas matas de hierba acuática. Tenía las mejillas hundidas y los ojos cerrados. Si no hubiera sido por el agudo traqueteo de sus respiraciones superficiales, no habría sido posible saber que aún vivía. Metió la mano bajo la fina cubierta y sacó las manos de la mujer. Sus dedos desnudos estaban sin sangre y helados.

—Deseo hablar con ella —dijo a la matrona.

—¡Pero, milord, se está muriendo! No puede hablar! —La voz de la señora Harley reveló su agravamiento. Cualesquiera que fuesen los motivos de este extraño hombre, sus posibilidades de obtener un beneficio personal parecían cada vez más escasas. Si él se llevaba a Helen y a Lizzie, ella ni siquiera podría reclamar la asignación parroquial por entierro.

El vizconde levantó la vista de la cama.

—Creo que unos licores la reanimarían. Espero que tenga ginebra. —Su voz era llana, sin rastro de emoción, pero la señora Harley se estremeció.

—Puede que tenga una gota de daffy en alguna parte, milord. La guardo especialmente para ocasiones como ésta.

—Pensé que lo haría. —La sonrisa del vizconde no enseñó sus ojos—. También necesitare un vaso de agua para beber.

La Sra. Harley se apresuró a salir de la sala, con sus mejillas sonrosadas temblando de desaprobación. Se tomaría un buen trago de ginebra antes de volver a desperdiciar su botella en una mujer que probablemente no era mejor de lo que debería ser. Un vaso de agua potable, ¡efectivamente! No le habían dado nada a Helen desde que la habían traído ayer, así que ¿por qué iban a empezar ahora? Era una buena manera de animar a las mujeres que iban por ahí tirándose por las orillas de los ríos. La Sra. Harley olfateó virtuosamente. Recuperó su botella de detrás del cojín y le dio un sorbo con cariño. No muchas matronas, pensó con lágrimas en los ojos, estarían tan dispuestas a sacrificar sus pertenencias por el bien de una simple indigente.

El vizconde tomó la botella de las mugrientas manos de la señora Harley con sólo la más superficial palabra de agradecimiento, e inclinó el borde contra los labios sin sangre de la joven. La mayor parte de la ginebra salpicó su barbilla, antes de escurrirse por su cuello y empapar el mugriento colchón. Al segundo intento, sin embargo, parte del líquido debió de llegarle a la garganta, porque la joven balbuceó ligeramente y su cuerpo se retorció bajo la fina funda. El vizconde apoyó las manos detrás del cuello y los hombros de ella, tirando de ella hasta sentarla. Sus ojos se abrieron brevemente y luego volvieron a cerrarse mientras su cuerpo se debilitaba.

—¡Helen! —Con suavidad, el vizconde le dio un golpecito en la mejilla—. ¿Cuál es tu nombre completo, joven?

—Helen —repitió obedientemente, con los ojos aún cerrados—. Helen Jane Smith.

—¿Puedes abrir los ojos, Helen? Me gustaría ayudarte, si puedo.

—Agua. Quiero agua. —Su voz era un patético graznido, un mero hilo de sonido.

El vizconde hizo un gesto al Dr. Clifford, que se acercó a la cabecera de la cama, con el rostro rígido de desagrado.

—Tome, jovencita. Beba esto. —La voz del Dr. Clifford era ronca, pero sus manos eran suaves cuando apoyó el vaso contra la boca de la muchacha, sus manos se movían para sentir el débil latido del pulso en su muñeca.

Ella bebió el agua agradecida, y esta vez sus ojos se abrieron en reconocimiento de lo que la rodeaba.

—¿Por qué estoy aquí? ¿Quién es usted?

El médico le tocó la frente, alisándole el salvaje desorden de pelo enmarañado de los ojos. Sus manos seguían heladas, su cuerpo, todavía envuelto en las ropas raídas que llevaba cuando la encontraron en el río, ardía de calor. Los ojos del doctor Clifford se encontraron con los del vizconde y, casi imperceptiblemente, asintió con la cabeza.

Volvió a centrar su atención en la mujer de la cama.

—Soy el doctor Clifford. Lleva usted un rato inconsciente. ¿Tiene un marido o algún familiar a quien podamos pedir que se la lleve de aquí?

—Cassie está muerta. El tío Charles también está muerto. —Las palabras crujieron sobre la sequedad reseca de su garganta—. Por favor, no me dejen aquí.

El médico habló enérgicamente.

—Si no hay nadie más... mi... amigo ha venido a llevarte lejos de aquí. Puede venir con nosotros, si quiere intentar mejorarse.

—¿Hago que la lleven abajo, entonces, milord? —preguntó congraciadamente la Sra. Harley—. No creo que pueda caminar, pobrecita.

—Sí, sí. —Ahora que se había hecho la selección, el vizconde parecía impaciente por irse. El médico podía sentir su urgencia por alejarse de esta horrible matrona y de la infernal sala de fiebre con su aura de muerte. El vizconde se apartó de la cama.

—Le esperaré en mi carruaje, doctor Clifford. Confiaré en usted para hacer los arreglos que crea convenientes o necesarios.

—Sí, milord.

El doctor miró al paciente que acababa de ser asignado a su cuidado. El hedor de la hierba de río en descomposición se mezclaba con el indefinible olor de la muerte. Vio a la señora Harley, frotándose las manos en una parodia de preocupación por la chica inconsciente.

—Supongo que puede haber pocas cosas peores que morir aquí.

Capítulo

2

El vizconde Vernon se ajustó los pliegues de su corbata con infinita paciencia. Satisfecho al fin, alargó la mano para extraer un gran zafiro del joyero que tenía a su lado. Sus dedos vacilaron, posados sobre los rígidos pliegues de la muselina blanca. Sir Simon Windlan no pudo tolerar más el silencio.

—¡Maldita sea, Christian! Sabes que no puedes seguir adelante con esto. Piensa en tu reputación, ¿si no te preocupas por tu familia!

El vizconde se detuvo en el acto de introducirse el alfiler de corbata. Su rostro, reflejado en el espejo, expresaba una preocupación exagerada.

—Buen señor, Simon, yo mismo pensé que el efecto era bastante agradable. Y seguramente no deberíamos permitirnos sobrestimar la importancia de nuestro vestimenta. —Sonrió ligeramente—. Reconozco que puede haber dos opiniones sobre la idoneidad de los zafiros, pero seguramente el honor de la familia difícilmente puede considerarse en juego.

Sir Simon se negó a dejarse desviar.

—Sabes muy bien que no quiero decir nada de tu tiepin^[1], Christian, así que no intentes apartarme con tu lengua simplona. Estábamos borrachos esta tarde, todos nosotros. Nunca deberíamos haber ido al hospicio. Patrick y yo nunca habríamos albergado tu compañía si no hubiéramos estado borrachos.

El honorable Patrick Barrinton se removió inquieto.

—Simon tiene razón, viejo amigo. Mal asunto éste. Es cierto que tu padre hizo mal al urdir ese testamento tan ridículo. Pero es mejor casarse con una de las mujeres que conoces y acabar con esto. No puedes ir corriendo a casarte con una bruja del asilo sólo para fastidiar a tu padre. —Pensó profundamente durante un momento o dos—. Además, tu padre está muerto. No hay forma de saber si estaría molesto. Y mientras, tú acabarás atascado con una mujer de los barrios bajos, y sin forma de deshacerte de ella.

El vizconde se apartó del largo espejo, finalmente satisfecho con la disposición de su

alfiler enjoyado.

—Vamos, vamos. Los dos sois unos pusilánimes. Además, habéis olvidado la parte más importante de nuestro plan. No tengo intención de tomar esposa. Pienso quedarme viudo. Entonces, cuando mi herencia esté asegurada, podré casarme con la mujer de mi elección. El Dr. Clifford ha examinado de nuevo a la mujer y dice que está famélica, tiene congestión pulmonar y apenas sobrevivirá a la noche. Puedo casarme esta noche y celebrar mi libertad por la mañana.

Sir Simon, poco dado a profundas reflexiones morales, se sorprendió al detectar un desagradable malestar en alguna región de su estómago.

—Seguro que no está bien aprovecharse de una mujer en su lecho de muerte.

El vizconde habló con impaciencia, tal vez para ocultar sus propias incertidumbres.

—Tú no viste el pabellón de la fiebre, amigo mío, y yo sí. Puedes creerme, que le he hecho a Helen Smith un favor inestimable al sacarla del St. Katharine's Workhouse.

—Si está tan cerca de la muerte, ¿cómo esperas que desempeñe su papel en la ceremonia nupcial? ¿Cómo sabes que estará dispuesta? ¿Que no está ya casada? —Sir Simon sacudió la cabeza con tristeza—. Christian, admitamos que estábamos borrachos y acabemos con el asunto. El Dr. Clifford ya está tieso de desaprobación y no le has contado ni la mitad de tus planes. ¿Qué te imaginas que dirá el vicario, cuando lo saques a rastras en mitad de la noche para celebrar la ceremonia?

—Estamos perdiendo el tiempo —dijo secamente el vizconde—. Tus objeciones carecen de fundamento. Simon, no estaba borracho esta tarde... al menos no durante gran parte de ella. Pareces haber olvidado que estamos en Londres. Podría haber encontrado a media docena de clérigos dispuestos a casarme con el mismísimo diablo siempre que presentara una licencia especial y cinco libras para sus bolsillos. En cuanto al resto de tus preocupaciones, bueno, puedes venir conmigo y escuchar a la chica por sí mismo. Imagino que el Dr. Clifford ya la habrá puesto lo más cómoda posible. Creo que yace en la puerta de al lado. Podemos entrar por mi vestidor.

El honorable Patrick se sobresaltó.

—No puedes ponerla en la vieja habitación de tu madre, Christian. No está bien. No está bien en absoluto.

La expresión del vizconde era cínica.

—Vamos, Patrick. ¿No te diste cuenta de que estabas a punto de presenciar la culminación de una conmovedora historia de amor? Aún no has apreciado ni la mitad de mis poderes de invención. Ven, vamos a inspeccionar a mi novia.

La habitación en la que entraron estaba suavemente iluminada por el resplandor de varias

velas. Las altas ventanas estaban colgadas con cortinas de oro pálido que hacían juego con las pesadas cortinas de seda que rodeaban la cama de cuatro postes. Apoyada sobre tres o cuatro almohadas, la joven parecía sin vida, su cabello castaño claro cayendo alrededor de un rostro de palidez mortal. Sólo en sus altos pómulos, dos pequeñas manchas de un rojo encendido indicaban la fiebre que abrasaba su cuerpo.

El Dr. Clifford levantó la vista cuando los tres hombres entraron en la habitación. Su expresión era severa, toda su actitud tensa de desaprobación. Se inclinó ligeramente ante el vizconde.

—Ya ve, milord, que he cumplido sus órdenes. La anciana ha sido llevada abajo, a las dependencias de la servidumbre, y se le han dado unas gachas. Su principal problema parece ser la subalimentación crónica. La joven ha sido lavada y puesta lo más cómoda posible.

—Gracias. —La voz del vizconde no hizo ninguna concesión a la evidente censura del médico—. ¿Cómo está ella?

El Dr. Clifford se encogió de hombros.

—No hay esperanzas de que sobreviva a la noche. Ni siquiera estoy seguro de que pueda hacer que tome conciencia de lo que la rodea. Nunca debieron dejarla con esas ropas mojadas y, por supuesto, su cuerpo está destrozado por el hambre. No tiene fuerzas para luchar por su vida.

Como para dar la razón a las palabras del médico, la chica se agitó ligeramente y sus labios se torcieron en una mueca torturada.

—Agua... dame... por favor.

Las roncas palabras apenas eran audibles, pero el vizconde cruzó rápidamente a su lado y la levantó suavemente de las almohadas. Le acercó un vaso de agua con limón a sus labios exangües, conmocionado, aunque no dio señales de ello, por el calor seco que quemaba a través del lino de su bata prestada.

—Tengo agua de limón para ti, Helen —dijo en voz baja—. Si la bebes, empezarás a sentirte un poco mejor.

La chica no respondió, pero engulló ruidosamente, casi con desesperación, el líquido frío. Cuando se terminó el vaso, su cuerpo tenso se relajó ligeramente contra el brazo del vizconde.

—Más —susurró—. Necesito más.

El vizconde miró dubitativo al médico.

—¿Es prudente que beba tanto, Clifford? —Miró el rostro pálido que descansaba sobre su brazo—. Parece un poco más animada ahora.

El médico se encogió de hombros.

—Nada de lo que haga tendrá mucho efecto en un sentido u otro, milord. Si su propósito con la joven es... lo que sospecho... será mejor que termine el asunto lo antes posible. Este bien puede ser su último arrebató de conciencia antes del final.

—Gracias por su consejo. —El vizconde sonrió sombríamente—. Aliviaré su conciencia profesional, Clifford, sugiriéndole que baje y pida a uno de los criados que le proporcione una comida. ¿Tendría también la bondad de pedir al ama de llaves y a dos de las sirvientas que suban inmediatamente a esta alcoba? No quiero que los acontecimientos de la próxima hora pasen sin algunos testigos.

—Muy bien, milord. —El Dr. Clifford caminó en silencio hacia la puerta, con la espalda rígida por la desaprobación tácita. En el umbral se volvió, incapaz de contenerse por más tiempo.

—¡Milord! —estalló—. ¿No puede reconsiderar este desacertado plan suyo? Le conozco desde el día de su nacimiento y sé lo que ocurre cuando se le mete el bocado entre los dientes. Pero ésta no es la respuesta, milord. Desde luego que no lo es.

La expresión del vizconde se endureció momentáneamente, pero su respuesta fue suave.

—No tengo ni idea de lo que está hablando, doctor Clifford. Como creo haberle mencionado a primera hora de esta tarde, estoy comprometido en una misión de caridad. El abogado de mi padre me ha sugerido que mi estilo de vida es fuerte en libertinaje y débil en buenas obras. Planeo rectificar el desequilibrio.

—Como usted diga, milord. Convocaré al ama de llaves. ¿Quizás quiera también que haga subir al clérigo que he observado esperando en el pasillo? —No hizo ningún esfuerzo por ocultar el sarcasmo subyacente en su pregunta.

—Eso sería de gran ayuda. —La voz y el rostro del vizconde permanecieron anodinos—. Buenas noches, Dr. Clifford.

Apenas se hubo cerrado la puerta tras el doctor, el vizconde sirvió agua de limón fresca para la moribunda y la instó a beber.

—Helen —dijo bruscamente—. ¿Puedes oírme? ¿Puedes entender lo que te digo?

La muchacha abrió los ojos y, con un evidente esfuerzo, los enfocó en el hombre que estaba a su lado. El honorable Patrick y sir Simon se acercaron a la cama. Era la primera vez que alguno de ellos la veía plenamente consciente.

La muchacha se estremeció convulsivamente.

—El río... —graznó al fin—. Iban a meterme en el río. —Sus ojos se vidriaron con el terror recordado y volvió a desplomarse en la inconsciencia.

Patrick la miró con recelo.

—No parece muy sonrosada, Christian. Quizá deberíamos volver a llamar al Dr. Clifford.

—Patrick tiene razón —convino Sir Simon—. La mujer está demasiado enferma para una boda esta noche. Tendrás que renunciar a tu plan, e intentar encontrar a alguien un poco más sano mañana.

El vizconde respondió pacientemente, como si estuviera haciendo una observación familiar a un grupo de niños difíciles.

—No deseo a alguien más sano. Si quisiera una esposa, podría elegir a cualquiera de una docena de jóvenes vírgenes de sociedad. Os he explicado hasta el cansancio que deseo quedarme viudo.

Miró a sus amigos, registrando sus expresiones de duda y habló rápidamente, con la voz cruda por la exasperación.

—¡Por el amor de Dios! No podéis ver que le estoy haciendo un favor a esta mujer. Fijaos en su entorno... ¡y recordar de dónde ha venido!

Se volvió impaciente hacia la muchacha.

—¡Helen! Ahora estás a salvo. Debes despertarte. Tengo que pedirte que realices un pequeño servicio para mí.

Helen volvió a abrir los ojos y, con un evidente forcejeo, miró al vizconde. Sus mejillas ardían de fiebre mientras se obligaba visiblemente a concentrarse en el hombre que tenía a su lado.

—¿Dónde estoy? —susurró al fin. Aún tenía la garganta reseca por los días sin comida ni agua. Recordó tenuemente la negrura tinta del Támesis cuando se cerró sobre su cabeza, y el frío insoportable y penetrante del manicomio.

—Están todos muertos. —No se dio cuenta de que murmuraba el agónico pensamiento en voz alta, aunque medio percibió la rápida mirada que se cruzó entre los dos hombres que estaban de pie junto a su cama.

El vizconde la apuntaló contra las mullidas almohadas, retirando su brazo para que él también pudiera incorporarse y observarla desde una ligera distancia. Para la muchacha, las altas figuras asomaban distantes y amenazadoras a través de la bruma de su fiebre.

—Soy el vizconde Vernon. —El más alto de los tres hombres se presentó con una ligera inclinación de cabeza.

—Estos caballeros son dos de mis amigos. Sus nombres son Sir Simon Windlan y el Honorable Patrick Barrinton, pero no tiene que molestarse en recordarlo. Helen, te hemos sacado

del hospicio donde te encontramos y hemos intentado que te sientas cómoda. A cambio, deseo pedirte un pequeño favor. —Su voz estaba tensa por el odio a sí misma, mientras empezaba a dar forma a su petición. A la muchacha de la cama le pareció que hablaba con toda la altivez y autoridad de generaciones de poder aristocrático.

—Sí, milord. —El hábito de la obediencia era instintivo—. ¿Qué debo hacer?

—Deseo que te cases conmigo —dijo el vizconde con calma—. Tengo un clérigo esperando abajo que está preparado para celebrar la ceremonia esta noche.

—¿Casarme con usted, milord? —La respuesta de Helen fue lánguida. La petición del vizconde era tan extraña que se sintió segura de que la fiebre estaba distorsionando su comprensión, tergiversando algún comentario sensato y corriente en la tonta petición que parecía haber oído.

—Sí. Debo casarme rápidamente para cumplir con los términos del testamento de mi padre. —Las palabras del vizconde eran apresuradas, impacientes—. Necesito casarme antes de que acabe esta semana, y por eso te pido que te conviertas en mi esposa.

No añadió que su intención era ser viudo y no esposo. No tenía sentido, se aseguró, agobiar la mente de una mujer moribunda con el pensamiento de su muerte inminente.

Para Helen seguía siendo un esfuerzo pensar, y aún más una carga hablar. Ahogó una carcajada histérica, que surgió de su cuadro febril como un jadeo ahogado. Era evidente que su tío se había preocupado en vano por su sobrina, abandonada a la buena voluntad de sus feligreses. ¿Cuánto hacía que había muerto? ¿Un mes? ¿Dos? Ya estaba al borde del matrimonio. La débil risa burbujeó de nuevo, su mente se deslizó hacia el mundo inferior de la semiinconsciencia.

—Oh sí, milord. Me gustaría casarme con usted, por supuesto.

Se hundió más en las almohadas, cerrando los ojos pero aún consciente del murmullo de voces alrededor de su cama. Se dio cuenta al fin de que debía de estar muriéndose, y ahorró energía suficiente para maravillarse de la falsa claridad de sus visiones en el lecho de muerte. Incluso el olor del hospicio se había desvanecido, para ser sustituido por una agradable combinación de humo de velas, hierbas frescas y el caro perfume de su trío imaginario caballero.

—¿Cómo se llamaba? —murmuró—. ¿Con el que me voy a casar? —Una risa débil e impotente le recorrió el cuerpo. Esperaba desesperadamente que esta visión no se desvaneciera, devolviéndola a la dura y fría realidad del pabellón de fiebre del hospicio.

—Soy Vernon —dijo la fría voz que ya recordaba—. Mi nombre de pila completo es Christian Giles Carlton Vernon. ¿Creo que me ha dicho que su nombre es Helen Jane? ¿Helen Jane Smith?

—Sí —susurró ella, satisfecha de que su sueño no se hubiera esfumado. Tal vez, después de todo; morir sola no sería tan malo. Pero la fiebre la traicionó una vez más.

—¡Smith! —exclamó en voz baja—. Es un nombre vulgar tan bonito.

—¡Maldita sea, Christian! —Sir Simon no pudo contenerse más—. Traigamos al párroco y acabemos con esto. No puedo soportarlo mucho más. Es monstruoso... inhumano.

El vizconde cruzó sin prisas hacia la puerta e hizo un gesto a la gente reunida en el pequeño pasillo fuera de la alcoba.

—Ya pueden entrar.

Se dirigió al ama de llaves mientras pasaba de puntillas junto a él hacia la habitación de la enferma.

—Le he pedido que venga para que... mi prometida pueda tener una mujer que le haga compañía. Entre la señorita Smith y yo existe un apego que viene de lejos. A mi ruego, ella ha consentido en honrarme mediante una ceremonia de matrimonio. Como puede ver la señorita Smith está... muy enferma.

La Sra. Rodley miró solemnemente a la pálida figura apoyada en la cama. Su corazón se debatía entre el deleite por una ceremonia nupcial en el lecho de muerte, y la pena de que la dicha nupcial del vizconde resultara ser de tan corta duración.

Miró significativamente a las doncellas y luego se volvió hacia el vizconde.

—Mary, Eliza y yo les ofrecemos nuestros respetuosos buenos deseos —dijo.

El vizconde sonrió cortésmente a las y consiguió parecerlo, aunque luchaba por contener una pena insoportable. Esperaba fervientemente que, por una vez, la asombrosa intuición de sus sirvientes no sacara a la luz todo el secreto. Habló en voz baja.

—Gracias, señora Rodley. Sólo puedo lamentar que los escrúpulos de la señorita Smith impidieran que nos casáramos antes. Ahora es casi demasiado tarde.

Sir Simon y el honorable Patrick miraron a su amigo con considerable asombro, y el vizconde se volvió para hablar rápidamente con el párroco, antes de que a su ama de llaves se le ocurriera alguna pregunta incómoda. En cualquier momento, alguien se daría cuenta de la ausencia de su madre, la vizcondesa viuda, y entonces no tendrían fin las preguntas incómodas.

—¿Ha venido preparado con los papeles necesarios? —preguntó al párroco.

El párroco Jakes, cuya curiosidad natural estaba considerablemente embotada por la enorme cantidad de ginebra que había consumido desde que recibió del vizconde el anticipo de un soberano de oro, sintió no obstante una chispa de interés ante esta insinuación de romance

frustrado. Pero, tras observar detenidamente el gélido rostro del vizconde, no se aventuró a hacer preguntas impertinentes. Inclinandose, o tan bajo como le pareció seguro teniendo en cuenta el licor que se arremolinaba en su organismo, sonrió congraciadamente.

—Los certificados están todos en regla, milord. Sólo necesitan que los nombres y las firmas se correspondan con los escritos en la licencia especial del obispo.

—Escribiré nuestros nombres de bautismo completos —dijo brevemente el vizconde—. Los necesitarán durante la ceremonia.

El párroco se sintió caldeado por un resplandor de bondad, sólo en parte inspirado por la ginebra, y miró con paternal benevolencia hacia la patética figura de la cama. Bien familiarizado con la muerte, no necesitó palabras del vizconde para convencerse de que la novia se cernía al borde de la muerte. Se acercó sigilosamente a la cabecera de la cama, aclarándose la garganta en nerviosa anticipación de la ceremonia que se avecinaba. Hacía muchos años que no se encontraba en un entorno tan opulento. Se inclinó sobre la cama, buscando en los oscuros recovecos de su memoria para recuperar los modales sacerdotales que antaño habían sido su mayor motivo de orgullo.

—Bien, hija mía. He venido a asistir a tu boda. —Carraspeó de nuevo, deseando tener el valor de pedir un trago de ginebra. Había una tensión en la atmósfera de esta habitación que le estaba haciendo sentirse claramente incómodo.

—¡Padre! —Los ojos de la joven se abrieron de golpe y se posaron fugazmente en el cuello clerical y el raído traje negro del clérigo—. ¡Padre! —exclamó alegremente—. ¡Ha venido a llevarme al cielo!

Esta prueba de la naturaleza piadosa de la señorita Smith, y su conciencia de la inminencia de la muerte, redujeron a la señora Rodley y a las dos criadas a un estado de sentimentalismo lacrimógeno. Patrick, sin embargo, se sintió embargado por emociones muy distintas.

—¿Lo has oído? —susurró a Sir Simon—. Ha dicho «Padre». Probablemente sea papista... una de las inmigrantes irlandesas. ¿Crees que es legal cuando un párroco de la Iglesia de Inglaterra te casa con una papista?

—Por supuesto que lo es —dijo Sir Simon enérgicamente, con una voz que no lograba transmitir convicción—. Además, Christian no es papista y la chica no va a vivir lo suficiente como para protestar.

Se sumieron en un silencio sombrío e incierto. Decidieron que Christian debía de estar medio loco para insistir en casarse con aquella muchacha de la que no sabían absolutamente nada. La frustración por los términos del testamento de su padre le había llevado fuera de los límites de lo racional.

El vizconde ignoró las miradas inquietas de sus dos amigos y, una vez completados los certificados, se plantó de lleno junto a la cama de su supuesta prometida. No quería más intentos

de conversación cortés y no deseaba arriesgarse a más revelaciones potencialmente embarazosas de la mujer con la que estaba a punto de casarse.

—La señorita Smith está muy débil, como puede ver —le dijo al clérigo—. Sería mejor que nos casara lo antes posible, para que no exijamos sus fuerzas innecesariamente.

Tomó las manos de Helen entre las suyas y dijo bruscamente:

—Tenemos a Sir Simon Windlan y al honorable Patrick Barrinton para que actúen como testigos. La Sra. Rodley ofrecerá su brazo para sostener a... mi novia. Pueden proceder con la ceremonia.

Patrick miró ansiosamente a la muchacha en la cama, pero sus ojos permanecían abiertos y aparentemente conscientes de lo que la rodeaba. El párroco rebuscó en los bolsillos de su descolorido abrigo clerical y sacó un ejemplar algo andrajoso del Libro de Oración Común. Abrió el volumen con manos que temblaban ligeramente.

Su voz tropezó apresuradamente con las frases familiares de las exhortaciones iniciales, sólo se ralentizó ligeramente cuando llegó al punto crucial del intercambio de votos. Miró a la novia espectral, con la cabeza apoyada en los brazos del ama de llaves, su expresión soñadora y lejana. Habló más bruscamente de lo que pretendía, temiendo que ella se desvaneciera antes de que pudiera pronunciar las últimas palabras de unión.

—Repítele conmigo. *«Yo, Helen Jane, te tomo a ti, Christian Giles Carlton... »*

Su voz, débil y delgada, repitió las promesas después de él. Sus ojos, mirando fijamente a lo lejos, parecían concentrados en alguna visión negada a los demás ocupantes de la habitación. Los sollozos hipotizantes de la señora Rodley puntuaban la ceremonia a intervalos regulares, y sir Simon descubrió que estaba conteniendo la respiración como en previsión de alguna espantosa emergencia.

Hubo un suspiro concertado de los espectadores cuando el vizconde se quitó su gran anillo de sello y lo empujó suavemente sobre los consumidos dedos de su esposa. Colgaba sin fuerza de su delgada mano, un enorme bulto de oro macizo contra la palidez exangüe de su piel.

El párroco Jakes se secó un hilillo de sudor de la frente y sonrió feliz. Había cumplido su tarea y ahora le esperaban otras cuatro monedas de oro. A dos peniques el chupito, podría comprar ginebra suficiente para que le durara un año o incluso, maravilloso pensamiento, una botella de auténtico brandy. Sonrió de nuevo al vizconde.

—Bien, milord, el nudo está hecho. Sólo tiene que firmar los papeles. Y la nueva vizcondesa también. Firma la señorita Smith por última vez, ¿no es así, milord?

Hubo silencio durante uno o dos segundos, antes de que el vizconde y sus amigos se apresuraran a hablar. Los tres se dieron cuenta en el mismo momento de que una indigente del

hospicio sería casi con toda seguridad analfabeta. Helen Smith probablemente estaba acostumbrada a marcar su nombre con una «X», si es que alguna vez había sido llamada a firmar un documento.

La voz del vizconde se impuso finalmente a los balbuceos incoherentes de sus amigos.

—Debéis entregarme la pluma —dijo con calma—. Naturalmente, tendré que ayudar a la vizcondesa en esta tarea. Su fuerza no es suficiente para sostener una pluma.

Hizo un gesto a Sir Simon para que trajera plumas y tinta, y luego se sentó en la cama junto a su esposa. Levantó con cuidado los dedos blancos como el hielo, reprimiendo todo signo visible de la emoción que le embargaba ante el toque ligero como una pluma de la mano de su esposa. Le entregó la pluma y rodeó el astil con los dedos de ella.

Con un movimiento violento, ella arrancó la mano de su agarre, un grito de terror sacudió su cuerpo.

—¡No! —jadeó—. No me obligarás a hacerlo. No lo haré. Puedes matarme antes de que firme.

Sus ojos, que ya no se centraban en la visión distante, ardían de rabia apasionada mientras miraban fijamente al vizconde.

—Puede que sea inocente en su mundo, señor, pero no soy estúpida. Jamás ¡firmaré!

Se desplomó contra las almohadas, con el cuerpo agitado por estremecedoras respiraciones mientras luchaba por introducir aire en sus pulmones.

—¡Milord! —El párroco se horrorizó ante este repentino desmoronamiento de su sonrosada interpretación de la escena de la alcoba—. ¡Milord! Usted me dio a entender que esta ceremonia era la consumación de un antiguo apego. Como hombre del clero, no puedo tolerar un matrimonio forzado.

El vizconde se volvió hacia él con impaciencia.

—El matrimonio no fue en modo alguno forzado para la señorita Smith. Usted mismo vio con qué buena voluntad dio todas las respuestas. Además, la escritura ya está hecha y su firma es una mera formalidad. ¿No ve que su mente divaga? Está en un delirio. ¿No le dije que había razones por las que no podíamos casarnos antes? Su mente ha vuelto a... vuelto a las circunstancias de su propia situación familiar.

Sir Simon lanzó un agudo suspiro de alivio ante la rapidez mental de su amigo.

—En efecto, señor —dijo al párroco—. No necesita preocuparse por este matrimonio. Yo mismo oí a la señorita Smith acordar con el vizconde que deseaba casarse. Justo antes de su entrada en esta habitación, la señorita Smith estaba bastante lúcida y parecía deseosa de que se

produjera el matrimonio.

El párroco pensó con añoranza en su botella de brandy. Miró con desgana la figura indefensa en la cama, tranquila ahora bajo las manos tranquilizadoras de la señora Rodley. La vizcondesa estaría muerta por la mañana y sus cuatro guineas le durarían un año. Se encogió de hombros. La breve lucha con su conciencia había terminado.

—Muy bien, milord. ¿Sería tan amable de firmar tanto en su nombre como en el de su señoría? Dadas las circunstancias... en vista de la salud de la vizcondesa, estoy seguro de que su firma será aceptable.

El vizconde sacó una bolsita de su bolsillo e inclinó irónicamente la cabeza hacia el párroco.

—Me complace que su criterio coincida con el mío —dijo con indiferencia. La bolsa se deslizó fácilmente de la mano del vizconde a la palma levantada del párroco.

—Estoy seguro de que mi mayordomo estará encantado de ofrecerle algún refrigerio antes de que vuelva a los deberes de su parroquia.

El párroco con los dedos apretando el satisfactoriamente sólido monedero, salió de la alcoba haciendo una profunda reverencia a cualquiera que se cruzara con su mirada. La puerta se cerró suavemente sobre sus pasos que se retiraban rápidamente.

La Sra. Rodley levantó la vista de sus atenciones junto a la cama.

—Está terriblemente tranquila, milord. —El ama de llaves recordó el nuevo estado de su paciente y enmendó sus palabras.

—Es decir, su señoría parece estar... er... hundiéndose, milord. —Bufó ruidosamente—. Y seguro que fue tan hermosa.

El vizconde lanzó una mirada rápida y sobresaltada a la figura inconsciente de su nueva esposa.

—Deseo estar solo —dijo al fin—. Señora Rodley, tal vez sería tan amable de ocuparse de que Sir Simon y el honorable Patrick reciban algo de comer antes de retirarse a lo que queda de noche. —Sonrió, una sonrisa genuina que iluminó su rostro con un encanto hasta entonces insospechado.

—Me temo que ha sido un día largo para todos. —Patrick intentó una leve protesta.

—No puedo dejarte solo. En absoluto. Simon y yo te haremos compañía.

El vizconde miró a sus amigos desde debajo de unos párpados encapuchados. Su expresión

era inescrutable.

—Deseo estar a solas con mi esposa, Patrick. No obstante gracias por tu generosa oferta.
—Sir Simon arrastró los pies incómodo.

—Bueno, por supuesto, Christian, si eso es lo que prefieres, Patrick y yo no diremos nada más. Nos veremos mañana por la mañana, sin duda.

—Sin duda —convino tranquilamente el vizconde, y observó la pequeña fila de sirvientes y amigos que salía por la puerta del dormitorio. Su mirada volvió a la muchacha en la cama y, como atraída por la intensidad de su mirada, sus ojos se abrieron.

—¿Qué? ¿Todavía aquí, milord? —La muchacha rió débilmente, sus ojos apreciaron el elegante aspecto del vizconde con franca aprobación.

—Me alegro de haberte imaginado —dijo suavemente—. Eres un bonito sueño. —Sus manos se tensaron sobre el fino lino de las sábanas y un estremecimiento de pánico recorrió su rostro—. ¿No dejarás que todo esto desaparezca? ¡Prométeme que no lo harás! No quiero volver allí.

El vizconde le cogió la mano agitada.

—Te lo prometo —dijo en voz baja—. Te prometo que no volverás al hospicio. —Le tocó las mejillas encendidas, viendo cómo el sudor se deslizaba por su maraña de pelo castaño.

—No creo, milady vizcondesa, que vayas a ir a ninguna parte.

Capítulo

3

Un joven sirviente abrió de golpe la puerta de la sala de desayunos, haciendo que sir Simon Windlan y el honorable Patrick levantaran la vista de su silencioso consumo de carne asada fría y riñones asados. El vizconde, recién afeitado pero con el rostro aún devastado por las huellas del agotamiento, entró silenciosamente en la habitación. Se desplomó ante la mesa, sin decir nada hasta que un lacayo intentó colocar un poco de jamón en el plato vacío que tenía delante. Impaciente, ordenó al criado que se fuera, mirando morosamente las llamas que saltaban alrededor del carbón amontonado en la chimenea.

Fue Sir Simon quien rompió el lúgubre silencio.

—Er... ¿cómo va todo, Christian? Es decir, quiero decir... la chica. ¿Ella está...? —Tosió torpemente—. Helen... ¿ha fallecido?

El vizconde se volvió de su contemplación de la chimenea. Una sonrisa amarga torció su boca.

—Pues no, Simon. Tus felicitaciones están en orden. Lady Vernon ha sobrevivido a la crisis. El Dr. Clifford está ahora con mi esposa y me asegura que con una alimentación nutritiva y reposo absoluto, no hay razón para que no se recupere por completo.

Miró el horror registrado en los rostros de sus amigos y rió con dureza mientras se paseaba arriba y abajo por la habitación.

—Bueno, ¿no vais a felicitar me? En lugar de encontrarme viudo esta mañana, ¡me encuentro como el orgulloso poseedor de una nueva vizcondesa! Vosotros, más que nadie, comprenderéis lo admirablemente adecuada que la encuentro para ese papel.

Enfadado, se volvió hacia uno de los lacayos.

—¡Tráeme un poco de borgoña y luego lárgate de aquí, todos vosotros! Di al resto de los sirvientes que no se me moleste... para nada... ¿entendido?

—Sí, milord. —Los criados se retiraron en discreto silencio. Sabían que no debían

contrariar a su señoría cuando entraba en uno de sus estados de ánimo. Sir Simon, Patrick y el vizconde se quedaron mirándose a través de la reluciente superficie de la mesa. Esta vez fue Patrick quien rompió el silencio lleno de tensión.

—¿Tú te quedaste con... er... Lady Vernon toda la noche, Christian?

—¡Oh, sí! —El vizconde rió burlonamente—. Sentí que era mi deber, ya sabe. Después de todo, me había casado con la mujer, lo menos que podía hacer era permanecer a su lado hasta el final.

—¿Qué ocurrió? —La pregunta de Sir Simon fue brusca—. Cuando salimos de la habitación ella estaba a punto de morir. ¿Por qué dice ahora el Dr. Clifford que se recuperará?

El vizconde se encogió de hombros.

—El doctor Clifford no está muy comunicativo esta mañana. Está demasiado ocupado atendiendo a su paciente. Y cualquier energía sobrante que tiene, la está dedicando a señalar que me advirtió que no me arriesgara a casarme con la chica.

—¡Pero no puede ser! Tenía congestión pulmonar y una fiebre galopante. ¡Su mano estaba más débil que la pata de un gatito recién nacido! Ahora nos dices que sobrevivió a la crisis. ¿Qué pasó durante la noche?

El vizconde echó hacia atrás su silla, tirando otra copa de borgoña antes de acercarse a la chimenea y mirar malhumorado a las profundidades de las brasas ardientes.

—Si la hubiéramos dejado en el hospicio, por supuesto que habría muerto. Si me hubiera atrevido a ignorar sus gritos anoche... entonces también habría muerto. Pero me vi incapaz de resistirme a sus súplicas de agua. Cuando luchó por respirar, la levanté. Cuando el sudor brotó de su frente, le apliqué paños fríos. —Se encogió de hombros—. En resumen, desempeñé el papel de enfermera cariñosa y ahora soy recompensado con la vida de mi paciente.

Sir Simon cogió la jarra de borgoña.

—Tiene que haber alguna solución, Christian. Debes ver a Hathaway y preguntarle por una anulación. Seguro que podría arreglarse.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó el vizconde con cansancio—. Después de todos los cotilleos y escándalos que han acompañado a nuestra familia desde que se conocieron los términos del testamento de mi padre, ¿cree que estoy dispuesto a someterme a mí mismo y a mi madre a un escándalo como el que eso provocaría? ¡Dios mío! Una anulación probablemente requiera una Ley del Parlamento para un par, igual que lo haría una Ley de Divorcio. ¿Y por qué iba yo a someterme a esto? Aún no podría casarme con Lady Violet. Aún no podía heredar la fortuna de mi padre. Sabes que sólo me quedaban cuatro días según los términos de su testamento.

—¿Entonces qué piensas hacer, Christian?

—Veré a Hathaway y reclamaré mi herencia. —Sonrió amargamente—. No me cabe duda de que me resultará considerablemente más fácil pensar en mi futuro cuando esté amortiguado por el conocimiento de que varios miles de libras esterlinas reposan en mi cuenta bancaria. —Miró a sus amigos y luego rió con dureza.

—Ya que me he encontrado casado con una puta de los barrios bajos de los astilleros de Londres, bien puedo disfrutar de una última aventura antes de verme obligado a retirarme de la sociedad.

—No sabemos si es una puta, Christian. —Patrick habló con cautela—. Podría ser una mujer respetable, venida a menos. No todas pueden ser putas en el muelle. No hay suficientes hombres para todas.

La boca del vizconde se torció en una sonrisa.

—¡Vaya, ese es un pensamiento alegre! Con suerte, ¡puedo encontrarme casado con la hija virgen de un estibador analfabeto! ¡Qué perfectamente se adaptará a una vida como vizcondesa Vernon! ¿Debo presentarla primero en uno de los salones de la reina, o debo limitarme a pedir vales para Almack's?

Arrojó su copa sobre el hogar de piedra, haciendo rechinar las delicadas piezas de cristal bajo el tacón de su bota de montar.

—En general, caballeros, creo que preferiría una puta. Su moral estará perfectamente en consonancia con la del resto de mis conocidos.

Saludó brevemente con la cabeza a los dos hombres silenciosos.

—Me despido de ustedes, por el momento. Me encuentro con que asuntos urgentes me llaman al despacho de mi abogado. Pero creo que nos veremos esta noche... en casa de Lady Violet, ¿no es así?

Se dio la vuelta desde el umbral de la puerta y rió cínicamente.

—Confiaré en vosotros para que me ayudéis a celebrarlo por todo lo alto. ¡No todos los días se casa uno de nosotros!



Mr. Hathaway saludó a su noble cliente con una reverencia deferente. Mientras un empleado se ocupaba de acomodar al vizconde en el sillón más cómodo de la sala, el señor Hathaway le tendió una jarra de brandy y dos copas grandes. Al amparo de un cortés intercambio de opiniones sobre el tiempo y la salud de la vizcondesa viuda Vernon, el abogado examinó la expresión

prohibitiva de su cliente con considerable cautela. El vizconde Vernon no podía considerarse, ni por asomo, una persona fácil de aconsejar y hoy su humor parecía especialmente precario.

El señor Hathaway ya había pasado once meses agotadores explicando al vizconde por qué no se podía anular el testamento de su padre. A los ojos de la ley, el testamento podía considerarse excéntrico, pero su validez estaba fuera de toda duda. El viejo vizconde Vernon había dejado las tierras del patrimonio familiar en estricta conformidad con los términos de la vinculación original. Por lo tanto, había tenido perfecta libertad para disponer de sus otras rentas, joyas y bienes personales de la manera que deseara. Era simplemente desafortunado para el actual vizconde que la tierra vinculada tuviera poco valor, mientras que los bienes personales de su padre producían unos ingresos de varios miles de libras cada año. El Sr. Hathaway había pasado muchas tardes cansadas intentando convencer a su noble cliente de que el testamento podía ser poco razonable, pero que lo poco razonable no lo convertía en ilegal.

El abogado suspiró tranquilamente y ofreció al vizconde una segunda copa de brandy. Temía que esta entrevista, que tenía lugar sólo cuatro días antes de que el vizconde perdiera su herencia, iba a ser más difícil que cualquiera de las anteriores. Sentándose tras la reconfortante familiaridad de su amplio escritorio, el señor Hathaway intentó hablar con firmeza.

—Bien, milord, le escribí la semana pasada y le dije que «nuestra última apelación para anular los términos del testamento de su padre había fracasado». Por lo tanto, ahora es mi deber recordarle que dentro de cuatro días me verá obligado a entregar el remanente de los bienes de su padre a lord Paul Gillingham. Lord Gillingham es, por supuesto, el heredero designado por su padre en caso de que usted no se case de acuerdo con sus deseos.

El señor Hathaway revolvió sus papeles para cubrir el incómodo silencio. Sabía lo amargamente que le molestaba al vizconde la humillación pública del testamento de su padre. Vio cómo la mano del vizconde se apretaba en torno al delicado tallo de la copa de coñac, y un brillo de simpatía apareció de improviso en sus ojos.

—Milord —dijo con una suavidad desacostumbrada—. Debe intentar resignarse a los hechos de la situación. —El abogado vaciló un momento, luego se encogió de hombros mientras se lanzaba a hablar.

—Intente comprender el estado de ánimo de su difunto padre, milord. Su hermano fue asesinado en la Península, sin dejar herederos. Usted mismo ya ha pasado la treintena y, perdóneme, milord, es famoso por su paso por los salones de juego y apuestas y... er... alcobas de la sociedad londinense. Lamento mucho que el último vizconde decidiera establecer en su testamento que usted sólo podría heredar sus bienes personales si se casaba en el plazo de un año. Lamento aún más que su padre declarara expresamente que usted no podría casarse con lady Violet Donnely a menos que estuviera dispuesto a renunciar a su herencia. Pero estas cosas están hechas, milord. Los términos del testamento de su padre son hechos que deben ser aceptados.

El vizconde se puso en pie y miró al abogado con ojos fríos. Su voz se engrosó por el disgusto.

—Como usted ha señalado, Hathaway, ya he pasado la treintena y estoy acostumbrado a llevar mis asuntos personales fuera de la luz de la especulación pública. Mi... Relación...con lady Violet Donnely había provocado suficientes chismes escandalosos mucho antes de que mi padre decidiera dar fundamento escrito a los rumores que circulaban por toda la sociedad londinense. Cuando lady Donnely enviudó tres meses antes de la muerte de mi padre, me vi obligado por el honor a casarme con ella. Esperamos simplemente para que ella pudiera cumplir el año de su luto formal por la muerte de sir Henry Donnely. Las especulaciones sobre lo que yo haría ahora que lady Donnely era viuda apenas se habían extinguido antes de que los términos del testamento de mi padre se hicieran de dominio público. Le dejaré imaginar mis sentimientos ante la deshonra que mi padre ofreció a la mujer con la que deseaba casarme.

El señor Hathaway miró fijamente a su cliente.

—Intenté protestar ante el difunto vizconde —dijo—. Durante la última recaída de su padre, le señalé que usted tenía una... obligación... con Lady Donnely. Su padre, milord, fue muy franco sobre el tema de su obligación. Ahora puedo verlo, milord. —Se limitó a resoplar con algo de su antiguo vigor y dijo—: ¿Cree que no sé lo que la joven calenturienta se sentirá obligada a hacer por honor? Por eso quería la cláusula. No me importa lo que Christian diga de mí después de que no esté aquí para escucharle.

El Sr. Hathaway volvió los ojos a los papeles de su escritorio.

—No pude conseguir que su padre cambiara de idea, milord.

El vizconde salpicó brandy de la jarra en su copa, con temerario desprecio por la pulida superficie de la mesa.

—No he venido aquí para hablar de mi padre —dijo secamente—. He venido a informarle de mi matrimonio.

Arrojó una colección de papeles sobre el escritorio frente al abogado.

—Creo que encontrará los certificados en regla.

Con dedos temblorosos, el abogado sacó un certificado de matrimonio del delgado paquete de papeles. Sus ojos parpadearon sobre el nombre de la novia y un escalofrío de alivio le recorrió. La apuesta del viejo vizconde había dado resultado. Helen Jane Smith. Un nombre poco distinguido para la esposa del vizconde Vernon, pero al menos el joven tonto no se había casado con lady Violet Donnely. Hathaway intentó reunir su disperso ingenio.

—¡Milord, ésta es sin duda una noticia de lo más inesperada! No nos dio ninguna pista de sus intenciones cuando le vimos hace sólo diez días. —Se permitió una sonrisa radiante—. Y una noticia de lo más feliz, por supuesto. Le ofrezco mis felicitaciones, milord. Estoy encantado con este feliz desenlace, como estoy seguro que deben estarlo todos sus amigos.

—Un alegre desenlace ciertamente —dijo cínicamente el vizconde. Se rió de algún pensamiento interior y luego volvió un rostro amargo hacia el abogado—. Esperaré con impaciencia el momento en que pueda presentarle a mi esposa.

—Será un honor, milord.

—Eso está por ver. Quizá cuando conozca a la nueva lady Vernon se pregunte si fue prudente actuar como cómplice de mi padre en la redacción de ese infame testamento.

—Apenas fui cómplice, milord. —El señor Hathaway habló con tranquila dignidad, sin intentar desentrañar el significado de los crípticos comentarios del vizconde.

—Como acabo de decirle, intenté en varias ocasiones que se eliminaran las cláusulas ofensivas del testamento de su padre. El antiguo vizconde insistió en que permanecieran. Soy un mero asesor, milord. No puedo dictar los términos del testamento de su padre.

El vizconde se pasó la mano por la frente con gesto cansado.

—Tiene usted toda la razón, por supuesto. Sé que siempre ha hecho lo mejor por mí, Hathaway. Pero no puedo fingir que estoy feliz de encontrarme casado cuando se me ha prohibido públicamente la esposa de mi elección.

El abogado miró fijamente a su cliente.

—Le conozco, milord, desde que llevaba pantalones cortos, así que tendrá que perdonarme si le hablo con franqueza. El comentario que acaba de hacer no servirá para nada. Debería tener cuidado de no repetirlo fuera de los confines de esta habitación. —Se aclaró la garganta con inquietud.

—Ambos sabemos, milord, que ha habido... conjeturas... respecto a la posibilidad de su matrimonio. Debemos esperar que su esposa pueda ser presentada en sociedad de una forma que no dé a nadie motivos para más habladurías. Estoy seguro, ya que ha decidido dar un paso tan sensato, de que ha sido lo suficientemente sabio como para seleccionar a una joven cuya crianza y modales son igualmente impecables. Ha llegado el momento de poner fin a los interminables escándalos asociados al apellido Vernon.

El vizconde permaneció en silencio durante dos o tres tensos segundos. Luego se rió brevemente.

—No creo que hoy esté preparado para más homilías, Hathaway. Su buen sentido siempre me reduce a un incómodo estado de duda. —Se puso en pie y permaneció erguido, casi imponente en el despacho de vigas bajas.

—Sólo permítame disponer de algunos de los fondos que ahora son míos. Debo saldar algunas deudas antes de irme de Londres. Creo que estoy planeando llevarme a mí... esposa... al

campo.

—Sin duda se beneficiará de un período de tranquila relajación. ¿Aunque quizá no sea del todo prudente alejarse de la ciudad tan pronto después de dar el paso hacia el matrimonio...? —El abogado se apresuró a corregir la más mínima impresión de reproche.

—Me aseguraré de que los fondos se ingresen en su cuenta de Coutts el jueves por la mañana. Espero que le parezca tiempo suficiente.

—He esperado casi un año. El jueves por la mañana será tiempo suficiente. —El vizconde asintió cortésmente al abogado.

—Le estoy agradecido, Sr. Hathaway, por su ayuda en el pasado, aunque no siempre lo haya parecido.

—Nuestro bufete se siente honrado de estar al servicio de la familia Vernon, milord. Por favor, sea tan amable de transmitir mis respetuosos buenos deseos a su señoría, su esposa.

Los labios del vizconde se afinaron en una línea apretada.

—Lady Vernon se sentirá sin duda honrada de recibir su mensaje. —Hizo una breve reverencia y se marchó.

Capítulo

4

No hacía falta un ojo tan experimentado como el de Potter para darse cuenta de que el vizconde Vernon se encontraba considerablemente indispuesto cuando entró en su casa adosada poco después de las tres de la madrugada. Su bulliciosa noche en la ciudad con Sir Simon y el honorable Patrick había hecho poco por aliviar su abrumadora sensación de pesadumbre. Sólo podía agradecer que las convenciones sociales le impidieran buscar unos momentos a solas con lady Violet Donnely. Ya habría tiempo para aquella dolorosa entrevista cuando sus propios sentimientos estuvieran un poco menos a flor de piel.

El mayordomo, tan imprudente como para hacer algún comentario inocuo sobre el mejor estado de salud de lady Vernon, estuvo a punto de que su furioso patrón le partiera la cabeza. El vizconde, tras deshacerse de su gabán, bufanda y guantes en un reguero desde el vestíbulo de entrada hasta la biblioteca, se hundió en un sillón y no dio muestras de dirigirse a la comodidad de su cama, a pesar de lo avanzado de la hora.

En cuanto le proporcionaron una gran jarra de brandy, se paseó arriba y abajo por el suelo de la biblioteca, consiguiendo consumir suficiente alcohol como para dejarle poco firme sobre sus pies, sin que ello tuviera ningún efecto muy deseable sobre el estado general de su temperamento. Maldiciendo alternativamente al destino y a su padre, se esforzaba por evitar detenerse en la más baja verdad de que la mayor parte de sus problemas provenían de sus propias acciones.

Atormentado alternativamente por recuerdos del suave cuerpo de Violet apretado entre sus brazos, y visiones de la probable reacción de su madre cuando le presentara los desastrosos hechos de su situación actual, se sintió invadido por oleadas de rabia destructiva como nunca antes había experimentado. Embargado por un estado de ánimo de autodesprecio asesino, subió furioso las escaleras hasta la habitación donde encontraría a su esposa.

La doncella no necesitó mirar mucho tiempo el ceño fruncido y la boca burlona del vizconde para saber que su patrón estaba sumido en una ira descomunal. Haciendo una reverencia temerosa, hizo todo lo posible por encogerse en la invisibilidad. El vizconde no se molestó en dedicarle una segunda mirada.

—¡Fuera! —dijo brevemente.

Haciendo otra reverencia, la doncella retrocedió hacia la puerta, aliviada de no tener que quedarse sola en la habitación con un monstruo tan malvado. Había cierto misterio en torno al matrimonio del vizconde, como todo el mundo sabía en la sala de los criados. Cualesquiera que fuesen los verdaderos hechos, parecían estar teniendo un efecto desastroso en el temperamento del señor. Según le confió a su compañera de habitación cuando estuvo a salvo en los lejanos desvanes de los criados, el vizconde en uno de sus negros humores le daba escalofríos. No le gustaría casarse con él, ni por todo su título y sus grandes casas.

El vizconde, que no tenía una idea clara de por qué estaba de pie en la habitación de su esposa a las tres de la mañana, miraba con enfado la figura dormida de su mujer. Una de las criadas debía de haberle cepillado el pelo, que ahora ondeaba en una suave nube de marrón apagado, alrededor de los hundidos huecos de sus mejillas. El anillo de su sello aún descansaba en su dedo, aunque resultaba difícil creer que una mano tan frágil pudiera soportar su peso. Su delgado cuerpo apenas dibujaba una curva en la lisa superficie de las sábanas, y el vizconde se estremeció en silencio al comparar los miembros consumidos de esta muchacha con la voluptuosa belleza de lady Violet. Deliberadamente, apartó todos sus pensamientos sobre lady Violet y se acercó a regañadientes a la cama. Se dio cuenta, con un suspiro de pesar, de que una vez más estaba completamente sobrio. El alcohol le ofrecía poco alivio esta noche.

—Bien, señora —dijo con dureza a la muchacha dormida—. ¿Qué le parece su nuevo papel de vizcondesa? Mejor que ejercer su oficio en el muelle, estoy seguro.

Vio el ligero movimiento de sus manos y se apartó impaciente. No tenía ningún deseo de despertar a la mujer, ningún deseo real de hablar con ella. Ya habría tiempo de explorar toda la degradación de su posición. De hecho, por primera vez en su vida, fue consciente de una desconcertante falta de propósito en todas sus acciones. Con una breve ceremonia la noche anterior, parecía que se había aislado de todo contacto con el mundo que había conocido anteriormente. El camino de su futuro se dirigía bruscamente hacia lo inimaginable.

—¿Dónde estoy? ¿Por qué estoy aquí? —El ronco susurro procedente de la cama interrumpió su desilusionado autoexamen, burlándose de la incertidumbre de su propio estado de ánimo. Irritado, se dio la vuelta y vio que la chica, imposible pensar en ella como su esposa, había abierto los ojos. Estaba tan quieta como siempre, pero sus enormes ojos grises daban a su rostro una animación de la que antes carecía.

El vizconde la miró fríamente. Tenía demasiada costumbre de enmascarar sus emociones como para permitir que se manifestara su infelicidad.

—Confío en que me recuerdes —dijo escuetamente—. Soy el vizconde Vernon. —Intentó decir—: Soy tu marido, el hombre con el que te casaste anoche. —Pero las palabras se le atascaron en la garganta.

Helen se pasó una mano desconcertada por la frente. La luz de sus ojos grises se atenuó un poco y su voz, cuando habló, era cansada.

—Creía que esta vez estaba despierta de verdad, pero sigue aquí. —Sus manos acariciaron

el suave lino de las sábanas y, con un esfuerzo evidente, giró la cara para frotar la mejilla contra el encaje de las almohadas y su rostro se tensó de pánico.

—Todo es tan real. Creo que tal vez me esté volviendo loca. —Fijó los ojos en el vizconde y le habló con fiereza.

—¡Acérquese! Deseo tocarle.

El vizconde acudió presto y se sentó en la cama. Tomó las manos de Helen entre las suyas y miró fijamente su rostro demacrado. Una sospecha, que había estado a medio formar desde la ceremonia nupcial, cristalizó de repente en su mente.

—¿Quién eres? —preguntó él bruscamente—. ¿De dónde vienes?

La débil risa de Helen se ahogó en un espasmo de tos. Cuando recuperó el aliento, miró al vizconde y sacudió la cabeza con reproche.

—Se equivoca de reglas, milord. Las visiones no pueden interrogar a sus creadores. Se supone que yo debo hacerle preguntas, no al revés.

Impaciente, el vizconde la cogió por los hombros y levantó su cuerpo hasta que ella le miró directamente a la cara. Podía sentir la nitidez de sus huesos a través de la fina tela de su bata.

—¡Mírame, Helen! —le ordenó—. Sabes que no soy una visión. Puedes sentir mis manos sujetándote... son manos de verdad. Estuviste en un delirio, pero eso ya pasó. No has tenido fiebre desde esta mañana temprano. Tu día ha transcurrido casi enteramente en sueño, creo, y aunque te sientas confusa, ahora estás despierta. No estás soñando.

—¿Entonces estoy de verdad en esta cómoda cama? ¿Ya no estoy en el hospicio? —Se volvió para mirar con nostalgia la taza de leche que estaba sobre la mesa junto a su cama.

—¿La leche también es de verdad? ¿Puedo beberla sin arruinar el sueño?

—Por supuesto. —El vizconde le entregó la taza, observando desapasionadamente cómo sus dedos temblorosos guiaban la taza hasta sus labios. Intentó disimular su impaciencia, pero la leche se deslizó por su garganta a tragos famélicos. Apartó los ojos del vizconde cuando terminó la bebida. Habló sin encontrar su mirada.

—Tenía miedo de tomarlo antes, por si realmente no estaba allí. Normalmente, cuando uno tiene hambre, es seguro imaginar cualquier cosa que le plazca, siempre que no intente fingir que está comiendo.

El vizconde se obligó a contener un parpadeo de emoción, que se negó a identificar como lástima.

—Tenía entendido que el Dr. Clifford dispuso que se te diera algo de gachas. En tu actual estado de debilidad, él naturalmente no podía darte comidas más sustanciosas.

Helen se apresuró a responder a la reprimenda implícita.

—¡Oh! Estoy segura de que el doctor me dio las gachas. Es sólo que tengo hambre, después de haber estado tantos días sin comer. Y entonces, sigo confundida sobre lo que ha sucedido realmente y lo que es producto de mi imaginación. No se creería algunas de las historias que mi fiebre inventó para mí anoche. —Mostró al vizconde una sonrisa algo tímida.

—Además, siempre tengo hambre, ¿sabe? Mi hermana se queja de que tengo suficiente apetito para dos hambrientos estibadores.

El vizconde frunció el ceño, pero no hizo ningún comentario inmediato. La dolorosa delgadez de su cuerpo no sugería que tuviera la costumbre de satisfacer su abundante apetito con mucha frecuencia. Cuando por fin habló, su voz era engañosamente suave, conteniendo una nota de sosa indagación que habría puesto en guardia al instante a cualquiera de sus sirvientes.

—Debo decirte, Helen, que mi curiosidad ha ido en aumento desde que entré en esta habitación esta noche. No sé cuánto recuerdas de los acontecimientos de los últimos días, pero quizás se me permita refrescarte la memoria. Fuiste encontrada en el pabellón de la fiebre del St. Katharine's Workhouse. St. Katharine's es una parroquia situada en pleno corazón de los astilleros de Londres, una zona que no es famosa por la gentileza de sus habitantes. La matrona del hospicio me dio a entender, y los harapos mojados que llevabas confirmaban esta información, que había sido rescatada como indigente suicida de las orillas del río Támesis. —Sonrió de un modo que provocó un pequeño escalofrío en Helen.

—Te darás cuenta de que me quedé intrigado cuando descubrí que el objeto de mi caridad, lejos de ser la sosa analfabeta y sin modales que podría haber previsto, resultó ser una joven de evidente educación.

Miró penetrantemente el rostro ceniciento de Helen.

—¿Podrías explicarme, Helen, por qué una mujer sacada del río tras un intento fallido de suicidio, resultó poseer una educación muy superior a su aparente condición? ¿Te das cuenta de que en todas las conversaciones que hemos mantenido no has cometido ni una sola vez un error de construcción gramatical? Sólo tu acento te marca como miembro de las clases educadas. No puedo pensar cómo los tres nos las arreglamos anoche para pasar por alto el significado de tu forma de hablar.

No hubo respuesta de la silenciosa mujer de la cama, y el vizconde la miró inquieto.

—Bien, Helen. Espero tu respuesta.

Ella no le respondió, tumbada con los ojos cerrados bajo los pesados doseles de la cama,

aparentemente muerta para el mundo. Embargado por una curiosa urgencia, el vizconde colocó su mano alrededor de la muñeca de ella. El pulso latía con fuerza bajo sus dedos. Bruscamente, apartó la mano de un tirón.

—Puedes desistir de esta conveniente actuación, Helen. Tú no estás más inconsciente que yo. Me siento con derecho a saber quién eres. Puedes consolarte pensando que es poco probable que tu crimen pueda superar mis peores expectativas. —Habló secamente—. Como tu marido, es probable que comparta tu deseo de mantener ocultos tus delitos pasados, si es posible.

Los ojos de ella se abrieron con sorprendente rapidez.

—¿Mi marido? —repitió aturdida. Su mano se aferró a la manga de él—. ¿Entonces no me lo imaginé todo? ¿Realmente hubo una boda en esta habitación anoche? ¿Vino un párroco? —Su agarre a la manga de él se tensó—. Entonces... entonces, ¿cómo me llamo ahora?

Con suavidad, el vizconde retiró la mano de ella de su manga. Se tomó el tiempo de apartar una arruga imaginaria.

—Eso, si lo recuerdas, es lo que acabo de preguntarte, querida.

Helen no pudo ocultar el desfile de emociones que recorrió su rostro. Desconcierto, un parpadeo de diversión, seguido de miedo, que abrumaba y borraba todo lo demás.

—Soy Helen —dijo al fin—. Debo habérselo dicho ayer. Soy Helen Jane Smith.

—Pues sí. Ésos son, en efecto, los nombres que figuran en nuestro certificado de matrimonio. Pero, a bote pronto, se me ocurren al menos otras dos señoras que conozco que comparten contigo el nombre de Helen Smith. Como mencionaste anoche en un momento de descuido, es un nombre tan espléndidamente común, ¿verdad?

Sonrió de nuevo, la fría sonrisa que congeló las manos de Helen en rígidas garras, aferrando las sábanas como protección.

—Me gustaría conocer la historia de tu vida, querida. Como tu marido y protector, siento que no es más que lo que me corresponde. —Su mirada se agudizó en abierta burla.

—Encontrarás en mí toda una atención considerada.

Sus ojos se desviaron, para examinar los dedos que jugueteaban nerviosamente con la ropa de cama.

—Hay muy poco que contar. Mi hermana y yo nos quedamos huérfanas a una edad temprana. Nos acogió el ministro de nuestra parroquia y nos trató en todos los sentidos como si hubiéramos sido sus propias hijas. Mi hermana Cassie y mi... tutora... fueron ambas víctimas de la reciente fiebre epidémica que ha asolado los sectores más pobres de la ciudad.

—¡Vaya, es una biografía admirablemente breve, Helen! Y, además, posee la tremenda ventaja de mostrarte como la víctima inocente de unas duras circunstancias. No puedo sino admirar esa rapidez mental, querida.

Helen se mordió el labio.

—No es una invención. Es la verdad.

—Sin embargo, omite algunos puntos que me veo obligado a considerar bastante interesantes. Como tu marido, profeso una insaciable curiosidad respecto a la precisa cadena de circunstancias que te llevaron a tomar la decisión de acabar con todo en el río.

—¿Por qué se casó conmigo, milord?

—Eso no responde a mi pregunta, Helen.

Su voz era débil, pero le miró fijamente.

—No le pedí que se casara conmigo, milord. Como debe saber, anoche deliraba y no era consciente de las consecuencias de mis palabras y actos. No veo razón alguna para revelar detalles de mi historia personal a un hombre cuya integridad debe estar seguramente muy en duda.

—Si mi integridad está realmente en duda, sin duda sería más prudente no acosarme con discursos provocadores. Ahora soy responsable de tu futuro. ¿No podría compartir algunos detalles de tu pasado?

Helen se hundió de nuevo contra las almohadas, pareciendo de repente más frágil, más encogida que antes.

—No hay ningún gran misterio, milord. Nuestro... tutor... era pobre y dedicado, a menudo una combinación fatal para un clérigo humilde sin conexiones. Su estipendio como vicario de San Esteban solía gastarlo antes de recibirlo en atender a los indigentes de la parroquia. Cuando murió y mi hermana con él, me encontré completamente sola y sin amigos. ¿Le parece tan extraño que decidiera poner fin a una lucha que se había vuelto insoportablemente pesada?

—Creo, Helen, que sólo me has contado una parte de la verdad. Y son las omisiones de tu historia las que me parecen más interesantes.

Un leve rubor apareció en las mejillas de Helen, pero no dijo nada más. Su cuerpo fue sacudido por un repentino ataque de escalofríos, que trató de ocultar del decidido escrutinio del vizconde. Se sintió conmovido por la prueba de orgullo como no lo habría estado por ninguna espuria súplica de clemencia.

Se puso en pie, asombrándose de su propia indulgencia.

—Muy bien, Helen. No te presionaré para que me des más información esta noche. Pero en algún momento tendremos que intercambiar confidencias. Después de todo, ahora estamos comprometidos el uno con el otro para el resto de nuestras vidas, y debemos resignarnos a muchos años de mutua compañía. Un pensamiento impresionante, ¿verdad?

—No tiene por qué soportar mi compañía —dijo Helen con acritud—. No puedo imaginar por qué se casó conmigo, milord, pero no debe temer que me aproveche de la situación. De hecho, preferiría seguir siendo independiente.

Le asaltó un pensamiento repentino y se esforzó por sentarse más firmemente en la cama, con el rostro iluminado por un resplandor de impaciencia.

—¿Quizás le gustaría proporcionarme una pequeña casita en algún lugar del campo? Me marcharía y no volvería a molestarle, milord. Cambiaría mi nombre... no le reclamaría nada. Con un jardín y, una vaca, podría vivir con unos ingresos muy pequeños.

El vizconde sonrió cínicamente.

—Una imagen idílica, querida. De repente eres de lo más complaciente. ¿Y cuál es tu definición de un «ingreso muy pequeño»?

Ella no oyó el sarcasmo de su pregunta.

—¿Cincuenta libras al año sería demasiado? —Apenas podía respirar por la tensión nerviosa. Con cincuenta libras, podría permitirse llevar a Aggie con ella. Robó una mirada al vizconde y, malinterpretando la inexpresividad de su expresión, se desplomó contra las almohadas. Su aliento se escapó en un pequeño y triste suspiro.

—Nos las hemos arreglado con menos, por supuesto, milord. No pretendía parecer exigente.

—¡Ya basta! Cállate!

El vizconde se enfureció al descubrirse conmovido en simpatía por esta abandonada del hospicio. ¡Cincuenta libras y una vaca! La última pieza de encaje que le había regalado a lady Violet había costado cien libras, el doble de lo que pedía esta muchacha para que le durara un año.

El vizconde, que había sido educado para aceptar la enorme disparidad entre su propia situación y la de la inmensa masa de gente que le rodeaba, fue consciente de una sensación de culpabilidad que no le era familiar. Su forma de vida le aseguraba estar raramente expuesto a las duras luchas de los desfavorecidos, y se sentía incómodo ante este contacto tan cercano y personal con las penurias y privaciones. Cuando hablaba, su voz era brusca mientras intentaba mantener su habitual nota de lánguida indiferencia.

—Debes descansar. Volveré mañana por la mañana para poder informarte de los pasos que pienso dar para rectificar esta situación. —Sus ojos se posaron brevemente en el rostro delgado y blanco de su esposa.

—No malgastes las próximas horas inventando historias para mi deleite. No soy un hombre crédulo, y al final descubriré la verdad. Debes esforzarte por conservar tus fuerzas. Buenas noches.

Sus ojos se abrieron por un momento, pero volvieron a cerrarse antes de que tuviera tiempo de observar la tenue suavización de la expresión de su marido.

—Pediré a una de las criadas que se siente contigo, Helen. Si necesitas algo de beber o que te hagan algún otro servicio, no dudes en pedirlo. —Se rió, como si se tratara de una broma privada.

—Tú eres, después de todo, la nueva vizcondesa Vernon.

Capítulo

5

La vizcondesa desayunó temprano a la mañana siguiente, consumiendo generosas cantidades de jamón y café mientras ignoraba la botella de madeira que el mayordomo le había proporcionado atentamente. Parecía estar de un humor inesperadamente apacible, hecho que el lacayo se apresuró a llevar de vuelta a las cocinas. Los criados empezaron a albergar la esperanza de que los inquietantes, y contradictorios, rumores que habían oído sobre la nueva vizcondesa resultaran, después de todo, carecer de fundamento. Cuando el vizconde buscó voluntariamente a su secretario, los criados suspiraron aliviados. Era de dominio público que al señor Jeffries le habían hecho bailar una alegre danza durante el último año, desde que el vizconde se negó a participar en la administración de las propiedades de los Vernon, e incluso declinó firmar cualquier documento relacionado con su herencia que estaba en litigio. Milord, se dijeron esperanzadas, debe de estar preparándose por fin para asumir los arduos deberes y responsabilidades de su rango.

La señora Rodley, que fue la primera en observar la entrada del vizconde en el pequeño despacho del secretario, asintió con satisfacción y se apresuró a comentar este interesante giro de los acontecimientos con el mayordomo. Firme creyente en los efectos beneficiosos del romance y el matrimonio, el ama de llaves estaba encantada de transmitir esta sólida prueba del carácter reformado del vizconde. Potter, escuchando con aprobación las noticias, condescendió hasta el punto de convenir en que la vizcondesa era sin duda la causa de esta conferencia sin precedentes.

De hecho, así fue, aunque en absoluto de la manera imaginada por la señora Rodley y Potter. La visita del vizconde a su secretario estaba motivada únicamente por sospechas sobre su novia. Los planes de un estilo de vida reformado difícilmente podían estar más lejos de su mente.

Al encontrar a su secretario sumido en una seria lectura de las noticias políticas de la mañana, el vizconde le dio una cortés palmada en el hombro. Siempre se sintió culpable de que Jeffries sufriera la peor parte de los inconvenientes causados por la idiosincrática voluntad del difunto vizconde. El señor Jeffries, cuya dedicación a los intereses del vizconde sólo era superada por su solemnidad en los modales, se puso en pie de un salto. Un rubor culpable tiñó sus arrugadas mejillas, como si hubiera sido descubierto jugueteando con la criada de la cocina, en lugar de mejorar su mente reflexionando sobre asuntos de Estado.

—¡Lord Vernon! —Su voz contenía tanto entusiasmo como jamás se permitiría mostrar—. ¿Puedo ofrecerle mis más sinceras felicitaciones, milord, en esta feliz ocasión?

—Vaya, gracias, Jeffries. Me conmueve su exuberancia. ¿Realmente considera que mi visita a su despacho merece una felicitación tan extravagante?

—Habló de su matrimonio, milord. —Jeffries no intentó disimular su desaprobación ante la ligereza del vizconde. En lo que concernía al señor Jeffries, la vida era un asunto serio y debía tratarse en consecuencia. Habló con severidad—. Entonces, ¿he sido llamado para gestionar las recomendaciones contenidas en mi informe sobre las mejoras agrícolas en Wrexham?

—Ay, Jeffries, me temo que no. Me veo obligado a confesar que no sabía que existía tal informe.

—Lo incluí en el último juego de papeles que le envié para su firma, milord. —El vizconde parecía perdido en la contemplación de sus uñas.

—Pero usted ya sabe, Jeffries, que no leo los documentos relativos a las propiedades de mi padre. Usted está autorizado por los abogados de mi padre a administrar los bienes como usted y ellos consideren oportuno. Mi padre no eligió hacerme su heredero. No puede esperar que muestre especial interés en administrar el fideicomiso.

—Sí, milord. Pero pensé que ahora que está casado, volvería a interesarse por Wrexham. Ha revertido a usted, después de todo.

El vizconde levantó la vista de una inspección pausada de su mano izquierda.

—Ah, sí —dijo meditativamente—. Mi reciente matrimonio. Sabía que había alguna razón por la que había venido a verle hoy. —Sonrió débilmente—. Aparte del placer de su compañía, por supuesto. Ahora que menciona mi matrimonio, me ha traído a la mente este pequeño asunto. Recientemente he sentido curiosidad por cierta parroquia del East End de Londres, situada cerca de los astilleros. Si no recuerdo mal, la parroquia se llama St. Stephen's, y estoy especialmente interesado en saber lo que pueda sobre el último titular. Un hombre muy dedicado, según tengo entendido, que fue apoyado en sus obras de caridad por dos jóvenes damas.

—¿Desea hacer averiguaciones sobre esta parroquia, milord? —El Sr. Jeffries estaba comprensiblemente desconcertado—. ¿O desea saber más sobre el vicario?

—Tanto del vicario como de la parroquia, creo —dijo el vizconde. Su atención pareció divagar, pero con dificultad la devolvió al asunto que se estaba discutiendo.

—Y, por supuesto, Jeffries, cualquier cosa que pueda averiguar sobre las dos damas sería... er... muy útil.

—Sí, milord. —Al señor Jeffries el vizconde le pedía tan pocas veces que hiciera algo que sintió que no podía hacer ningún comentario sobre esta tarea un tanto peculiar. Había estado al servicio de lord Vernon desde el día en que el vizconde dejó de la universidad, pero hacía tiempo que había abandonado toda esperanza de comprender las complejas motivaciones que movían al vizconde a la acción. Hace una semana habría jurado que su patrón seguía irremediablemente

encaprichado de lady Violet Donnelly, una ramera mercenaria con ropajes aristocráticos si alguna vez Jeffries había visto una. Ahora resultaba que el vizconde estaba casado con una desconocida, y al parecer, si había que creer en los rumores, tras meses de romance secreto.

—Me temo que estar empleado conmigo tiene sus dificultades, Jeffries. —La voz del vizconde contenía un atisbo de risa al irrumpir en los pensamientos del señor Jeffries—. No importa. ¿Puedo contar con usted para que envíe un anuncio sin excepciones de mi matrimonio al Morning Post?

—Naturalmente, señor. Ya he redactado unas líneas para su aprobación.

—Admirable, Jeffries. ¿Dónde estaría yo sin usted?

El vizconde sonrió con verdadera calidez, ignorando el aire de desaprobación algo nervioso de su secretario.

—Y consuélase con la idea, amigo mío, de que su informe sobre San Esteban lo leeré con la mayor atención.

El vizconde hizo sonar la campana para el mayordomo.

—Mi sombrero, abrigo y guantes si es tan amable, Potter. Debo hacer una visita a la vizcondesa viuda.

Miró su reloj y ahogó un bostezo.

—Aún no son las diez de la mañana y ya me veo obligado a acudir a una cita. El matrimonio es un asunto de lo más fatigoso.

—Sí, milord. —La respuesta de Potter fue de lo más dura. Hizo un gesto al lacayo que llevaba las prendas exteriores de su señoría y ayudó personalmente al vizconde a acomodarse los hombros en el gabán de múltiples capas.

—La señora Rodley deseaba preguntar a su señoría cuándo podría esperarse la llegada del equipaje de lady Vernon. No hemos podido encontrar ningún atuendo personal para Lady Vernon en ningún lugar de la casa, milord.

—¡Santo señor, el equipaje! —El vizconde frunció el ceño distraídamente y luego se encogió de hombros—. Las pertenencias de Lady Vernon llegarán en breve. Quizá esta tarde —dijo con suavidad. Aceptó los guantes y el sombrero del mayordomo, metiéndose el bastón bajo el brazo. El mayordomo hizo una reverencia baja, pero miró a su empleador con complicidad cuando llegó a la puerta.

—Estoy seguro de que a la señora Rodley le complacerá saber lo del equipaje, milord.

El vizconde se volvió, miró a Potter escrutadoramente y luego sonrió con pesar a su secretario.

—No puedo imaginar por qué se molesta en pedirme consejo sobre nada, Jeffries. Está perfectamente claro que mis criados saben mucho más que yo sobre lo que ocurre en mi casa.

—El remedio para esa situación está a su alcance, milord. Si tan sólo pusiera su mente en ello, ambos sabemos que podría ser el administrador más hábil que las fincas Vernon hayan conocido jamás.

—¿Otro sermón, Jeffries? Llevo la cuenta, ¿sabe? Es la sexta que recibo en los últimos dos días. Por alguna razón, todos mis amigos, por no hablar de los miembros de mi hogar, parecen decididos a impresionarme con los beneficios de su sabiduría. Esperemos que mi madre no haya efectuado una transformación similar y esté ansiosa por reformarme de la noche a la mañana

—Parece una posibilidad poco probable, señor. —Jeffries permitió que su boca se torciera en una pequeña y seca sonrisa—. Por favor, sea tan amable de transmitir mis respetuosos buenos deseos a la vizcondesa viuda.

—Bajo esa sombría superficialidad de maneras, Jeffries, late sin duda el corazón de un optimista no regenerado. Usted conoce a mi madre desde hace más de treinta años. ¿Qué le lleva a suponer que seré capaz de silenciar a la Dowager el tiempo suficiente para decir algo coherente... y mucho menos transmitir los mensajes de cortesía de otras personas?

El vizconde salió alegremente a los rigores de la mañana de febrero, sin dar a su secretario la oportunidad de replicar. El mayordomo y el señor Jeffries se quedaron mirando tras su espalda en retirada con diversos grados de desconcierto y esperanza.



La Dowager, o vizcondesa Vernon estaba aburrida. Bostezaba en su elegante sofá de día, preguntándose desconsoladamente cómo iba a sobrevivir a otra sola semana de luto por su difunto y a veces lamentado marido. Mirándose fijamente en los espejos que revestían la pared de su tocador, crispó la espuma de encaje que le servía de disculpa para el gorro de viuda, y tiró con vigor poco propio de una dama de la seda negra de su vestido. La vida de una viuda era muy aburrida.

El sonido de un visitante que se acercaba, aunque llamara a una hora tan imposiblemente fuera de moda, la sacudía en un agradable estado de ansiosa anticipación. Disponiendo sus gloriosos rizos oscuros en sus más favorecedores mechones, se dio la vuelta para recibir a su visitante. Al ver a su hijo mayor, se arrojó del sofá a sus brazos con total desprecio por las convenciones y los dictados del decoro femenino.

—¡Christian! —gritó la viuda en un ahogado alarido de asombro, que sugería que no había visto a su hijo mayor en meses, tal vez años—. ¿Dónde has estado? ¿Y cómo has podido dejarme sola durante semanas?

Riéndose, el vizconde se zafó del abrazo de su madre, mirándola a los ojos con una sonrisa afectuosa que no había visto nunca ninguna de las otras mujeres que pasaron por su vida, ni siquiera Lady Violet.

—Vamos, madre. Creo recordar que me obligaste a venir aquí para esa cena tan horriblemente aburrida no hace ni diez días.

—Mis cenas nunca son aburridas, aunque esté de luto —dijo la Dowager con reproche—. Son simplemente respetables. —Ella le sonrió con picardía—. ¡Supongo que podría contar con tu compañía si te ofreciera una selección de bailarinas de ópera!

El vizconde se rió.

—Me temo que no, madre. Superé la etapa de las bailarinas de ópera cuando tenía unos diecinueve años. Así que no organices una pequeña orgía para mi entretenimiento.

La Dowager suspiró un poco melancólicamente.

—Bueno, no sería enteramente para tu beneficio. A menudo me he preguntado cómo sería participar en una... fiesta impropia.

Ella vio la mirada de genuina alarma destellar en las facciones de su hijo, y suspiró.

—Me atrevo a decir que no hablo del todo en serio, Christian. Puedes dejar a un lado tu expresión regañona. Me recuerda terriblemente a tu padre en uno de sus estados de ánimo más desagradables.

Los labios del vizconde se crisparon de mala gana.

—¡De verdad, madre! Eres incorregible —expuso.

Ella cambió de conversación antes de que él la reprendiera en serio.

—Christian, he recibido otra horrible carta de ese funesto abogado, Hathaway. Me ha dicho que la apelación ante el Tribunal Supremo ha fracasado y que ahora Gillingham heredará todo tu dinero. ¡Oh, Christian! ¿Cómo has podido dejar que ese terrible y deprimente Gillingham se quede con lo que es tuyo por derecho? —Cada vez que Paul me ve, me mira fijamente a través de esas despreciables gafas tuyas y me dice—: ¿Otro vestido, Susannah? —¡No soporto pensar en él ocupando mi querida casa de la ciudad, y probablemente arrancando todas mis hermosas cortinas de seda para sustituirlas por felpa carmesí! Ya sabe qué gusto tan abominable tiene.

—Creo que te preocupas innecesariamente, mamá. No puedo creer en absoluto que mi primo Paul vaya a malgastar su dinero en sustituir unas cortinas en perfecto estado sólo porque le disgusta el color. Creo que puede asumir que sus cortinas de seda estarán a salvo al menos durante la próxima generación.

La viuda le miró fulminantemente.

—¿Por qué hablas de cortinas? Sabes muy bien que no me refería a eso en absoluto.

Su rostro se arrugó ligeramente y se dio la vuelta para ocultar el leve rubor que inundaba sus mejillas.

—Christian, eres mi hijo. No puedo soportar verte desperdiciar tu oportunidad de ser feliz en el futuro por culpa de... a causa de... ¡Oh! ¡Cómo desearía que tu padre nunca hubiera escrito ese testamento absolutamente estúpido!

—¿No lo deseamos todos? —murmuró el Vizconde. De mala gana, extendió las manos para estrechar los dedos de la Dowager entre los suyos.

—He venido a decirte algo importante, querida. Y a pedirte ayuda.

Vaciló, poco dispuesto a confesar la verdad, pero dándose cuenta de que no podía demorarse mucho más en darle la noticia.

—He venido a decirte que estoy casado, madre. Me casé hace dos días.

—¡Oh, no! —La Dowager palideció—. ¡Oh, Christian! Esperaba, rezaba para que no lo hicieras. ¡Piensa en la gente que depende de ti! Piensa en tu padre!

—Debo implorar tu indulgencia. Nunca pienso en mi padre si es posible evitar hacerlo.

—Christian, no puedo creer que te haga feliz. —Los dedos nerviosos de la Dowager jugueteaban con los elegantes flecos de seda de su manga.

—Sabes que nunca te reprocharía tu elección de novia sólo porque el mundo pudiera considerarla inadecuada. Pero Lady Violet...

Se dirigió a su tocador con evidente agitación, evitando la silenciosa mirada de su hijo. Por fin respiró hondo y dijo con determinación:

—Nunca he pensado que Lady Violet Donnely pudiera hacerte feliz, pero haré todo lo posible por recibirla con complacencia desde que la has elegido.

La voz del vizconde era tan fría como su madre jamás la había oído.

—Dadas las circunstancias, madre, supongo que podemos considerarnos afortunados de que no haya hecho de Lady Violet mi esposa. No conoces a la muchacha con la que me he casado. Se llama Helen. —Sus labios se torcieron en una sonrisa irónica—. Helen Smith hasta hace dos días.

—¿Helen Smith? —La voz de la viuda estaba en blanco por el asombro—. Pero nadie se llama Smith, Christian.

—Al contrario, madre. Creo que podemos decir sin temor a equivocarnos que es el apellido más común en Inglaterra.

—Sabes muy bien lo que quiero decir. Hoy estás decidido a ser desagradable. ¿Cómo la has conocido? ¿Quién la patrocina, pues estoy segura de que no hay nadie llamado Smith que yo recuerde. A menos que... ¿es una de las Smith de Lancashire? Creo que conocí a uno de ellos una vez. Gente extraña, del norte.

—Esta pasión por la genealogía es bastante nueva en ti, madre. Pensé que acababas de comentar que no prestarías atención a la elegibilidad mundana de mi esposa. Sin embargo, aquí estás, sermoneándome sobre mis responsabilidades con el apellido Vernon. ¿No vas a desearme que sea feliz?

—Oh, pero por supuesto. Aunque soy plenamente consciente de que no has respondido a mis preguntas, ¿sabes?

El vizconde se encontró de nuevo envuelto en el abrazo delicadamente perfumado de la viuda.

—Háblame de ella, Christian. Estoy tan sobrecogida por tu noticia que mi ingenio ha volado por la ventana. ¿Es bonita? ¿Me gustará?

—Me resulta difícil responder a tus preguntas. Helen ha estado enferma. Nunca ha sido presentada en sociedad; la conocí mientras estaba comprometido en una misión de caridad.

Observó la expresión de asombro de su madre y dijo irónicamente:

—Recordarás que mis fideicomisarios me habían reprendido por mi comportamiento frívolo, madre. Conocer a Helen fue el resultado de mi intento de mejorar mi carácter.

Vio que la expresión de su madre aún oscilaba entre la incredulidad y una profunda ansiedad, y se paseó inquieto por la habitación.

—Necesito tu ayuda, madre. Para bien o para mal, Helen y yo estamos casados, y por primera vez me encuentro de acuerdo con el serio señor Hathaway. El apellido Vernon ha sido objeto de suficientes escándalos. Es hora de que asuma parte de la carga de administrar nuestros bienes. Me encuentro con una esposa. No intentaré ocultarte que el matrimonio fue un asunto apresurado, no bien pensado, llevado a cabo cuando yo estaba en mis copas. ¿Me ayudarás a ver que Helen no traiga más desgracia sobre nosotros? Ya he contribuido más de lo que me correspondía.

—¡Tonterías! —exclamó rotundamente la Dowager—. Es de esperar que un hombre

siembre un poco de avena silvestre antes de asentarse. Si tu padre sólo hubiera estado dispuesto a dejar que la naturaleza siguiera su curso... ¡Pero ya está! Es inútil llorar sobre la leche derramada. Dime francamente, ¿por qué esperas que tu esposa cause algún escándalo?

Vio la preocupación que ensombrecía el rostro de su madre y se sentó a su lado.

—Te explicaré lo de Helen.

Hizo una pausa, poco dispuesto a revelar a su madre lo descuidadamente que se había aventurado en el matrimonio, y avergonzado de haber confiado en la posible muerte de alguien para frustrar el propósito de su padre. No pudo evitar ver las líneas de preocupación que surcaban la perfección de la frente de su madre, y notó la inquietud que apagaba el brillo normal de los ojos de la Dowager. Su deseo a medias de protegerla del pleno conocimiento de su imprudente comportamiento se endureció hasta convertirse en una firme resolución. No sería posible fingir que había hecho un brillante partido, pero tal vez Helen podría hacerse pasar por la respetable hija de un párroco rural. Tomó las manos de su madre entre las suyas, acariciándolas suavemente.

—Helen ha sido abandonada por su familia, madre. Es huérfana, la ha criado un clérigo y, naturalmente, no conoce nada de la sociedad londinense. Debe recuperar fuerzas durante unos días, pero cuando esté bien, ¿puedo contar contigo para facilitarle el camino hacia la sociedad? Necesitará instrucción si no quiere convertirse en el blanco de todos los chismosos maliciosos de la ciudad.

—¡Por supuesto, Christian! Sólo tienes que pedirlo. —Ella suspiró un poco trémula—. Pero, ¿cómo has llegado a casarte con una chica así? ¿Por qué... cuando hay tantas otras que podrían haber servido mejor al propósito?

El Vizconde sonrió ligeramente.

—¡No puedes esperar que te revele todos mis secretos en una sola sesión! Puedes susurrar a tus amigos que mi matrimonio pone el sello a un largo y secreto romance.

Se burló de ella suavemente.

—No puedes negar que presentar a una nueva nuera será mucho más divertido que preguntarse qué hacer ahora que tu año de luto ha llegado a su fin. De hecho, ¡estoy empezando a preguntarme si no me casé sólo para complacerte!

—Al menos pone a ese odioso primo Paul en el lugar que le corresponde. —La expresión de la Dowager se aligeró visiblemente—. Y puedo comprarme un nuevo guardarropa.

Se acercó a la pared de espejos.

—Lavanda pálido con adornos plateados. ¿Qué te parece, Christian? ¿No sería encantador... y perfectamente apropiado para una viuda?

El vizconde se llevó los dedos a los labios.

—Creo que sería fascinante, como muy bien sabes. ¿Vendrás a conocer a Helen mañana por la mañana, mamá? Creo que para entonces estará lo bastante fuerte. Pero nada de agotarla con preguntas difíciles.

—Serías incapaz de mantenerme alejada. Y puesto que ella no es experta en no responder a las preguntas, es posible que aprenda algo sobre este misterioso matrimonio.

El vizconde pensó en el rostro pálido y decidido que yacía tranquilo sobre las almohadas de encaje, y una repentina sonrisa iluminó el fondo de sus ojos.

—Ciertamente es posible, madre. Pero yo no contaría con ello.

Volvió a rozar con sus labios los delgados dedos de ella y se marchó, dejando a la Dowager observando su avance por el pasillo con ojos preocupados.

Su expresión habría sido más turbada de haber conocido su destino. Fue sin duda una suerte, por tanto, que la tórrida escena de amor que más tarde se representó en el tocador de lady Violet quedara, por la naturaleza de las cosas, velada para siempre a su vista.

Capítulo

6

El vizconde llamó a la puerta de Helen, tarareando con tranquila autofelicitación mientras esperaba a que una sirvienta respondiera a su llamada. Entró en la alcoba y observó con satisfacción que el doctor Clifford había enviado a una respetable anciana para que hiciera de enfermera. Esta mujer hizo una reverencia con una humildad apropiada, alisando su delantal blanco con manos capaces y gastadas por el trabajo.

El vizconde dejó que su mirada recorriera la habitación de la enferma, complacido por su aspecto ordenado. La alcoba estaba bañada por la suave luz de un fuego ardiente y varias velas. Los muebles brillaban con el lustre del pulido fresco, y una olla de cobre, posada sobre la placa de cocción, emitía la fragancia de las hierbas que se preparaban. Vio cuatro o cinco cajas de bandas apiladas ordenadamente en un rincón, prueba gratificante de que su visita vespertina al bazar del Panteón ya había dado sus frutos. Su esposa poseía ahora algunos artículos de primera necesidad, que deberían satisfacer al ama de llaves.

La enfermera, sin que nadie se lo pidiera, apartó las cortinas que rodeaban la cama y volvió a hacer una reverencia un poco nerviosa.

—La señorita Helen... es decir, su señoría, está durmiendo, milord. No creo que sea prudente despertarla. —El vizconde enarcó una ceja asombrado y altivo.

—Es de suponer que ha estado durmiendo todo el día, y puede que duerma el resto de la noche. Pero en este momento deseo hablar con ella, y en privado.

—Sí, milord.

La enfermera se retiró en un silencio derrotado, evitando los ojos del vizconde mientras se escabullía de la habitación. Hubo un ligero movimiento desde la cama.

—¿Era necesario ser tan grosera con Aggie? Ella sólo intentaba protegerme.

El agradable estado de autocomplacencia del vizconde se desvaneció al instante. Miró incrédulo a la chica de la cama, más bien como si sospechara que una muñeca de clavijas cobraba vida mientras su atención estaba ocupada en otra cosa.

—No era consciente de que necesitara mi protección. Más bien tenía la impresión, aparentemente equivocada, de que habrías muerto de no ser por mi intervención. Además, no tengo por costumbre permitir que los criados me digan lo que debo hacer.

Los ojos grises brillaron con peligrosos destellos de fuego.

—Aggie no es una sirvienta. Es más bien una amiga.

—¿En un día? —El tono del vizconde era burlón—. Eres generosa al conceder el favor de su amistad.

Le sorprendió detectar un leve rubor que se extendía por la delicada línea de sus pómulos. Su voz era más conciliadora cuando volvió a hablar.

—La otra noche dijiste que si necesitaba algún servicio, sólo tenía que pedírtelo. —Su barbilla se alzó desafiante—. Le pregunté al Dr. Clifford si podía enviar a buscar a Aggie... Agatha Clayden. Una vez fue nuestra ama de llaves y sabía que podría venir a cuidarme. También ha estado cuidando de Lizzie, la anciana que vino aquí conmigo desde el... desde el hospicio. —Los ojos grises eran un poco suplicantes—. Pensé que sus sirvientes apreciarían algo de ayuda extra con dos inválidas entre manos.

—Eres todo consideración —dijo sarcásticamente—. Veo que tu recuperación ha sido más rápida de lo que cualquiera de nosotros había previsto. Será mejor que no me aleje de ti durante dos días seguidos, o volveré para encontrar la casa totalmente reorganizada.

—No se me ocurriría hacer algo tan presuntuoso, milord. Pero es cierto que hoy me siento mucho más fuerte. Mi constitución siempre ha sido poco robusta.

Dejó de hablar y estudió el elaborado cubrecama mientras se esforzaba por educar su voz con la humildad adecuada.

—Sin embargo, milord, me doy cuenta de que si no hubiera sido por su oportuna intervención, ni mi constitución ni ninguna otra cosa podrían haberme salvado. La sala de fiebres de ese hospicio habría matado al más fuerte de los mortales, y mucho menos a alguien que acababa de pasar la noche en el río. Le estoy agradecida, milord, pero no puedo evitar preguntarme cómo espera que le demuestre mi agradecimiento. Hay muy pocas formas en que una mujer en mi situación pueda mostrar su agradecimiento.

—Un poco de franqueza sería sin duda un paso en la dirección correcta, señora. Ya me has dicho que eres huérfana, criada por un ministro de buen corazón. Comprenderás que tal autobiografía me parezca algo inadecuada para la mujer que ahora es mi esposa.

El brillo furioso volvió a sus ojos.

—Y por supuesto, milord, usted no tiene nada que explicar. Todos sabemos que los vizcondes acuden a diario a la casa de los pobres para seleccionar una esposa. De hecho, uno no

puede evitar preguntarse cómo hacen todas las debutantes de linaje aristocrático para encontrar maridos adecuados, ya que sus hombres están todos buscando una esposa en las cunetas.

El vizconde se alejó furioso de la cama.

—Mis razones eran adecuadas, o al menos lo parecieron en su momento. Naturalmente, no preveía elegir como novia a una termagante^[2] de lengua afilada como tú. —Se rió con dureza—. Imaginé a una ladrona, o a una ramera, o incluso a una simple analfabeta. Entonces fui lo bastante insensato como para imaginar que podría recibir alguna gratitud. Percibirás la profundidad de mi error.

—Parece usted agraviado, milord. Lamento no haberme ajustado a sus especificaciones. Lamento tener que confesar que nunca he sido ni ladrona ni ramera. De hecho, salvo por el hecho de que mi tutor trabajaba en una parroquia llena de indigentes, no veo que mi vida haya sido muy diferente de la de muchas otras jóvenes. De niña, estudiaba y jugaba. De adulta, trabajé en casa de mi tutor y aprendí que los pobres tienen muy poco tiempo para jugar. —Respiró hondo y, evidentemente, se esforzó por hablar con más calma—. En cuanto a mi gratitud, milord, procuraré mostrarla cuando haya recuperado mis fuerzas.

El vizconde ignoró esta última puya. Parecía ocupado en contemplar el fuego. Su expresión quedaba oculta en las sombras proyectadas por la gran repisa de la chimenea.

—Creo que ahora llegamos de nuevo a mi pregunta original, Helen. Si tu vida era tan aburrida, tan llena de las rutinas normales de la joven feminidad, dime por favor por qué te encontraron flotando a la orilla del río... y además en estado de inanición.

Miró rápidamente a su alrededor, justo a tiempo para ver el destello de terror que cruzó su rostro. Fue rápidamente suprimido, pero un débil temblor subrayó sus palabras cuando volvió a hablar.

—Mi hermana y mi tutor murieron. No tengo ninguna fuente de ingresos. ¿Por qué le resulta tan difícil aceptar que no pude encontrar la fuerza para seguir adelante? ¿Tiene alguna razón para sospechar que mi historia es falsa?

—No me pareces, Helen, una mujer muy propensa a volcar tus pensamientos en el suicidio. —La miró fríamente—. Me sorprende que no hubieras un coadjutor u otro caballero digno deseoso de ofrecerte la protección de su nombre.

—Mi unic... la parroquia de mi tutor no nos ofrecía una gran variedad de caballeros elegibles, milord. El coadjutor —tiene razón al suponer que había un coadjutor—, se había prometido a mi hermana Cassie. Es difícil ver cómo él, un joven que luchaba por abrirse camino en la Iglesia, podría haber ofrecido su protección a una joven soltera totalmente ajena a él.

—¡Ah! Así que el coadjutor te defraudó. —El vizconde la miró especulativamente, sin calor—. Aun así, parece improbable que una decepción te haya llevado al suicidio. No importa. Al final descubriré lo que sea que tengas que ocultar, y entonces puede que desees haber elegido

confiar en mí antes.

Ahora volvía a tener sus sentimientos bajo control.

—Eso es posible, por supuesto, milord. —Ella le miró fijamente—. ¿Qué piensa hacer conmigo? Si no me va a decir por qué se casó conmigo, al menos hágame saber cuál va a ser mi futuro destino.

—Eres mi esposa. Vivirás la vida que corresponde a tu posición mientras me plazca. La hacienda requiere un heredero, y puesto que estoy casado contigo, supongo que tendrás que proporcionarlo. Después de eso, ¿quién puede decirlo? Tu futuro está asegurado. Aunque no desee volver a verte, no puedo permitir que se diga que la vizcondesa Vernon pasa hambre en una buhardilla. Si te comportas correctamente, podrás ocuparte del cuidado del heredero de los Vernon. Si no, serás generosamente pensionada, y los niños apartados de tu indeseable influencia.

—Es usted despreciable, milord —le siseó ella—. ¿Y si no estoy de acuerdo con su programa?

—No entiendo tu pregunta.

—¿Y si no me complace participar en este salvaje engaño? No soy una vizcondesa, ni una esposa. ¿Y si decido hacer públicos los verdaderos hechos relativos a nuestra forma de conocernos y a lo absurdo de nuestra ceremonia nupcial?

La fría voz del vizconde cortó bruscamente la creciente histeria de sus preguntas.

—Hay dos razones perfectamente válidas, esposa. En primer lugar, no te conviene difundir semejante historia. Te he rescatado de una penuria segura y de una muerte casi segura. ¿Qué piensas hacer cuando hayas difundido tus rumores? ¿Adónde irás? ¿Cómo comerás? ¿Quién te empleará? En segundo lugar, harás lo que yo diga porque tengo el poder de obligarte a obedecer. ¿Queda claro lo que quiero decir?

—Admirablemente, milord. —Su voz era amarga—. Soy prisionera y su esclava, pero mis ataduras serán de seda hasta que le desagrade.

—Excelente. Tu inteligencia te honra, querida, estoy seguro de que nos las arreglaremos para llevarnos muy bien.

Se acercó a la puerta y colocó una lánguida mano sobre la cuerda del timbre que llamaría a su sirviente.

—Por cierto, Helen, mi madre, la vizcondesa viuda, tiene previsto visitarte mañana por la mañana. Ella cree, o al menos espera, que nuestro matrimonio es la culminación de un apego secreto que ha perdurado durante algunas semanas. ¿Confío en que no desilusionarás sus preconceptos?

—Desde luego, milord. —Ella rió histéricamente—. Fui incapaz de resistirme a sus súplicas de un matrimonio precoz debido a la fuerza de mis sentimientos hacia usted. ¿Es eso suficiente, milord?

El vizconde sonrió con indiferencia.

—Servirá para empezar. Me alegro mucho de que empecemos a entendernos, querida. Espero que duermas bien.



—Madre, me gustaría presentarte a Helen, mi esposa. Solicito tu amabilidad en su nombre. Helen, ésta es mi madre, la vizcondesa viuda Vernon.

Las formales palabras de presentación rodaron sonoramente por la cama. Si Helen no se hubiera aterrorizado ya ante la idea de conocer a su suegra, tan fría formalidad habría destrozado sin duda cualquier esperanza de serenidad. Tal como estaban las cosas, llevaba tres horas tumbada en la cama temblando, y la gélida reserva de los modales del vizconde no hizo sino aumentar su nerviosismo natural hasta el punto del pánico. Contempló con los ojos en blanco la imponente figura vestida de seda negra, dolorosamente consciente de las insuficiencias de su propio aseo. La figura negra le devolvió la mirada en un silencio más horrible que la más furiosa de las palabras.

De hecho, la Dowager enmudeció de puro asombro. Bien acostumbrada al gusto de su hijo por las mujeres, había anticipado una novia rubia y de abundantes curvas o de pelo negro y seductora. Ni en sus sueños más salvajes había imaginado que Christian pudiera aliarse con un espectro pálido y etéreo que parecía muy propenso a quebrarse si se le respiraba demasiado fuerte.

La viuda echó otra mirada incrédula a los grandes ojos grises de la muchacha, y no reconoció el pánico que acechaba en sus profundidades. Regiamente inclinó la cabeza en señal de reconocimiento de la presentación, su mente demasiado confusa para pensar en lo poco entusiasta que debía parecerle a Helen su respuesta.

—Debo pedirle que me perdone por recibirla de manera tan informal —dijo Helen con disgusto. Parecía obvio que la Dowager no iba a convertirse ni en amiga ni en aliada—. Tal vez el vizconde le haya dicho que he estado indispuesta.

—Helen contrajo un resfriado que se descuidó mucho —dijo el vizconde enérgicamente—. Pero el Dr. Clifford me asegura que ya ha pasado todo peligro de complicaciones.

—Fue desafortunado que Helen contrajera un resfriado justo cuando decidiste casarte —dijo la Dowager—. Y doblemente desafortunado que por alguna razón fuera imposible presentarnos antes de la ceremonia.

El Vizconde tuvo la gracia de parecer desconcertado.

—Como sabes, madre, había buenas razones para no retrasar mi boda. Tuvimos la suerte de que Helen se sintiera demasiado débil para resistirse a mis «súplicas» de una ceremonia inmediata. Si no hubiera estado enferma, me temo que nunca la habría persuadido para que se convirtiera en mi esposa.

Helen levantó la vista con enfado de su decidido estudio del estampado de su colcha. Su nerviosismo fue devorado por la rabia ante la sutil distorsión del vizconde de los acontecimientos que condujeron a su matrimonio. Lanzó una fulminante mirada de reproche al vizconde desde debajo de unas pestañas veladas, y la viuda se sorprendió al detectar el destello de fuego que brillaba en los fríos ojos grises de Helen. La curiosidad, y un nuevo interés por su dolorosamente pálida nuera, se sobrepusieron a la anterior vacilación de la Viuda.

—Mi querida niña —dijo suavemente—. Nunca pensé estar agradecida por un ataque de fiebre. Pero si eso era lo que Christian necesitaba para espolearte al matrimonio, entonces debo estar agradecida a la inflamación de los pulmones que te afligió.

—Confío en que mi esposa comparta tu entusiasmo por su sacrificio —comentó el vizconde. Su mirada atrevió a Helen a protestar contra la tela de mentiras que estaba tejiendo tan hábilmente—. ¿Espero que no haya arrepentimientos, mi amor?

—Desde luego que no, milord. —Las palabras de Helen fueron pronunciadas en voz baja y sin inflexiones maliciosas, pero la viuda percibió la contención que se escondía tras la simple frase. De pronto sintió deseos de seguir conociendo a Helen sin la supervisión interesada de su hijo.

—Será mejor que te vayas, Christian. —Mostró al vizconde una dulce sonrisa que hizo casi imposible la protesta—. Deseo tener una larga charla con Helen, y tú sólo te pasearás por la habitación como un gato esperando fuera de una ratonera. Además, he visto a tu amigo Sir Simon Windlan sentado en el salón. ¿No deseas ir a discutir algún tema importante con él?

El vizconde la miró con afectuosa exasperación.

—No se me ocurre ningún tema que pueda llamar más mi atención que el primer encuentro entre mi esposa y mi madre.

—Tonterías —dijo rotundamente la viuda—. Con Sir Simon puedes hablar de boxeo, o del nuevo caballo que alguno de vosotros hayáis comprado. Incluso podréis discutir de política. Los hombres sois perfectamente capaces de inventar cualquier número de temas que os plazca considerar importantes. Estoy segura de que ni tu esposa ni yo podríamos pensar nada que pudiera competir con semejante selección de temas. ¿No es así, querida

La Dowager se sorprendió al oír una pequeña risita desde la cama.

—Bueno, como usted ha mencionado, es difícil para una mujer pensar en temas tan elevados. Por tanto, parece improbable que podamos producir una conversación lo suficientemente interesante como para competir con caballos o boxeo.

La viuda rió, complacida al ver que su nuera poseía sentido del humor, y el vizconde levantó las manos en un gesto de resignación.

—Reconozco mi derrota. Me retiraré y les dejaré a ambas con su conversación. Simon y yo podemos ingeniárnoslas para resolver algunos problemas de estado mientras ustedes dos reflexionan sobre la última moda en cintas.

Se inclinó sobre las manos de Helen con falsa solicitud y se inclinó más cerca para susurrarle al oído.

—No te atrevas a causar ansiedad a mi madre.

Se enderezó y se volvió hacia su madre, su rostro de nuevo todo sonrisas.

—No te creas todos sus descargos de doncella, madre. Sus sentimientos hacia mí son tan profundos como los míos hacia ella. ¿No es así, mi amor?

El color tiñó la blancura de las mejillas de Helen.

—Más profundos y más fuertes, milord. —Sus ojos le fulminaron, con el brillo ya familiar—. Apenas ha empezado a sondear las profundidades de mis sentimientos hacia usted.

El vizconde le estrechó la mano y la apretó dolorosamente.

—Tanta pasión en su voz, milady. Desista o escandalizará a mi madre.

Besó a su madre ligeramente en la mejilla.

—Volveré dentro de media hora para llevarte de nuevo a casa, mamá. No te molestes en protestar. Estoy protegiendo a Helen... puedes ver que aún necesita descansar.

La Dowager apenas esperó a que su hijo cerrara la puerta de la alcoba tras de sí antes de caminar rápidamente hacia la cama, donde acercó una pequeña silla y sonrió a Helen.

—¿Christian está exagerando? —preguntó suavemente—. ¿De verdad debes pasarte todos los días en la cama?

Helen bajó la mirada hacia los dedos exquisitamente enojados que descansaban ligeramente sobre su mano y se le hizo un nudo en la garganta.

—El vizconde me resulta un poco agobiante —confesó al fin—. A veces finjo estar más

fatigada de lo que realmente estoy.

—Es perfectamente obvio que Christian nunca va a contarme cómo os conocisteis —dijo la viuda—. ¿Serviría de algo que te lo preguntara? Tengo fama de frívola de mente, querida, pero no hace falta ser muy aguda para percibir que tú y mi hijo no son la pareja más propensa a buscarse.

Era difícil decir una mentira deliberada cuando la amable voz de la viuda la instaba a confesarse. Helen suspiró y luchó con su conciencia.

Su instinto natural era decir la verdad, confesar su desconcierto acerca de todo el matrimonio, revelar los aterradores acontecimientos de los días anteriores a su llegada a esta casa. Pero la cautela, el miedo infundido por los hombres que la habían arrancado del hogar de su tutora y finalmente la habían arrojado al río, le aconsejaba que guardara su lengua. Aún no sabía si el propio vizconde estaba aliado con sus captores. ¿Cómo podía permitirse confiar en su madre? Mantuvo la mirada apartada del escrutinio amistoso de la viuda.

—El vizconde me recibió en el hospicio administrado por los guardas de la parroquia de Santa Catalina. Mi tutor era ministro en uno de los barrios pobres de la ciudad. El vizconde Vernon estaba comprometido en alguna misión de caridad en el hospicio.

—Mi querida niña. —La voz de la viuda contenía una nota sardónica que recordaba dolorosamente al vizconde—. Christian ya me ha obsequiado con su propia y conmovedora versión de esta historia. ¿No crees que podrías confiarme la verdad? Después de todo, conozco a mi hijo. Ha sido mi mayor alegría y mi mayor desesperación durante más de treinta años. Él no visita asilos, querida. Ni por caridad ni por ninguna otra razón.

Helen se apretó contra las almohadas, como para sacar fuerzas de su acolchado confort. El color refluó y fluyó en sus mejillas con febril intensidad.

—¡Le ruego, milady, que no me presione para obtener respuestas!

Volvió los ojos llenos de lágrimas hacia la Dowager.

—El vizconde Vernon se reunió conmigo en el Asilo de Santa Catalina, milady. Le juro que es la verdad. Le he dicho que no soy una esposa adecuada para un hombre de su posición. Le prometí que pasaría tranquilamente de su vida. Él no decidió estar de acuerdo conmigo. Puede ser muy... enérgico... en sus persuasiones, y le permití anular mis objeciones. Pero le aseguro, milady, que si hubiera sido más fuerte, si no hubiera estado tan febril, nunca le habría permitido hacer un partido tan desigual. Sé que no puede complacer a sus amigos ni a su familia.

La viuda le dio unas palmaditas tranquilizadoras en el brazo.

—Tranquila. No debes angustiarte. Si nos conociéramos mejor sabrías que no es probable que me queje porque el partido sea desigual en términos de fortuna. Y en cuanto a tu nacimiento,

me ha asegurado que no es excepcional. Como madre, sólo puedo concluir que cualquiera que pudiera persuadir a mi hijo para que visitara un hospicio tiene claramente poderes de atracción que sería tonta si ignorara.

Extrajo un elegante mechón de encaje perfumado de uno de sus bolsillos y se secó con calma las gotas de sudor que resaltaban en la pálida frente de Helen.

—Escucha, querida. —La viuda estrechó las manos de Helen entre sus elegantes dedos—. Me interesa sobre todo ver a Christian feliz, y eso es algo que no ha sido durante muchos años. Probablemente no lo es desde que su hermano menor murió en las campañas peninsulares, acontecimiento que aún prefiere no mencionar. Si eres la esposa de su elección, y si puedes hacerle feliz, entonces no podré evitar quererte como a mi hija.

—Haré todo lo que pueda, milady, para no decepcionarla nunca. —La voz de Helen era ronca.

La Dowager hizo un pequeño movimiento con la cabeza.

—Declaro que nos hemos vuelto bastante sensibleras. Hablemos de ropa, que es un tema mucho más gratificante. Si voy a presentarte en sociedad como Christian desea que haga, debes permitirme compartir la diversión de todas tus compras. ¿Cuándo crees que estarás lo bastante bien para salir conmigo? ¿Debo tener paciencia durante otra semana? ¿Un mes?

Helen rió, y por primera vez la Dowager oyó su voz totalmente libre de preocupación.

—Le haré una confesión, milady. Hoy ya he salido de la cama. —Se sonrojó un poco cohibida—. A veces es más fácil afrontar una situación difícil si uno es un inválido, por eso me retiré de nuevo a mi cama.

La Dowager intentó parecer severa.

—Creo que nunca antes se me había planteado una situación difícil. Sin embargo, estoy encantada de oír que te estás recuperando tan rápidamente de su indisposición, fuera cual fuera. —Ella sonrió—. ¡Ah, no! No te muestres tan temerosa, querida. No te presionaré sobre ese punto. Sólo dime... ¿podemos ir de compras esta semana? Traeré mi carruaje y dos criadas. Estarás mimada, te lo prometo.

Una diversión interior iluminó los angulosos planos del rostro de Helen.

—Tales atenciones serán una experiencia novedosa para mí, milady, y esperaré con impaciencia nuestra expedición. Me siento más fuerte sólo de pensarlo.

La suave y perfumada mejilla de la Dowager se posó brevemente sobre el pálido rostro de Helen.

—Creo que tener una nueva hija va a ser muy divertido... mucho más divertido que ser una viuda de luto.

Helen recuperó el aliento.

—Eso espero, señora. De verdad que lo espero.

Capítulo

7

Al vizconde Vernon no le hizo ninguna gracia ser excluido del primer encuentro entre su madre y su esposa. Le disgustó aún más descubrir, mientras acompañaba a la Dowager de vuelta a su casa de Portman Square, que ya se había acordado una expedición de compras para la semana siguiente. No era, por supuesto, que le envidiara a Helen el coste de unos cuantos vestidos. Pasara lo que pasara en el futuro, ahora se sentía obligado a mantener a la muchacha vestida, alojada y alimentada. Lo que le irritaba era saber que Helen se había recuperado lo suficiente como para levantarse de la cama... pero había optado por ocultarle esta información.

Para cuando su ayuda de cámara terminó de afeitarse el jueves por la mañana, el vizconde Vernon había decidido sentirse agraviado. Se vio obligado a llegar a la desagradable conclusión de que, a pesar de varias largas conversaciones e innumerables amenazas, en realidad sabía muy poco más de ella que cinco días antes. Era huérfana, pobre y había estado al cuidado de un ministro de la Iglesia. También era condenadamente escurridiza. Él lo había sabido al día siguiente de su matrimonio. No sabía nada más, casi una semana después.

La rabia aumentó en su interior, y se dejó vestir sin siquiera un movimiento de cabeza para indicar que seguía siendo consciente de la presencia del ayuda de cámara.

En este estado de ánimo de inquieta irritación, no era posible pensar en la comida; de modo que el vizconde se dirigió furioso por los pasillos a la habitación de su secretario por segunda vez en una semana. El vizconde entró furioso en el estudio, sin perder tiempo en el intercambio de las cortesías habituales.

—¿Qué ha averiguado sobre ese maldito vicario? ¿Y qué hay de las chicas?

El Sr. Jeffries se puso en pie. Era muy bueno escribiendo discursos políticos —nunca, que él recordara, pronunciados realmente por el vizconde Vernon—, y excelente administrando los detalles de las vastas propiedades de los Vernon. No se sentía nada cómodo investigando las historias de vida de oscuros personajes residentes en una de las parroquias más sórdidas de Londres.

—Er... he contratado a un antiguo miembro de los corredores de Bow Street, milord. Me pareció que tendría más costumbre de obtener el tipo de información que necesitamos y estaría más acostumbrado a... Er... la sordidez de su entorno. Sólo me dice que el reverendo Charles

Smith murió a principios de enero a causa de la fiebre que asola esa parte de la ciudad. Hubo una joven, miembro de su casa, que murió en diciembre. La gente de esa parroquia es muy pobre, milord, y poco dada a ir a la iglesia. Pero parece que el reverendo Smith estaba bien considerado en el distrito.

—¿Y qué hay de la otra joven? Había dos mujeres que le ayudaban en sus tareas parroquiales.

—No tengo información sobre su paradero actual, milord. Había creado una escuela para algunas niñas del distrito. Era gratuita, así que las madres de la parroquia estaban encantadas de enviar allí a sus hijas hasta que tuvieran edad suficiente para trabajar. Ella no conservaba muchas alumnas una vez que alcanzaban los siete u ocho años, por supuesto. El Corredor me dice que escapó a la fiebre que se cobró la vida del reverendo Smith, pero desapareció una noche y nadie ha vuelto a saber de ella.

El vizconde miró malhumorado a su secretario. Lejos de sentirse tranquilizado por esta confirmación de las propias palabras de su esposa, se sentía oscuramente turbado. Perturbado por esta nueva prueba del estado inestable de sus propios sentimientos, se reprendió mentalmente. ¿Qué había esperado? La prueba de que su esposa era una criminal empedernida o una prostituta? El vizconde sacudió la cabeza con enfado.

—Dígale al Corredor que averigüe qué pasó con la otra chica. Deseo saber cuándo abandonó la parroquia y por qué. También deseo saber cuándo llegó el reverendo Charles Smith para asumir sus funciones en San Esteban. Si era un hombre de cierta educación, parece un lugar extraño el que eligió.

—Sí, milord. —El Sr. Jeffries jugueteó nerviosamente con su mejor y más nueva pluma—. ¿Supongo que se trata de un asunto de cierta urgencia, milord?

Esta pregunta cautelosa fue lo más cerca que estuvo de preguntarle al vizconde por qué era necesaria la investigación. El vizconde no respondió a la petición tácita de su secretaria.

—Sí —dijo brevemente—. Lo considero un asunto de extrema urgencia.

Volvió a pasearse por el pasillo, frunció el ceño con ferocidad ante una criada lo bastante desafortunada como para encontrarse en su camino y de repente pensó en la vieja enfermera que había visto en la habitación de la enferma de su esposa. Su ceño se aligeró y se sentó a la mesa del desayuno con un ánimo de renovada buena voluntad. No se doblegó hasta el punto de devolver el cortés saludo del mayordomo, pero se las arregló para ordenar la presencia inmediata de la enfermera sin llegar a ladrar al desafortunado lacayo que debía cumplir su orden.

Agatha Clayden se presentó prontamente en la mesa del desayuno del vizconde. Hizo una reverencia con la humildad adecuada, y el vizconde se sintió de nuevo gratificado al notar la agradable limpieza de su atuendo y el perfecto orden de su cabello bajo su pulcra cofia. Miró a la mujer con falsa amabilidad.

—¿Has estado cuidando de Lady Vernon? Me temo que no recuerdo tu nombre.

—Aggie, milord. —Ella hizo otra reverencia—. Soy Agatha Clayden, milord.

—Bien, Aggie, tengo entendido que has estado al servicio de Lady Vernon durante muchos años. Debes estar encantada de venir y unirse a ella en su nueva casa.

—Sí, milord.

—Fue una suerte que ella pudiera convocarla tan rápidamente. ¿Estabas en Londres?

—Sí, milord.

El vizconde estaba molesto. Esta conversación apenas estaba produciendo el torrente de información que él había previsto. ¿No se suponía que todas las ancianas eran unas cotillas sin parar? Lo intentó de nuevo, esta vez con un enfoque más directo.

—¿Y cuánto tiempo llevas sirviendo a Lady Vernon, Aggie? Estoy seguro de que debe de ser mucho tiempo.

Los ojos de Aggie levantaron la vista del suelo. Estaban en blanco. Se retorció las manos nerviosamente.

—Sí, milord. Mucho tiempo.

El vizconde dominó su impaciencia con dificultad.

—¿Cuánto tiempo, Aggie? ¿Cuánto tiempo has estado con Lady Vernon? ¿Cuándo entraste a su servicio y dónde?

La expresión de la sirvienta se volvió cada vez más bovina.

—Hace mucho tiempo, milord. No se me dan bien los números. Serví al Reverendo durante años.

—Estoy buscando información, y me dices sólo que has servido al Reverendo durante mucho tiempo.

La antes competente enfermera parecía estar convirtiéndose en una arpía torpe casi ante los ojos del vizconde. Vacilante, la mujer levantó la vista de su decidido estudio de los dibujos de la alfombra de la sala de desayunos.

—La señorita Helen y la señorita Cassie eran huérfanas, milord. Por eso el reverendo las acogió. Eran sólo bebés cuando el Reverendo me contrató por primera vez, milord. Pero nunca trabajé para sus padres.

—¡Fuera! —El bramido indignado del vizconde resonó a lo largo de la habitación y salió al pasillo. Agatha Clayden salió tambaleándose humildemente de la habitación y el vizconde observó su marcha con ojos cínicos. Estaba completamente seguro de que había asistido a una actuación de primera clase por parte de una mujer de una inteligencia superior a la media. Estaba igualmente seguro de que podría interrogarla durante toda la mañana y no le revelaría absolutamente nada sobre su esposa ni sobre la vida que había llevado en el pasado. El vizconde se dio cuenta de que acababa de toparse con una de las defensas más eficaces desarrolladas por las clases trabajadoras contra la intromisión de sus amos. La insolencia podía ser respondida con represalias. La estupidez descarada, aunque exasperante, presentaba una pantalla impenetrable.

El vizconde decidió buscar el consuelo de su club, pero recordó justo a tiempo el reciente anuncio de su matrimonio. No teniendo ningún deseo de encontrarse con las miradas atónitas y la curiosidad desenfrenada de sus iguales, abandonó a regañadientes toda esperanza de relajarse por ese día. Se dirigió a los aposentos de Sir Simon y allí consumió una botella y media del mejor borgoña de su amigo sin tener siquiera la cortesía de comentar su excelencia. Sir Simon, que normalmente no era conocido por ser un hombre de inteligencia penetrante, fue lo suficientemente prudente como para no hacer preguntas ni comentarios sobre el estado de recién casado de su amigo. Comieron un miserable almuerzo y hablaron decididamente de caballos.

No fue en absoluto sorprendente, por tanto, que cuando el vizconde se enfrentó a su esposa a última hora de la tarde, su humor estuviera en su punto más negro. No estaba dispuesto, decidió con severidad, a dejarse desviar por lágrimas o desmayos u otros signos cuidadosamente calculados de debilidad femenina. Su temperamento no mejoró en absoluto cuando, al entrar a grandes zancadas en la habitación de su esposa sin la cortesía de un golpe de advertencia, la descubrió cómodamente sentada junto a la chimenea, perdida en la risa por alguna broma compartida con una Aggie revivida.

Se sorprendió a sí mismo en el acto de rechinar los dientes y consiguió controlarse lo suficiente como para hablar. Aggie no esperó su orden, sino que salió silenciosamente de la habitación, haciendo todo lo posible por parecer invisible. El vizconde se alzaba amenazador sobre su esposa.

—¿Por qué has fingido estar enferma cuando no lo estás? ¿Y te ha dado permiso el Dr. Clifford para salir de la cama?

Ella no mostró ninguna dificultad para desentrañar estas preguntas contradictorias. Sonrió de un modo amistoso que no prestó atención a la expresión iracunda del vizconde ni a su voz airada.

—El doctor Clifford me dijo que el enfriamiento le produjo una fiebre casi mortal. Pero una vez que la fiebre se desvaneció, me asegura que el peligro para mi salud ha remitido en gran parte. Me ha dado permiso para salir de mi cama esta noche. ¿No son noticias agradables?

—¡Oh, noticias agradables sin duda! Supongo que ahora desearás compartir la mesa durante la cena.

—Eso sería muy agradable, y ahorraría a los criados tener que servir la cena en dos habitaciones separadas, lo que podrían considerar algo peculiar. Por supuesto, me doy cuenta de que puede tener otro compromiso.

Ella vio la expresión estruendosa que oscurecía su ceño y sonrió amablemente.

—¿No le importaría tomar asiento, milord? Si va a gritarme, más vale que esté cómodo.

—No tengo intención de gritarte. No es mi costumbre levantarle la voz a una dama. —El vizconde resistió el impulso de pasearse arriba y abajo por la habitación y se acomodó en el borde de una silla—. He venido a darte mis instrucciones para el futuro inmediato. — Hizo una pausa y la miró subrepticamente, pero ella permanecía sentada con la cabeza mansamente inclinada y las manos cruzadas recatadamente sobre el regazo.

—Sí, bueno. He decidido que te acompañaré al campo. Tengo una pequeña casita de caza en Leicestershire, y te llevaré allí con el ama de llaves hasta el final de la temporada. Cuando salga de Londres hacia Wrexham, la finca de mi familia, vendré a buscarte. Espero introducirte poco a poco en la sociedad de nuestro vecindario. Tal vez sea posible lograr tu presentación a mis amigos sin que se produzca un escándalo demasiado grande. Después de todo, mi madre ha aceptado ayudarnos.

—Veo que lo ha pensado muy detenidamente, milord. —Las corteses palabras de Helen fueron subrayadas con una risa secreta—. Déjeme ver si le he entendido completamente. Desea usted introducirme en su mundo sin dar lugar a especulaciones escandalosas. Naturalmente, por lo tanto, ha optado por sacarme a toda prisa de Londres al comienzo de la temporada... y en la primera semana de nuestro matrimonio. Habiéndome dejado sola y desatendida durante cuatro o cinco semanas, ¡en una residencia de caza!, planea entonces escoltarme hasta el corazón de una conservadora sociedad campestre. Allí, sin saber aún nada de mi carácter ni de mis aptitudes naturales, intentará presentarme, discretamente, a sus amigos. Su previsión, milord, es casi... increíble.

—¡Ah, ja! —gritó el vizconde, poniéndose en pie de un salto—. Puedes burlarte de mí si quieres. Pero has mencionado la razón principal de esta ridícula farsa. No sé nada de tu carácter, ¿y de quién es la culpa?

—Pues creo que de nadie, milord. Podemos echarle la culpa al Tiempo. Apenas ha habido tiempo suficiente para que nos conozcamos.

—¡El tiempo! —exclamó amargamente el vizconde—. No es tiempo sino franqueza lo que falta, Helen. Y bien que lo sabes.

Una leve inquietud invadió los modales de Helen, pero contestó con suficiente tranquilidad.

—En cuanto a eso, milord, creo que ninguno de los dos hemos estado demasiado ansiosos

por hacer una confesión completa. ¿No podríamos llegar a un acuerdo para permitir que nuestras acciones pasadas pertenezcan al pasado? Tenemos el presente que compartir y el futuro del que preocuparnos. ¿No es suficiente? —Ella se sonrojó ligeramente, luego habló con renovada firmeza—. No hay nada en mi pasado que pueda levantarse y causarle vergüenza, milord. Puede dar cuenta de nuestro matrimonio con cualquier historia que le apetezca inventar. No habrá esqueletos incómodos que caigan del armario en una reunión pública.

El vizconde no se sintió apaciguado por las sugerencias de su esposa.

—Veo que por fin te has dado cuenta de las ventajas potenciales de tu posición. Deseas que te reconozca como la vizcondesa Vernon y ponga un sello público de aprobación a tu posición como mi esposa. No has tardado mucho en idear la mejor manera de atraparme en tus trampas, ¿verdad, milady?

Un delicado color tiñó las mejillas de Helen, pero su voz permaneció tranquila.

—Sería totalmente insensato por mi parte intentar fingir que preferiría estar muriéndome de hambre en el muelle que descansando cómodamente en su casa, milord. Sin embargo, no veo cómo puede decir que le he atrapado. Usted eligió casarse conmigo, milord. Yo no os atraje al matrimonio. No estaba en condiciones de hacerlo.

—¡Así que ahora todo va a ser culpa mía una vez más! —dijo amargamente el vizconde—. Muy bien, esposa. Ya que consideras mis planes tan inadecuados, dime qué planes has urdido para tu presentación en sociedad. No me cabe duda de que has estado maquinando afanosamente.

—No había necesidad de maquinar, milord. La vizcondesa viuda, como usted ya sabe, tuvo la amabilidad de decir que patrocinaría mi presentación en la sociedad londinense. Planeamos ir de compras a principios de la próxima semana y una vez que tenga un vestuario adecuado a mi nueva posición, la Dowager ha sugerido que dará un gran baile. Creo que desea marcar el final de su período de luto y cree que la presentación en sociedad de una nueva nuera sería una excusa adecuada.

El vizconde guardó silencio durante varios minutos, y cuando volvió a hablar sus modales eran más tranquilos, pero no menos bruscos.

—Helen, mi madre no está en posesión de todos los hechos relativos a nuestro encuentro, como tú misma sabes. Sólo te ha visto en la cama, en circunstancias que no le permitían juzgar tu... er... tu comportamiento social. Ella no es consciente... es decir... Maldita sea, Helen, debo ser franco contigo en este punto. La sociedad londinense está preparada para sufrir a aristócratas excéntricos, e incluso dará la bienvenida a tontos redomados en su seno siempre que el tonto venga con la crianza y los antecedentes adecuados. Pero la sociedad londinense es ocasionalmente cruel, querida. Exige ciertos códigos de comportamiento, espera que se observen ciertos rituales sociales o serás rechazada de plano. No es fácil imitar los modales de la tonelada, Helen, y no sé si podríamos instruirte lo suficiente en los pocos días de que disponemos. No te ofendas, querida. No hay ninguna deshonra en haber llevado una vida humilde. De hecho, es probable que tus días hayan sido mucho más útiles ayudando a tu tutor que aprendiendo cuán

profundamente debes hacer una reverencia a una duquesa, y cuántas veces puedes bailar con el mismo caballero.

Helen no dio señales de sentirse ofendida por las palabras del vizconde. Respondió con ecuanimidad, los agradables tonos de su voz no se vieron empañados por ninguna nota de reproche.

—Mi tutor procedía de una larga y antigua estirpe de caballeros de campo, milord. Fue su sentido del deber lo que le hizo trabajar en los astilleros de Londres. Su nacimiento le habría dado derecho a los más altos cargos clericales del país. Además, era un hombre querido y generoso, y parecía sentir que le debía a mi padr... En fin, eso no viene al caso. Mi hermana y yo asistimos a la escuela en Cheltenham durante más de tres años. La verdad es que aprendimos pocas cosas allí que mi tutor no nos hubiera podido enseñar mejor él mismo. Nuestros profesores, sin embargo, estaban bien formados en una materia. Rebosaban de información sobre las sutilezas de la vida aristocrática. Puede ponerme a prueba, milord. Nos enseñaron todas las gracias sociales concebibles. No me encontrará falta de conocimientos de etiqueta o protocolo.

El vizconde se resistió a herir sus sentimientos, aunque sabía que una escuela barata de señoritas del tipo al que ella probablemente había asistido sería incapaz de proporcionarle los conocimientos que necesitaría para enfrentarse a la sociedad londinense. En parte para seguirle la corriente, en parte para compensar su anterior muestra de mal genio, le dio una palmadita en la mano de forma amistosa, aunque condescendiente.

—Muy bien, querida. Finjamos que soy el mismísimo Príncipe Regente. ¿Cómo te comportarías si te presentaran ante mí?

Helen se levantó rápidamente de su asiento. Dirigiendo modestamente sus ojos hacia el suelo, se hundió en una profunda reverencia. Su mano izquierda sujetaba con cuidado unas faldas imaginarias a un lado. Su mano derecha se mantenía libre, esperando alguna señal del «Príncipe Regente» que le indicara si deseaba o no tocar con sus propios dedos reales la mano de ella.

El Vizconde quedó sorprendido por la destreza de su arrolladora reverencia.

—Eso está muy bien, Helen. Ahora soy Sir Thomas Garrett, que ha pedido que le presente a la nueva Vizcondesa Vernon. Tengo unos cincuenta años. Muéstrame lo que harías.

Helen hizo una leve reverencia sonriendo y dijo brevemente:

—Encantada. —Luego se encogió de hombros y dijo—: ¿No podemos dejar este juego, milord? Hay infinitas pruebas que podría idear y aun así no cubrir todas las reglas de etiqueta necesarias. ¿No puede aceptar mi palabra de que no faltaré?

—Es posible —dijo el vizconde lentamente—. Pero también hay una razón para que ocultes tu pasado, y me gustaría averiguarlo.

—Y parece haber una razón para que mienta sobre sus razones para casarse conmigo. —La

acusación volvió a brotar de Helen.

La expresión del vizconde era atronadora, pero de repente se echó a reír.

—Te concederé la victoria, Helen, al menos en este asalto. Después de todo, tienes razón. ¿Qué tengo que perder? Si tu comportamiento es deliberadamente escandaloso, sufrirás más que yo, ya que tengo el poder de determinar lo cómodamente que vivirás. Si cometes errores genuinos, hay algo de verdad en lo que has dicho antes. Poco importa que sus meteduras de pata sociales se cometan aquí o en el campo. Cualquiera de las dos sociedades tiene las mismas probabilidades de rechazarte. Y es muy probable que yo me convierta en el hazmerreír siga el curso que siga.

—¿Qué historia se propone contar a todos sus amigos, milord? Debemos contar la misma historia, desde el principio. Imagino que habrá otras personas, aparte de mí, que sentirán curiosidad por saber por qué se ha casado conmigo.

El vizconde sonrió cínicamente.

—La sociedad no está acostumbrada a escuchar largas explicaciones y disculpas de mi parte, Helen. Sin embargo, en este caso me alegra pensar que podremos decir la verdad.

—¿Y cuál es la verdad, milord?

—Pues es simple. Te dedicabas a una vida de caridad... pero en el transcurso de una grave enfermedad reciente,, cediste de tu obstinado rechazo anterior a mi demanda y accediste a casarte conmigo.

Helen permitió que sus ojos recorrieran la considerable longitud de la espléndida figura del vizconde. Su mirada se posó en los pliegues de su impecable paño blanco para el cuello, adornado con un único resplandor de diamantes. Habló pensativa.

—No parece usted un hombre muy ansioso por presionar con su traje a una muchacha dedicada a obras de caridad, milord.

El vizconde sonrió brevemente.

—Me alivia oírlo, Helen. —Se encogió de hombros—. La gente puede pensar lo que le plazca. Se hablará un poco, pero ¿a qué conclusión puede llegar la sociedad que nos perjudique? El mundo social debe tener necesariamente un poco de escándalo para mantenerse entretenido y ocupado. Yo estoy acostumbrado a los cotilleos y en cuanto a ti, querida, tendrá que aprender a mantener la cabeza alta y a sonreír mucho.

Se volvió de espaldas y habló hacia la chimenea.

—Haré todo lo posible para no deshonrarle, señor.

El vizconde contempló sus delgados hombros y fue consciente de una inusual oleada de compasión.

—No sería fácil caer en desgracia, Helen; mi conducta pasada fue tal... En resumen, tengo que confesar que no encuentro el favor de las matronas más estrictas de la sociedad.

Continuó hablando al fuego.

—Intenta ser amable, señor, pero ambos sabemos que una cosa es desafiar algunas convenciones y otra muy distinta parecer... vulgar.

En tres zancadas el vizconde estaba a su lado, obligándola a girar y escudriñando las profundidades de sus ojos grises.

—¿Quién eres? —le preguntó con dureza.

Helen se debatió débilmente en su férreo agarre.

—Yo era Helen Jane Smith —dijo débilmente—. Ahora también soy su esposa.

Él la arrojó de su lado, sin importarle que se desplomara sobre el suelo.

—Sería bueno que recordara ese hecho, Lady Vernon... y que pretendo ser el amo en mi propia casa.

El portazo de la puerta del dormitorio resonó por los corredores llenos de corrientes de aire, mientras Aggie Clayden se arrastraba sigilosamente de vuelta a la habitación de su ama. Con un grito asustado, estrechó a Helen entre sus brazos.

—No le provoque, señorita Helen. Dicen abajo que es conocido por su terrible temperamento.

Devolvió a la silenciosa muchacha a su silla, arrojando con una cálida manta sus frías piernas y pies.

—También dicen en la sala de los criados que tiene una amante y que la ha tenido durante años. Una tal Lady Violet, que iba a casarse con ella. Pero sabemos que no te eligió exactamente, al menos no como piensan los sirvientes.

—¿Esperas que le pida que despida a su amante, Aggie? ¿Es ése el propósito de esta conversación?

Aggie vertió zumo de limón caliente sobre la miel e instó a Helen a beber, ignorando convenientemente la sarcástica pregunta de su protegida.

—¿Voy a buscar a nuestro Jem y le pido que haga algunas averiguaciones, señorita Helen?

Quizá el vizconde no tenga nada que ver con ese otro hombre. Tal vez sea sólo una coincidencia que le pidiera matrimonio justo después de que el otro intentara asesinarla.

Helen miró a su criada con lástima.

—Entonces, ¿cuál sería tu elección como marido, Aggie? ¿Un criminal que está medio inclinado a asesinarte, o un noble lunático que selecciona a su esposa entre los barrios bajos?

—Quizá no sea ninguna de las dos cosas. Quizá sólo sea un buen hombre que cometió un error.

—¡Oh, sí! ¿Por qué no pensé en eso antes? ¡Creía que estaba bailando en Almack's, pero en realidad estaba en el pabellón de la fiebre del hospicio! Es fácil ver cómo se produjo semejante confusión.

Cansada, apoyó la cabeza contra el respaldo acolchado de la silla.

—Disculpa, Aggie. Estoy cansada, eso es todo. Por favor, pídele a tu hermano que haga algunas averiguaciones, aunque no se me ocurre qué debe preguntar Jem.

—Tendrá que ir a ver a los parientes de su madre, Srta. Helen. Debería haber ido allí antes, cuando el reverendo falleció. Ahora Jem tendrá que hablar con ellos y averiguar si se les ocurre alguna razón por la que la gente querría quitarla de en medio.

—¡No! —dijo Helen bruscamente—. No tendré nada que ver con esa familia. Dejaron de lado a mi madre y se negaron a reconocer la existencia de Cassie, o la mía. No me acercaré a ellos ahora, cuando rechazaron tantas veces los llamamientos de mi madre para una reconciliación.

—Jem no hablará directamente con su abuelo, no si usted no lo desea, señorita Helen. Pero tiene que afrontar los hechos. Está casada con un hombre y crees que podría querer matarte. ¿No cree que es hora de que averigües por qué tu madre se fue de casa y por qué tu tío te escondió en esa horrible parroquia?

—No hay ningún misterio, Aggie, como ya te he dicho antes. Mi madre se fugó, y por eso se alejó de su familia, y mi abuelo no tenía un carácter indulgente. Mi tío no era ni más ni menos que lo que parecía: un hombre dedicado a la Iglesia. No nos ocultó precisamente, simplemente nos llevó con él cuando cambió de parroquia.

El rostro de Aggie adoptó la expresión obstinada de quien sabe que tiene razón.

—¡Ah, ja! —cacareó triunfante—. Entonces, ¿por qué este simple párroco se hacía llamar Smith, cuando ambas sabemos que no es su nombre propio? —Ella resopló desdeñosamente—. Yo sé lo que sé, Srta. Helen. Y sé que todos sus problemas empezaron cuando ese cura que era dulce con la señorita Cassie insertó el anuncio de su muerte en los periódicos y utilizó su nombre

propio. Había dos hombres husmeando en la vicaría a la mañana siguiente. Nunca debí dejarla sola por la noche, no después de ver a esos hombres. Nunca me perdonaré haberla dejado sola en ese barrio. Jamás.

Helen se apresuró a contener el flujo de autorrecriminación.

—Aggie, ya hemos hablado de todo esto antes. No teníamos dinero. Me dejaste para buscar trabajo y poder volver a Cheltenham. No considero que buscar empleo sea faltar al deber. —Su voz era resignada mientras daba un apretón tranquilizador al brazo de la vieja sirvienta—. Muy bien, Aggie, si te hace sentir mejor con las cosas, Jem puede ir a Hampshire y hacer algunas preguntas. Pero asegúrate de que Jem no diga nada a nadie que pueda revelar mis conexiones familiares, o dónde se me puede encontrar ahora que mi tío ha muerto. Mis padres no tuvieron nada que ver con la familia de mi madre mientras vivieron, y mi tío nos mantuvo alejados de ellos hasta el día de su muerte. Nunca iré en contra de los deseos de mis padres, Aggie.

—Está bien, querida. Está bien. —La voz de Aggie era tranquilizadora—. Jem y Aggie lo solucionarán todo, ya verás.

Capítulo

8

No se esperaba que lady Violet Donnely aceptara a la ligera la pérdida del vizconde Vernon. Dotada de un cuerpo que rivalizaba con el de Venus, el rostro de un ángel y el alma de un prestamista, lady Violet había encontrado en el vizconde a su pareja perfecta. Él despertaba en ella una profundidad de pasión física que ningún otro hombre podía empezar a apaciguar. Su encanto cínico la protegía de los terrores del aburrimiento. Además, de no haber sido por las ridículas disposiciones del testamento de su padre, el vizconde habría tenido unos ingresos suficientes para satisfacer incluso el corazón rapaz de lady Violet.

Aunque el vizconde nunca le había hecho una oferta formal, lady Violet atribuyó justificadamente este silencio al sentido del honor pintorescamente anticuado del vizconde. El vizconde no le propondría matrimonio hasta que estuviera absolutamente seguro de que la propuesta podría llevarse a cabo. Lady Violet no se había sentido excesivamente turbada por la omisión. Tenía gran fe en las dotes de organización del vizconde y esperaba con confianza su matrimonio. Estaba segura de que el vizconde idearía algún método para proteger su herencia y casarse con la mujer de su elección. Se cuidó de no hacerse preguntas desagradables como si seguiría deseando casarse con el vizconde incluso sin su espléndida herencia.

Vernon no había revelado a lady Violet sus desesperados planes para burlar los términos del testamento de su padre. Por consiguiente fue más que evidente su enfado cuando él le informó entre susurros, y en pleno acto público, que su amante era ahora un hombre casado.

El vizconde no podía esperar a una cita privada y arriesgarse a que Lady Violet se enterara de la noticia por una fuente externa. El temperamento de lady Violet apenas se apaciguó con las insinuaciones del vizconde de que el matrimonio era una mera formalidad, contraída únicamente para cumplir las exigencias del testamento de su padre.

Todavía desgarrado por el anhelo que sentía por lady Violet, se resistía a pedirle que siguiera siendo su amante cuando ya no había ninguna perspectiva de un pronto matrimonio.

Lady Violet, cuya situación financiera no le permitía detenerse demasiado en los aspectos insultantes del matrimonio del vizconde Vernon, le resolvió afortunadamente este problema. Rápidamente recuperada de su primer arrebato de ira, hizo todo lo posible por disipar en él toda vacilación innecesaria. En el transcurso de una larga y tempestuosa noche, entre abrazos

apasionados y murmullos de devoción, lady Violet consiguió transmitirle el mensaje de que si no podía ser vizcondesa de Vernon, no tenía inconveniente en seguir siendo una amante bien pagada.

Con esta nota tolerablemente feliz, el vizconde Vernon partió de su primera visita posmatrimonial a la recámara de lady Violet. Absorto durante los dos días siguientes con su madre, su esposa y sus esfuerzos por desenterrar los detalles del pasado de Helen, se vio efectivamente aislado de todo contacto con el mundo social londinense. No tuvo ni tiempo ni energía para reflotar la posición de lady Violet en la sociedad una vez que la noticia de su matrimonio se hizo de dominio público, ni asistió a ningún acto social que pudiera haberle hecho tomar conciencia de su destrozada reputación.

Lady Violet no estaba igualmente aislada. Aunque hacía tiempo que había tomado la sabia decisión de no intentar ser admitida en Almack's, protegiéndose así de la ignominia de un vale cancelado, seguía recibiendo invitaciones y el reconocimiento de la mayoría de los miembros de la tonelada. Sin embargo, a raíz del matrimonio del vizconde, empezó a preguntarse si pronto se le cerrarían todas las puertas de la sociedad londinense. Su aventura con el vizconde había sido notoria, incluso escandalosa, pero la sociedad estaba dispuesta a perdonar mientras aún parecieran existir posibilidades de que su reputación fuera redimida por el matrimonio. La mayoría de las anfitrionas no estaban ansiosas por desairar a la futura vizcondesa Vernon.

El anuncio formal del matrimonio del vizconde con una desconocida señorita Helen Smith eliminó de inmediato la única razón por la que la sociedad había seguido tolerando las indiscreciones de lady Violet. Cuando se aventuró a asistir a la velada musical de lady Bishop, cuatro días después de la boda del vizconde, se dio cuenta de la magnitud de su ruina social. Sólo las asiduas atenciones de varios jóvenes caballeros impidieron que los desaires de las viudas se hicieran dolorosamente patentes.

Lady Violet, actriz consumada, sonreía y reía, mientras que por dentro bullía por la injusticia de todo aquello. Esperó con creciente impaciencia a que el vizconde Vernon la llamara y le sugiriera alguna salida a la desdichada situación. Fue Helen quien, sin saberlo, hizo que el vizconde regresara furioso a los brazos de lady Violet, que lo esperaba ansiosamente. En realidad, después de su primera y apasionada noche de reconciliación, el vizconde se encontró con muy poco tiempo libre para pensar en cabellos dorados y cuerpos suaves y redondeados. Su mente estaba ocupada en ensañarse con imágenes de hombros delgados, mejillas blancas y barbillas obstinadas. Sin embargo, cuando salió de la alcoba de Helen el miércoles por la noche, un recuerdo de las generosas curvas de lady Violet surgió para calmarle.

En cuanto descubrió que, efectivamente, su esposa planeaba cenar abajo, envió un mensaje a los establos pidiendo su faetón. Permitiendo que el mayordomo le ayudara a ponerse el chaquetón, sonrió sombríamente.

—Por favor, informe a Lady Vernon de que lamento no poder acompañarla a cenar esta noche. Un compromiso previo requiere que me encuentre en otro lugar.

—Sí, milord. —El rostro inexpresivo de Potter sugería que era totalmente natural y

apropiado que el vizconde se apartara de su propia mesa la primera noche que su nueva esposa descendiera a ella. El vizconde reprimió un irracional estallido de ira, teñido de culpabilidad.

—No hay necesidad de quedarse ahí, Potter. Puede transmitir mi mensaje a su señoría.

—Sí, milord. —Su espalda en retirada consiguió expresar la conmovida desaprobación que había ocultado su rostro.

El vizconde observó al mayordomo durante un minuto y luego se encogió de hombros. Se palpó el bolsillo para asegurarse de que había recordado la caja de terciopelo con su brazalete de diamantes y dirigió sus tumultuosos pensamientos hacia las comodidades del dormitorio de lady Violet.

Lady Violet, acosada por los fracasos sociales de los dos últimos días, se había preparado para expresar su disgusto en términos inequívocos. Sus lágrimas estaban preparadas, cuidadosamente ensayadas para que su flujo no estropearla la clara perfección de sus ojos azules como la porcelana. Pero la mera visión del vizconde suavizó su estado de ánimo, haciendo que su corazón latiera más rápido bajo la excitación de su presencia. Resplandecía de triunfo de que él la visitara con tanta frecuencia, a pesar de que ahora era un hombre casado.

Cenaron en sus habitaciones, y él la halagó y encantó como siempre hacía. Ella temblaba de pasión mientras él le desabrochaba la ropa, y no había fingimiento alguno en sus suaves gemidos de placer mientras él la llevaba a la cama.

Mucho más tarde, cuando ella yacía somnolienta y desnuda entre los cojines, el vizconde le dijo tentadoramente:

—Tengo un regalo para ti.

Sus ojos se abrieron de par en par con inmediata expectación, y su energía volvió cuando él cruzó la habitación y sacó la caja plana de terciopelo de su escondite. Sacó la temblorosa caída de diamantes y enrolló la espiral de oro y joyas alrededor de su muñeca, presionando con un beso en la palma de su mano mientras cerraba el broche. El fuego blanquiazul de las piedras brilló bajo las tenues luces de la habitación y ella jadeó de placer. Todos los pensamientos de acritud o retribución se desvanecieron de nuevo de su mente. Un brazalete de diamantes podía comprar mucho perdón de lady Violet, sobre todo si iba acompañado de la experta forma de hacer el amor del vizconde.

Se quedó dormida, aún desnuda, con el brazalete apretado contra su corazón.

El vizconde ajustó el lino liso de sus muñequeras bajo la seda de los puños de su abrigo, y miró a su amante dormida. Ni él mismo se dio cuenta de lo lejos que estaban sus pensamientos de los perfumados confines del dormitorio de lady Violet. Su mirada volvió al brazalete de oro. Mañana, decidió, enviaría a Potter a la cámara acorazada para que subiera algunas de las joyas de la familia Vernon. Sería interesante ver los famosos zafiros lucir contra la esbelta garganta de la

nueva lady Vernon.

Lady Violet sonrió en sueños cuando el vizconde Vernon salió suavemente de la habitación. Por primera vez desde que se había convertido en su amante, no se detuvo a dejar caer un último beso sobre el reluciente enrojecimiento de sus labios carnosos. Se preguntó si Helen estaría ya dormida.



Durante casi una semana después de este agradable encuentro con lady Violet, el vizconde Vernon no vio a su esposa. Su bandeja del viernes por la mañana contenía una nota cortés y poco informativa de su madre, que simplemente anunciaba que Helen ya había llegado a Mount Street como invitada en casa de la Dowager. Con la vaguedad típica de su madre, al menos cuando deseaba evitar explicaciones incómodas, la nota insinuaba que la visita era necesaria para agilizar las compras y facilitar las pruebas en la modista. El vizconde, feliz de verse liberado de toda necesidad de ver a Helen y de enfrentarse a las realidades de la vida, volvió a sus antiguos quehaceres con renovada energía.

Habían pasado cinco días antes de que se viera obligado a reconocer que «fuera de la vista» no era, en este caso, «fuera de la mente». Todo Londres parecía intrigado por su matrimonio, y al menos medio Londres se las arregló para encontrar alguna excusa para hacerle preguntas punzantes sobre su esposa. Pronto se dio cuenta de que sus insinuaciones deliberadamente vagas de un antiguo apego habían crecido a manos de los chismosos hasta convertirse en la intrigante historia de un romance secreto, hasta entonces oculto al mundo. Afortunadamente, se libró de conocer un segundo rumor interesante, que sugería que su conquista de lady Violet no había sido más que un asunto pasajero, entablado mientras el curso de su Amor Verdadero discurría con previsible brusquedad. Lady Violet, ocupada en la compra de nuevos atuendos a juego con su deslumbrante brazalete de diamantes, quedó temporalmente en la feliz ignorancia de este último ataque a su posición.

El vizconde Vernon hizo frente a la avalancha de preguntas socarronas y continuó acudiendo a sus clubes y saludando a sus amigos con despreocupación cuando paseaba en su curricán por el parque, o cuando paseaba por St. James's con Patrick Barrinton y sir Simon Windlan. Interiormente, sin embargo, temblaba ante la tormenta que había desatado sobre su propia cabeza. Sus amigos sufrieron con él, sintiéndose en parte culpables del desastre que veían avecinarse. Tras seis días de delicadas indagaciones, Sir Simon se sintió obligado a abordar a su amigo a bocajarro.

—Mira, no sirve de nada andarse con rodeos. Esto ya ha ido demasiado lejos. ¿Qué vas a hacer cuando tengas que presentar a Helen?

El vizconde estaba demasiado inquieto para bajar sus defensas, incluso en compañía de sus amigos más antiguos.

—Imagino que no habrá ningún problema en particular. Helen existe, después de todo. Suenas más bien como si sintieras que ella puede haber desaparecido en una nube de humo.

—Sería bueno que lo hubiera hecho —dijo Patrick con desafortunada franqueza—. Aquí están todos las viejas atigrados decidiendo que eres un personaje reformado, redimido por el amor de una buena mujer, fue lo que me dijo la vieja Lady Avon, y ahora vas a tener que soltarles a Helen. No servirá de nada, viejo amigo. No servirá en absoluto.

El vizconde estaba absorto en la contemplación de su caja de rapé.

—No has visto a Lady Vernon recientemente, Patrick. Creo que te vas a llevar una sorpresa.

El honorable Patrick Barrinton se asombró al oír que se referían a Helen, una chica del hospicio, como Lady Vernon. Hubiera esperado que las palabras se clavarán en la altiva garganta del vizconde. A pesar de este signo alentador, no se sintió lo suficientemente reconfortado como para abandonar sus preocupaciones.

—El hecho es que Simon y yo nos sentimos responsables. Deberíamos haberte detenido aquella noche. Fuimos tontos al dejar que siguieras adelante.

—Mi querido Patrick, puedo asegurarte que no necesité ninguna incitación que me empujara a la locura aquel día. Creo que puedo asegurarte con confianza que no hay nada que tú hubieras podido hacer para disuadirme.

Sir Simon arrastró los pies.

—Er... podríamos llevarla al campo por un tiempo, Christian. Mi hermana es muy buena chica y probablemente... bueno... se haría cargo de Helen. Darle alguna instrucción en algunas cosas básicas antes de que tenga que venir aquí y enfrentarse a la gente.

El vizconde pareció divertido.

—Ya me han dicho que un plan así demuestra falta de previsión.

—Pues yo no estoy de acuerdo, Christian —dijo Sir Simon—. ¿Quién te lo ha dicho?

—Helen —respondió brevemente el vizconde.

Hubo una pausa embarazosa, finalmente interrumpida por Patrick.

—¿Qué piensas hacer entonces, Christian? Quiero decir que no puedes seguir para siempre diciendo que tu mujer está demasiado enferma para salir a la calle. No si planeas seguir dando vueltas por la ciudad como si no te importara nada.

—El asunto está bastante fuera de mis manos. Mi madre va a presentarla en sociedad mediante un gran baile. No dudo de que recibiréis tarjetas en breve.

—¿La vizcondesa viuda va a dar un baile? ¿Qué va a decir cuando conozca a Helen?

—Mi esposa —dijo el vizconde con suavidad—, ya ha pasado los últimos seis días en casa de mi madre. Lo que la vizcondesa viuda pensaba decir, sin duda ya lo ha dicho. Me limito a esperar a recibir mis instrucciones.

Sir Simon se puso en pie, lanzando una última mirada pesarosa en dirección al madeira superlativo del Vizconde. Patrick, aún más arrepentido, siguió su ejemplo. Estaba claro que su amigo el vizconde se adentraba en aguas turbulentas y, por razones que no podían comprender, parecía no importarle las arenas peligrosamente movedizas que se avecinaban.

Con un acuerdo tácito, se lanzaron miradas conspiratorias. Había que salvar al vizconde de sí mismo antes de que consumara su propia ruina. Se despidieron del vizconde falsamente alegres y se alejaron hacia la noche vigilados por la mirada cínica y muy despierta de su anfitrión.

La genuina preocupación de sus amigos no pudo ser desechada tan fácilmente como al vizconde le hubiera gustado.

Leyó un libro, recién llegado de Francia, y actualmente de moda entre los caballeros de su entorno. No consiguió, a pesar de algunas obras de arte bastante asombrosas, despertar siquiera un parpadeo de interés. Sorprendentemente, ni siquiera pensó en hacer el viaje hasta la casa de lady Violet Donnely. Finalmente, reconoció su derrota y se retiró a su alcoba, esperando inquieto el amanecer de un nuevo día y la oportunidad de llamar a su esposa. Apresuradamente corrigió su pensamiento erróneo. Era a su madre a quien deseaba ver, simplemente porque necesitaba comprobar el progreso de los preparativos para el próximo baile de la Dowager. Le era completamente indiferente ver a Helen mañana o no. Con este pensamiento tan satisfactorio, el vizconde se durmió.

Capítulo

9

-Christian, querido, cuánto me alegro de verte. —La viuda dejó de revolotear entre los ondeantes montones de seda de su salón privado el tiempo suficiente para dejar caer un beso distraído sobre la mejilla de su hijo. La criada avanzaba pacientemente detrás de su señora, restableciendo el orden en las ropas que la Dowager parecía decidida a esparcir por la habitación. El vizconde sonrió con indulgencia.

—Estás encantadora, madre. Veo que por fin has decidido abandonar el negro.

—Sí —dijo la Viuda con seriedad—. He sido una viuda afligida bastante tiempo. Estaba monstruosamente aburrida de sentarme tranquilamente sintiéndome virtuosa y afligida. —Giró sobre sí misma con energía juvenil—. Creo que el malva pálido es favorecedor para mi complexión, ¿no estás de acuerdo?

—Sabes muy bien que tu complexión es lo más cercano a la perfección que puede haber, y que te ves encantadora en casi cualquier color. Sólo buscas cumplidos, y hoy no estoy de humor para complacerte.

La Dowager detuvo su giro y le miró ansiosamente.

—Debería haberme dado cuenta de que algo pasaba. Estuviste el otro día y ahora has vuelto de nuevo.

—Hace más de una semana que no vengo a verte. ¿No me has echado de menos?

—Bueno, por supuesto, siempre es muy agradable verte, aunque no estés del mejor humor. Pero ahora que Helen se queda conmigo, tengo que confesar que el tiempo pasa tan deprisa que apenas tengo tiempo de echar de menos a nadie. ¿Estás seguro de que ha pasado una semana desde la última vez que viniste? Parece que fue ayer.

El vizconde se sintió algo desconcertado.

—No me gustaría que sintieras que te impongo mi compañía con demasiada frecuencia —dijo con rigidez.

—¡Oh! ¿Cómo es posible que pienses eso? Y de todos modos, me atrevería a decir que Helen estaría encantada de verte. Ella podría decirte qué color de abrigo ponerte para el baile. — Ella le sonrió amablemente—. Para que no desentones con su vestido, querido.

Sin hacer caso a los comentarios de su madre, el vizconde prosiguió con su conversación.

—Tengo varios asuntos que discutir contigo, madre, que son de naturaleza personal. Si puedes apartarte del montón de gasas con lentejuelas, claro.

La Dowager se dirigió brevemente a su criada.

—Puedes dejar esto para más tarde, Mary. —No esperó a que la puerta se cerrara tras la criada para adoptar una elegante pose en la chaise longue.

Su mirada se desvió de nuevo hacia los tentadores montones de sedas de colores, y la expresión del vizconde se tensó.

—Madre, soy tu hijo y he tenido el privilegio de observarte durante muchos años. Posees una mente intrigante y taimada. Sabes muy bien que no podría importarme menos que compraras todo el contenido del salón de la señora Como-se-llame. Simplemente deseo saber qué os traéis entre manos Helen y tú, y por qué ha sido necesario sacar a Helen de mi casa con la más inadecuada de las excusas para explicar su marcha. Creo que ya es hora de que me haga partícipe del secreto. Yo, después de todo, soy el marido de Helen y seré quien tenga que afrontar las consecuencias de cualquier desastre social.

La Dowager le miró con tranquila diversión.

—Me preguntaba cuánto tiempo pasaría antes de que la curiosidad te venciera y vinieras furioso a ver cómo estaba Helen. Para ser un novio reciente, has sido algo negligente en tus atenciones, querido.

—Ahora que estoy aquí, ¿sería forzar demasiado tu hospitalidad si pido ver a mi esposa?
—El vizconde había olvidado convenientemente su decisión de no solicitar una entrevista con Helen.

La viuda no hizo ningún comentario, pero llamó a un lacayo y le despachó con un mensaje solicitando la presencia de Lady Vernon.

—He fijado el día 20 para mi baile, Christian. Marzo ha sido un mes tan sombrío hasta ahora que estoy seguro de que todo el mundo estará encantado de tener una excusa para salir y olvidar el tiempo miserable.

El vizconde no tuvo ocasión de expresar sus sentimientos acerca de la conveniencia de una fecha tan inminente, pues su conversación se vio interrumpida por un ligero golpecito en la puerta. Sin esperar permiso para entrar, una joven corrió alegremente hacia la habitación, con el

pálido amarillo prímula de sus faldas ondeando a su alrededor. Los rizos castaños se agolpaban en brillantes espirales en su cuello, los ojos grises y anchos estaban encendidos de risa.

—¿Qué le parece, milady? Emmeline se ha lucido con esta creación, ¿no le parece? —Hizo una falsa reverencia a la Dowager, extendiendo los brazos para mostrar los guantes de crin amarillos y la línea de las mangas artísticamente drapeada. La luz de los candelabros captaba los destellos de fuego dorado de su pelo y daba un brillo cremoso a su piel naturalmente pálida.

El vizconde recuperó el aliento justo a tiempo para evitar que un jadeo muy poco sofisticado escapara de entre sus labios. Sin embargo, algún movimiento debió de delatar su presencia, porque Helen se dio la vuelta y un rápido rubor recorrió sus mejillas.

Su confusión duró sólo un segundo, y luego caminó lentamente hacia el vizconde, con la mano tendida con elegancia.

—Milord. —Hizo una ligera reverencia—. Es un placer volver a verle.

—Helen... ¡Estás preciosa! —No era en absoluto lo que el vizconde había pretendido decir. Se aclaró la garganta apresuradamente e inhaló una pizca de rapé con algo de su habitual hauteur de maneras—. Es decir, el vestido es encantador. Es evidente que mi madre te ha dirigido a una modista excelente. Apenas te reconocí al principio.

—Es sorprendente lo que la compra de un vestido costoso puede hacer por el aspecto de una —convino Helen secamente—. Además, no estaba precisamente en mi mejor aspecto la última vez que nos vimos.

—Te he echado de menos —dijo el vizconde—. Es decir... er... hay varios asuntos que requieren discusión. Como se está haciendo tarde, me uniré a vosotras para almorzar. Con tu permiso, por supuesto, madre.

La Dowager, que había pasado su tiempo durante el intercambio aparentemente embelesada en un jarrón de flores, se volvió para hablarle con naturalidad a su hijo.

—Helen está encantadora, ¿verdad, Christian? Es maravilloso lo rápido que se ha recuperado de ese frío deprimente. Estoy deseando que llegue nuestro baile para poder vengarme de nuestro odioso primo Paul. Me aseguraré de que sepa la exorbitante suma de dinero que has estado gastando en la ropa de Helen. Será espléndido, ¿verdad?, observarle calculando cuántos bonos del Gobierno podría haber comprado con todo el dinero bailando por el salón de baile a lomos de Helen.

—Puede que rechace la invitación sólo para fastidiarte, madre.

—¡Oh, no! ¡Ni siquiera el primo Paul podría ser tan desagradable! —La Dowager daba toda la apariencia de estar convertida en un bloque de piedra de miseria, pero finalmente se sacó a sí misma de esta infeliz ensoñación, y tocó el timbre de su tocador—. ¿Dijiste que te quedarías

a cenar, Christian? ¿O era simplemente para almorzar? Helen y yo vamos a salir esta tarde, así que tengo que cambiarme. Será mejor que Helen te lleve a algún sitio. Ya sabes que a Mary le pone nerviosa que la gente la mire cuando intenta peinarme.

Helen vio la expresión enfurecida del vizconde y ahogó una risita.

—Querida milady, puede dejar al vizconde a mi cuidado. Creo que bajaremos y la esperaremos en el pequeño salón. ¿Quizás debería pedirle a uno de los lacayos que traiga unos corvejones de la bodega?

—Qué niña tan eficiente —dijo la Dowager con alegría—. Ahora llévate a Christian. Me está haciendo sentir positivamente ojerosa esta mañana!



El vizconde siguió a Helen al salón del centro, echando humo por el comportamiento de su madre. Normalmente dispuesto a dejarse divertir por su frivolidad atolondrada, esta mañana se encontró irritado por su evasión de cualquier pregunta sobre el comportamiento de Helen.

Se sentó frente al fuego, dispuesto a desahogar su mal humor en un sermón dirigido a su mujer.

—Milord. —Helen le sonrió tímidamente—. Antes de que me diga nada, debo aprovechar esta oportunidad para agradecerle todo lo que ha hecho por mí. La vizcondesa viuda ha sido la bondad misma conmigo, y no creo haber pasado en mi vida seis días tan enteramente felices. —Una pequeña risa tembló irresistiblemente en sus labios—. Mi... Tutor se habría consternado al ver lo que le ocurrió a mi mente bien entrenada después de sólo dos o tres horas en compañía de su madre. La semana pasada, cuando estuve en su casa, al principio estaba demasiado enferma y después demasiado preocupada para expresar mi agradecimiento adecuadamente. —Respiró hondo—. Sean cuales sean sus motivos para casarse conmigo, milord, he decidido que ya es hora de expresar mi gratitud. Sería una tonta si intentara fingir que mi antigua vida era ni de lejos tan agradable como la nueva.

El vizconde, que se había acercado al salón mentalmente armado con una larga lista de quejas e instrucciones que deseaba impartir a su esposa, se encontró incapaz de recordar ninguna de ellas. En su lugar, le sonrió con una calidez natural que ella nunca antes había visto.

—Evidentemente, considerabas urgente decirme ese largo discurso. ¿Por qué, me pregunto?

Parecía algo cohibida.

—Fue a causa de mi temperamento, milord. Me temo que sufro de lo que mi hermana Cassie llamaba «temperamento volátil». Tenía que hablar enseguida, por si usted decía algo que me hiciera estallar en uno de mis ataques de ira. Ahora que le he dado las gracias, considero que

he descargado mi conciencia, así que puede sentirse en plena libertad de provocarme si así lo desea.

—¡Esa sí que es una oferta tentadora! Sin embargo, no deseo discutir nada más acosador que tus planes para el baile. Mi madre me dice que debo conocer el color de tu vestido para no estropearlo todo llegando con ropas que desentonen con las tuyas. ¿Me puedes confiar el secreto de lo que llevarás puesto?

—Sólo si está dispuesto a hacer una visita personal al salón de Madame Emmeline, milord. De lo contrario, tendrá que conformarse con oír que mi vestido es de un color inusual, entre azul y verde.

—Dios me libre de intentar desafiar los exclusivos portales de Madame Emmeline. ¡Sin duda le haría añadir al menos otras veinte guineas a su cuenta! Tendré en cuenta que estarás deslumbrante en turquesa, y seleccionaré mi propio conjunto en consecuencia. Para el primer baile, se espera que tú y yo encabecemos el conjunto. ¿Estás segura de estar familiarizada con todos los pasos y movimientos?

—Muy familiarizada, milord. —Sus ojos estaban recatadamente bajos, pero un hilo de risa recorría su voz—. Cuando aún estábamos en la escuela tenía grandes esperanzas de persuadir al maestro de baile para que se casara conmigo, así que fui una alumna de lo más atenta. El señor Davenport parecía muy dispuesto a caer en mis planes, pero la directora, por desgracia, no estaba de acuerdo con él. El desgraciado fue despedido antes de que hubiéramos tenido ocasión de intercambiar algo más que lánguidas miradas, y yo me quedé con el corazón roto. En aquel momento, me pareció muy malintencionado por parte del señor Davenport y bastante odioso por parte de la directora. Luego descubrí que ya tenía esposa y siete hijos. Fue mi primera amarga lección sobre las arteras estrategias de los hombres que persiguen a mujeres inocentes. Desgraciadamente, en lugar de dirigir mi interés hacia asuntos más nobles, simplemente inspiró en mí la severa resolución de hacer una selección más sabia la próxima vez que me enamorara.

Al vizconde le hizo gracia.

—¿Y lo hiciste?

Helen se encogió de hombros.

—Terminamos la escuela poco después, milord, y dejamos atrás esos coqueteos infantiles. —Se rió ligeramente, apartando deliberadamente la ligera nota de depresión—. No hubo aventuras amorosas después del maestro de baile hasta mi encuentro con usted, milord. No diría que mi matrimonio demuestra que he perfeccionado mi proceso de selección.

—Pero apenas me has dado la oportunidad de demostrar mi indudable superioridad moral sobre el maestro de baile —dijo el vizconde—. Al menos no tengo otra esposa oculta en el fondo, lo que sin duda debe contar a mi favor. —Se levantó y cruzó a su lado, atrayéndola suavemente entre sus brazos. Colocó su mano firmemente bajo su barbilla, obligándola a volver sus ojos hacia su rostro. Él, a su vez, contempló en silencio la perfección de otra tez cremosa y la

expresión ilegible en el fondo de sus ojos gris oscuro.

—No puedo creer que el maestro de baile vaya a proporcionarme una seria competencia —murmuró e inclinó la cabeza para rozar sus labios con los suyos.

Su cuerpo se puso rígido entre sus brazos y ella hizo ademán de apartarse, pero él la estrechó más, sobresaltado por su propio deseo impaciente de abrazarla más apasionadamente. Su boca descendió de nuevo para besarla con verdadera pasión, y sintió que sus labios se ablandaban. Cuando oyó que la puerta se abría tras ellos, sintió un destello de furiosa frustración, que enmascaró rápidamente cuando su madre entró en la habitación.

El vizconde se apartó del lado de Helen. No estaba seguro de si se sentía más avergonzado por haber sido descubierto haciendo el amor con su propia esposa o enfadado por haber sido interrumpido. Robó una mirada disimulada a Helen. Ella, le irritó descubrir, parecía perfectamente serena. Sólo un atractivo rastro de color rosa a lo largo de sus altos pómulos sugería que tal vez estaba menos tranquila por dentro de lo que aparentaba en la superficie.

La viuda tuvo el tacto suficiente para no hacer ninguna referencia a la escena que acababa de interrumpir. Se acercó al fuego con su gracia habitual y se hundió en una silla conveniente envuelta en un suave revuelo de seda malva pálido. Un lacayo, siguiendo su estela, les proporcionó a todos un refrigerio. La Dowager sonrió dulcemente a Helen.

—Helen, ¿serías un ángel y buscarías la lista que hicimos de invitados para el baile? Creo que deberíamos dársela a Christian, para que añada los nombres de cualquiera de sus amigos que podamos haber olvidado. Puesto que ésta va a ser su presentación formal a la tonelada, no queremos pasar por alto a nadie que pueda ser útil para verla firmemente establecida. ¿Recuerda dónde lo puse?

—Está en el escritorio de la biblioteca —dijo Helen—. Iré a buscarlo enseguida.

—Qué mujer más encantadora —murmuró la Dowager cuando Helen salió de la habitación. Y continuó en el mismo tono de voz—: Por supuesto, he invitado a lady Violet Donnely al baile.

El vizconde se horrorizó.

—¿Has perdido el juicio, mamá? ¿Cómo has podido ofrecer semejante insulto a... —Estaba a punto de decir «Lady Violet» cuando le golpeó con súbita fuerza que el insulto a Helen era aún mayor. Se vio obligado a sumirse en un silencio irresoluto.

La Dowager se mostró imperturbable.

—Creo, Christian, aunque se supone que las madres deben fingir que no saben nada en absoluto de los asuntos amorosos de sus hijos, que es mejor que tratemos este asunto con franqueza. Sé, tu padre lo sabía, y, me veo obligada a concluir, todo el mundo lo sabe, que Lady

Violet es tu amante. No tiene ni un gramo de discreción en su deliciosamente redondeado cuerpo y tú pareces perfectamente contento de proporcionar a la sociedad un nuevo escándalo cada semana. He tenido al menos tres amigas que no han podido esperar a hacerme una visita para comunicarme que mi hijo ha sido visto entrando en casa de Lady Violet al menos dos veces en la primera semana de su matrimonio.

El vizconde la interrumpió con una pequeña exclamación de desagrado.

—Lamento que se te haya colocado en una posición incómoda, madre, pero no es mi costumbre ajustar mi conducta para satisfacer los placeres de cada traficante de escándalos que se preocupa de meter las narices en mis asuntos.

—Tu comportamiento con Lady Violet en el pasado es, naturalmente, algo que no me atrevería a comentar —dijo la Dowager con suavidad—. Pero he decidido patrocinar la presentación de tu esposa en sociedad, y tengo la intención de procurar que su paso sea tranquilo. Por su propio bien, querido, así como por el tuyo.

La Dowager miró a su hijo con ojos considerados.

—En cualquier caso, habría intentado que me gustara la esposa que eligieras, Christian. Pero con Helen no hay esfuerzo que valga. Creo que aún no has apreciado la buena fortuna que te hizo elegir a Helen como esposa. De todos modos, eso no viene al caso. Reconoceré a Lady Violet invitándola a mi fiesta. Deseo poner fin, Christian, a cualquier chisme que intente sugerir que te has casado con una nulidad sólo para poder seguir dedicando todo tu tiempo a tu amante. Lady Violet estará aquí y no sufrirá ningún desaire particular por parte de mis amigas. Pero no recibirá ninguna atención especial de nadie. Se verá que su papel público en su vida ha terminado... del todo. —Sorbió distraídamente su copa de champán y luego sonrió a su hijo—. Lo que quieras arreglar con ella en privado no es, por supuesto, asunto mío en absoluto.

—¡Bueno, ciertamente me alivia oír eso! Cuando dijo que tenía intención de hablar con franqueza no te andabas con rodeos, por lo que veo.

—A veces es mejor hablar claro desde el principio —dijo tranquilamente la Dowager—. Harías bien en recordarlo en tus tratos con Helen. Al final ahorra mucha confusión y energía malgastada. Y aquí está Helen, regresando con la lista. Ven Christian, nos darás tu opinión sobre si hemos seleccionado bien a nuestros invitados. ¡Le envié la noticia de tu boda a Amelia la semana pasada y te creerías que George me contestó con un telegrama para decirnos que los dos asistirán al baile! No sabía que George se quitara alguna vez su chaqueta de caza en esta época del año.

El vizconde sonrió a Helen.

—Nunca antes había sabido que George pusiera un pie en la ciudad durante el mes de marzo... ¡y que se comprometiera de muy buena gana, según parece! Será mejor que nos apresuremos a pensar en algo que le entusiasme para el baile, de lo contrario considerará todo el viaje tristemente desperdiciado.

—Tonterías —dijo rotundamente la Dowager—. Sin duda, Helen cautivará su corazón.

—Si ambos están intentando ponerme nerviosa, ¡sin duda lo están consiguiendo! —La respuesta de Helen fue sólo parcialmente jocosa—. ¿Cómo puedo esperar estar a la altura de tales expectativas?

El mayordomo entró en el salón para anunciar que el almuerzo estaba servido.

—Y esa es una interrupción de lo más afortunada —comentó el vizconde, ofreciendo un brazo a cada una de las damas—. Para cuando hayas comido, Helen, tu valor habrá vuelto del todo. No puedo creer que un simple baile, incluso uno agraciado con la presencia de mi hermana, vaya a alarmarte lo más mínimo.

—Confía demasiado en mi fortaleza natural, milord. —Cortésmente la condujo a su silla en la enorme mesa del comedor.

—Creo que no, Helen. Realmente creo que no.

Capítulo

10

La vizcondesa Dowager, cuyos modales vagos disimulaban una excelente capacidad de organización, nunca había sentido en el pasado la necesidad de preocuparse por los preparativos de una fiesta. Habiendo vivido durante más de cincuenta años como una hija y esposa mimada nunca se le pasó seriamente por la cabeza que sus deseos, una vez expresados, no fueran postergados. Por eso, a pesar de notar las arrugas de acoso que de vez en cuando cruzaban el ceño de su nuera, a la viuda no se le ocurrió que Helen, criada en un hogar casi desprovisto de sirvientes, viviera los días previos al baile en una agonía de inquietud reprimida.

La vizcondesa viuda hizo con confianza sus planes para el debut de Helen de forma muy parecida a como había organizado cualquier otra ocasión de gala durante su larga carrera como anfitriona de la alta sociedad. Primero le dijo al mayordomo que se encargara de la entrega de las tarjetas de invitación, escritas con la pulcra letra de cobre de Helen. A continuación, seleccionó las palmeras en maceta que iban a adornar el invernadero y dio instrucciones a los criados para que decoraran el salón de baile con cintas de raso doradas y amarillas.

—¡Qué primaveral! —murmuró alegremente a una agitada Helen. Despachó a un lacayo para que notificara a sus músicos favoritos que debían asistir la noche del día veinte, y consultó largamente con su chef. Incluso se acordó de enviar una ronda a los establos y disponer que se colocara paja sobre los adoquines, acallando así el ruido de los carruajes que llegaban y partían. Por lo que a la vizcondesa viuda se refería, su parte en los preparativos estaba entonces completa, y pasó los días previos al baile sin inquietud alguna por supervisar la puesta en práctica de sus diversas instrucciones. Consideraciones tan mundanas como el lavado de la mantelería especial, el lavado del cristal y la porcelana, el abrillantado de la plata y las instrucciones a los encargados del catering, no perturbaron ni una sola vez la tranquilidad de su mente.

El día del baile, se retiró a su alcoba inmediatamente después de comer, ya que, como le confió encantada a Helen, no podía soportar que sus invitados murmurasen que se había convertido en una vieja arrugada ahora que era viuda.

Helen se alegró de poder tranquilizarla. En este punto, al menos, no había necesidad de falsa alegría.

—Alguien menos parecida a una vieja bruja, señora, sería difícil de imaginar.

La Dowager sonrió agradecida.

—Eres muy amable querida, y mientes con mucha gracia. —Le dio a Helen una inspección ansiosa—. Pero estás un poco pálida, querida. Pareces preocupada por algo. Confío en que no te haya agobiado.

—¿Cómo puedes sugerir tal cosa? No hemos hecho otra cosa que divertirnos durante más de dos semanas.

—Me he permitido olvidar, sin embargo, que hace menos de un mes estabas peligrosamente enferma. Hoy debes descansar, Helen. Acuéstate esta tarde. Estoy decidida a que hechices a todos nuestros invitados. —Una pequeña sonrisa se cernió sobre los labios de la Dowager—. Y a Christian, por supuesto.

Helen se volvió, de modo que su expresión quedó oculta.

—No creo que el vizconde sea muy fácil de hechizar, milady. Preferiría mantenerme activa esta tarde. No tengo mucho sueño.

La Dowager no insistió en su consejo, sino que se dirigió satisfecha a su habitación y allí durmió sin dejarse perturbar por ninguna visión de un posible desastre. Helen, que no estaba bendecida con la sublime fe de la Dowager en el progreso satisfactorio de los preparativos, tuvo las mayores dificultades para evitar revolotear alrededor de los hombres que levantaban los toldos, los lacayos que limpiaban los lustres de las lámparas de araña y el ejército de sirvientes que quitaban el polvo y abrillantaban todas las superficies disponibles. Cuando finalmente chocó con una pequeña doncella que se escabullía sumergida tras un montón de servilletas de damasco blanco, esparciendo así ocho docenas de piezas de ropa blanca limpia por todo el suelo del vestíbulo, Agatha Clayden fue enviada desde las dependencias del servicio para tener unas palabras de tacto con su ama.

A partir de entonces, Helen se vio obligada a pasearse por el salón privado de la viuda, presa primero de la triste convicción de que el vizconde se olvidaría de asistir al debut de su esposa, y luego de la reflexión aún más pesimista de que probablemente ella haría de todo el asunto un lío tan grande que, aunque el vizconde se olvidara de asistir al debut de su esposa, ella no podría evitarlo. Asunto que, aunque el vizconde acudiera, se vería obligado a repudiarla. Se preguntó cómo había podido ser tan tonta como para afirmar ante el vizconde que la estación londinense no le deparaba terrores. Fue un decidido alivio cuando el crepúsculo descendió por fin sobre las calles de la ciudad, y supo que era hora de subir a ponerse la ropa para el baile.



La honorable Lady Amelia Sutton y su marido, Sir George Sutton, Baronet, ya no participaban en las alegrías de la temporada londinense. Sir George, un digno terrateniente y bondadoso padre de seis hijos, se encontraba muy ocupado atendiendo sus tierras y velando por que los asuntos del país procedieran de un modo adecuado a su noción de lo que era correcto y apropiado. De los jornaleros de las tierras de Sir George se esperaba que trabajaran duro durante el buen tiempo,

pero a cambio él les ayudaba en los meses muertos del invierno, cuando no había trabajo, y se ocupaba de que sus hijos estuvieran vestidos y alimentados cuando la enfermedad atacaba al sostén de la familia.

Lady Amelia, que en otro tiempo se había considerado justificadamente una estrella algo rutilante en el horizonte social londinense, se había enamorado de la robusta amabilidad de sir George durante su primera temporada, y ahora parecía bien contenta con su papel de productora de un sinfín de pequeños Sutton, todos tan regordetes y alegres como su padre.

La viuda, que no encontraba del todo de su gusto este idilio bucólico de felicidad conyugal, lanzaba miradas suspicaces en dirección a la cintura de Amelia. Se sintió aliviada al ver que se mantenía notablemente esbelta para ser la madre de seis hijos, y no daba indicios de que la prole Sutton estuviera a punto de aumentar.

Lady Amelia captó la mirada de su madre y sonrió con picardía mientras besaba la mejilla satinada de la viuda.

—Mamá, estás encantadora. Muy poco matrona. Y estarás encantada de saber que no estoy a punto de presentar a Sir George mi séptima prenda de afecto. —Sus ojos brillaron ante el imperturbable Sir George—. ¡Por el contrario, hemos decidido que él me obsequie con una muestra de su afecto, y que yo renueve mi guardarropa en un establecimiento que tenga algo más que ofrecer que la modista de Margate! Estoy encantada de que Christian haya decidido finalmente dar el paso hacia el matrimonio. Me ha proporcionado el acicate final que necesitaba para arrancar a George de la silla de montar y subirlo al carruaje de viaje.

—Me alegro mucho de que ambos hayan decidido venir a la ciudad —dijo la Dowager—. Sé cuánto disfrutaréis conociendo a Helen. Y Sir George, confío en que no os haya fatigado el viaje. ¿Se encuentra su hermana bien?

—Sí a ambas preguntas, milady. Sólo lamenta, que su inminente confinamiento le impida estar aquí esta noche.

—Supongo que podemos considerar un milagro que Amelia haya podido asistir —comentó la Dowager con cierta aspereza. El lacayo terminó de desenvolver a Lady Amelia de sus envoltorios de piel, y la Dowager la miró con afecto.

—Debo decir, Amelia, que para ser alguien que está enterrada en lo más salvaje del campo y tiene además seis hijos, no tienes mal aspecto.

Sir George sonrió plácidamente.

—Pero eso, milady, era de esperar. Es su hija, después de todo.

La Dowager miró a su yerno con aprecio.

—¡Siempre he tenido la sensación de que estaba usted bastante desaprovechado en Kent,

Sir George! ¿Sabe que hay algunos hombres que simplemente nunca aprenden a hacer un cumplido, incluso después de años de práctica? Pero usted siempre ha sabido cómo hacerlo, desde el principio.

—Necesitaba una lengua pronta, milady, así como una disposición tranquila. ¿Cómo si no iba un simple campesino como yo a persuadir a una gallarda belleza de ciudad para que fuera mi esposa?

—¡Querido George! —Lady Amelia suspiró feliz—. Como si alguna vez hubieras pensado que la cuestión estaba en duda. George simplemente decidió que me casara con él. Después de eso, ninguna posibilidad de fracaso se le pasó por la cabeza. —Sin esperar a tomar aliento se volvió ansiosamente hacia su madre.

—Pero ahora, mamá, debes contármelo todo, rápido, antes de que lleguen los demás invitados. Ojalá hubiéramos tenido tiempo de visitarte ayer, pero llegamos tarde a casa de la hermana de George, ¡y ahora apenas hay tiempo para un cotilleo! ¿Qué convenció a Christian para casarse en el último momento, cuando todos habíamos decidido que iba a permitir que el primo Paul heredara? ¿Y cómo es su esposa? ¿Sabe lo de Lady Violet?

Fue en este momento tan poco propicio cuando Helen decidió entrar en el salón. Nerviosa por la prueba que le esperaba y preocupada por las preguntas sobre su propia apariencia, escuchó las palabras de Lady Amelia sin asimilar su significado. Sin embargo, pudo ver con toda claridad la vergüenza escrita en los tres rostros que se volvieron para observar su entrada.

Titubeó en el umbral del salón, con un delicado rubor subiendo por la normal palidez marfil de su piel. Cohibida, su mano señaló el pálido tul turquesa de su vestido y la seda verde mar más profunda del bajo.

—Lo siento —dijo sin aliento—. ¿He elegido el vestido equivocado? —Miró ansiosa a la Dowager—. Podría cambiarme al crêpe crema si le pareciera más adecuado.

La Dowager se puso en pie e hizo un movimiento para recibir a Helen a su lado.

—¡No es posible que hables en serio, querida! Estás encantadora en ese color. —Su rápida mirada se fijó en la corona de flores frescas entretejida en la exuberante caída de rizos castaño dorados de Helen, y en el único hilo de oro enroscado alrededor de su esbelta muñeca. No dijo nada sobre la llamativa ausencia de joyas, aunque le enfurecía que Christian hubiera descuidado esta tarea esencial. Al menos, pensó en silencio, si alguna vez alguien pudiera llevar con tanta sencillez la moda, Helen sería esa persona.

—Todo está perfecto, querida —sonrió cálidamente—. ¡No puedes dejar de conquistar al menos una docena de corazones! Ven aquí y deja que te presente a tu nueva cuñada. Pero antes debo rogarte que no coquetees con Sir George. Tiene seis hijos allá en Kent, ¡y no tiene tiempo que perder intentando captar tus favores!

Helen rió tímidamente y se acercó al centro de la sala.

—¿Lady Amelia? —Hizo una pequeña reverencia—. Estoy muy contenta de que haya podido venir a la ciudad. La vizcondesa viuda me dijo que usted no puede dejar a menudo las responsabilidades que tiene en Kent.

Lady Amelia rió con buen humor.

—¡Apuesto a que mamá no dijo nada con tanto tacto! Querida, siempre hemos dicho que Christian nació bajo el cuidado de al menos tres ángeles de la guarda diferentes, ¡pero en este caso se ha superado a sí mismo! ¿Dónde la conoció? Eres tan hermosa, y apenas tienes edad para estar fuera del aula.

—Las apariencias engañan, Lady Amelia. Tengo más de diecinueve años.

—Vaya, vaya —dijo Sir George, inclinándose sobre su mano con exagerado encanto—. Ciertamente es una gran edad. Tendrá que hacer concesiones por la pobre Amelia y por mí. Cuando se han alcanzado las avanzadas edades de cuarenta y tres y treinta y dos, es fácil olvidar que diecinueve puede parecer una muy respetable acumulación de años. Y no me mires así, Amelia. Tu madre y yo sabemos muy bien que cumpliste treinta y dos hace cuatro meses.

Sonrió alegremente a Helen.

—Su hijo mayor cumplirá dentro de poco quince años, y ella desea que le diga al mundo que tiene veinticinco. Si tan sólo su aritmética fuera un poco mejor, ¡incluso ella vería las dificultades en ello!

Helen miró solemnemente a Lady Amelia.

—Mi aritmética siempre fue espantosa, casi la desesperación de mi tutor. No puedo imaginar por qué alguien necesitaría saber que usted tiene algo más de veinticinco.

—No escuches a mi mujer, Amelia. Tiene una lengua encantadora y puedo asegurarle que te sonsacará hasta tus últimos seis peniques si se lo permites. —El vizconde Vernon entró despreocupadamente en la habitación, inclinándose cortésmente ante sir George y dando un beso fraternal en la mejilla de lady Amelia. Se llevó las manos de su madre a los labios y le sonrió benignamente.

—Bueno, mamá, espero que te sientas matriarca. Sólo tenemos que reunir a la prole de pequeños Suttons de Sir George a nuestro alrededor, y podríamos posar para un retrato familiar que rivalizaría con el del Rey George.

—Incluso con mis seis, aún nos faltan varios niños —respondió Lady Amelia con cierta acritud—. Helen y tú debéis aportar cinco más antes de que podamos competir con la Familia Real.

El vizconde dirigió una mirada risueña en dirección a Helen, pero ella no quiso encontrarse con su mirada.

—¿Y bien, Helen? —dijo burlonamente—. ¿Estamos preparados para aceptar el desafío?

—No puedo hacer planes con tanta antelación, milord —dijo ella con ecuanimidad—. Por el momento creo que bastaría con que sobreviviera a este baile.

La entrada de lord y lady Paul Gillingham impidió la posibilidad de seguir conversando; a Helen, cuyo conocimiento de lord Gillingham provenía únicamente de las calumniosas descripciones de la viuda, le resultaba difícil conciliar la apacible realidad con el avaro intrigante de las conversaciones altamente condimentadas de su suegra. Lady Gillingham, una corpulenta matrona de edad indeterminada, iba ataviada con un vestido de virulento terciopelo granate. Después de dos copitas de madeira se vio que lady Gillingham había elegido este color cuidadosamente, ya que combinaba con precisión con el púrpura subido de sus propias mejillas.

Helen, levantó la vista y se encontró con la desconcertante mirada alerta del vizconde clavada en ella. Él se acercó a su lado.

—Tu vestido es perfecto —dijo bruscamente—. Deberías haberme pedido que te trajera algunas joyas. Ya he mandado limpiar los zafiros de la familia. Debemos repasar el resto de la colección para que me digas qué te gustaría ponerte.

—¡Oh, no! Eso no es necesario, milord. —Ella se removió incómoda bajo la continua intensidad de su mirada.

—Es necesario porque yo lo digo —dijo él finalmente. Sus ojos se posaron como hipnotizados en la esbelta columna del cuello de ella—. Aunque es difícil ver cómo podría mejorar su aspecto con la adición de meras joyas.

Algo del aplomo natural de Helen empezaba a regresar.

—Milord —dijo—. Creo que la Dowager debería haberme advertido de que usted es un libertino consumado y desvergonzado.

Él la miró inquisitivamente.

—¿Qué significa precisamente ese comentario?

—Tu madre ha tenido la amabilidad de proporcionarme una lista de nombres para que los recuerde. He aprendido quiénes son de importancia política, y si son Whig^[3] o Tory^[4], ¡por supuesto! Conozco a todos los cazadores de fortunas de la gaceta. Conozco a todas las matronas a las que debo impresionar con mi impecable corrección. Y también me advirtieron sobre los libertinos incorregibles. Sin embargo, creo que la parcialidad de su madre la ha cegado ante el único nombre que debería encabezar esa lista.

El vizconde sacudió lentamente la cabeza.

—Estás muy equivocada. Cuando uno coquetea, por definición sus intenciones no son serias. No estoy coqueteando, Helen. No contigo.

—¡Qué vergüenza! —dijo ella con ligereza, aunque su voz estaba un poco entrecortada—. ¿Cómo voy a mejorar mis habilidades, si mi propio marido no me complace con el juego?

—No creo que tus habilidades requieran ninguna mejora, Helen. Sospecho que hechizabas a los hombres incluso cuando aún estabas en la cuna.

—No en la cuna, milord. Pero tal vez en la guardería. Era bien sabido en nuestra casa que el chico de la panadería siempre deslizaba una tarta de mermelada extra especialmente para mí.

El vizconde se rió.

—Eres una descarada y lo supe desde el primer momento. Sin embargo, no esperes que me vea arrastrado a tus afanes. No dejes que tu éxito con el chico del panadero se te suba a la cabeza.

—Siempre está el triste episodio con el maestro de baile para evitar que me hinche del todo con nociones de mis propios atractivos.

—Muy cierto. Tengo motivos para estar agradecido al maestro de baile. —Atrajo la mano de ella a través de su brazo—. Ha llegado el hermano de mi madre. Es miembro de nuestro gobierno y un tipo muy importante. O al menos, eso es lo que nos dice a todos. Permíteme que vaya y se lo dé a conocer, después podemos ir todos a cenar. Tengo varios primos más repartidos por el campo, pero este pequeño grupo representa a los miembros más cercanos de mi familia. —Sus ojos la miraron—. Fue muy considerado por parte de mi madre asegurarse de que conocieras a la familia antes del comienzo del baile. Al menos habrá algunas caras conocidas a las que puedas dirigirte.

—¡Seis entre doscientos! —Su boca se torció en una sonrisa apenada—. ¡No estoy segura de que sea suficiente para que me sienta completamente a gusto!

—¡Oh! No te preocupes. La sociedad adora una belleza desconocida, querida, y tú cumples ambos requisitos a la perfección. ¡Venga! Démonos prisa y hagamos las presentaciones. Veo que el tío William parece hambriento, así que debemos captar su atención antes de que se pierda del todo entre los langostinos en gelatina.



No fue posible después determinar el momento preciso en que la sociedad decidió que el baile de la vizcondesa viuda Vernon debía considerarse un éxito. No existía una fórmula acordada para decidir qué función recibiría el sello de la aprobación social y cuál no. Sin embargo, incluso

antes de que el vizconde Vernon condujera a su nueva esposa a la pista para abrir el baile, estaba claro que Londres había accedido a dejarse encantar.

Helen, pálida y delgada, pero sonriendo con aparente serenidad, se movía a través de las complicadas figuras del baile con una gracia etérea que la distinguía de las bellezas pechugonas de moda. Al vizconde, aunque su expresión seguía siendo tan inescrutable como siempre, se le vio mantener los ojos clavados en la figura de su esposa y sonreírle con una calidez inusitada cuando terminó el conjunto. La sociedad, preparada para creer sus propias historias de romance, llegó a la conclusión de que se trataba efectivamente de un matrimonio por amor.

La vizcondesa viuda, sentada junto a su hermano y observando el baile con tranquilidad, examinó disimuladamente la expresión de sus invitados y dejó escapar de sus labios un pequeño suspiro de alivio. Su hermano, Sir William Haversham, la palmeó amablemente en el brazo. Bajo un exterior pomposo y malhumorado, alimentaba una decidida debilidad por su huidiza hermana.

—Hermosa muchacha, ¿eh? Debes estar muy contenta, querida. Le diré francamente que todos temimos lo peor hasta el mes pasado. Sería terrible que Gillingham hubiera heredado la finca. El tipo no está a la altura. ¡Y en cuanto a la amante! —Su mirada captó un destello de rizos dorados rebotando por el conjunto de bailarinas—. ¿Qué demonios hace Lady Donnelly aquí? Esperaba que esa tontería se hubiera acabado.

—Por supuesto —respondió la Dowager con una confianza que estaba lejos de sentir—. Es porque todo ha terminado por lo que Lady Violet Donnelly está aquí.

Llamó la atención de un invitado que pasaba por allí y se volvió hacia él con cierto alivio.

—¡Patrick Barrinton! Christian me ha dicho que fue testigo en su boda. —Ella le dio unos golpecitos de reproche en el brazo con su abanico—. Creía que era usted mi amigo. ¿Cómo pudo permitir que el vizconde se casara sin dejarme participar en los festejos?

El honorable Patrick Barrinton, que aún se tambaleaba por la conmoción de descubrir a la mujer moribunda del muelle transformada en una dama de evidente cultura y deslumbrante belleza, miró con recelo a su anfitriona. No destacaba por su agilidad de pensamiento.

—Lady Vernon estaba enferma —consiguió decir al fin—. No hubo festejos. Se temía gravemente por su vida. Christian temía que no aguantara la noche. Ansioso por atar el nudo antes de que todo terminara.

—¿Ah, sí? —La vizcondesa viuda parecía muy satisfecha con esta respuesta—. Así que ese era su plan. —Dirigió una sonrisa radiante al desconsolado Patrick, que era incómodamente consciente de haber traicionado más de lo que pretendía, sin estar en absoluto seguro de cómo había sucedido.

—Er... magnífica fiesta —dijo en un esfuerzo por cambiar de tema—. Lady Vernon está encantadora. Y usted también, por supuesto.

—Gracias, Patrick —dijo la Dowager con total sinceridad—. Sé que un elogio tuyo es un elogio que merece la pena recibir. Ahora, ¿me perdona si le dejo para ver lo que ocurre en la sala de cartas?

Ella se alejó en una perfumada nube de seda, dejándole a él algo incómodo al borde de la pista de baile. Deseó poder encontrar a Sir Simon, que parecía haber desaparecido temporalmente. Todo este asunto le estaba poniendo decididamente nervioso. Su ensueño se vio perturbado no por Sir Simon, sino por el propio vizconde, que se acercó y se dirigió a él inquisitivamente.

—Tienes un aspecto innecesariamente sombrío, Patrick. ¿No encuentra la salud de Lady Vernon maravillosamente mejorada?

—No sólo su salud —dijo impulsivamente su amigo—. Tiene un aspecto absolutamente deslumbrante, Christian. ¿Cómo lo has hecho?

—Mi querido Patrick, no he hecho otra cosa que proporcionarle un lugar donde pudiera descansar y tomar algún alimento nutritivo. La naturaleza ha realizado el resto del milagro.

Patrick ansiaba preguntar cómo una muchacha de los barrios bajos podía transformarse en unas pocas semanas en una dama elegante.

—¿Cómo ha acabado una chica así en el hospicio, Christian? —se le escapó.

—No tengo intención de decírtelo en este preciso momento, Patrick, así que te ruego que no me agarres el brazo con tanta violencia. Parece poco probable que mi manga se recupere de tu ataque contra ella.

El joven se encogió de hombros con pesadosa resignación. Conocía demasiado bien al vizconde en este tipo de humor, y aceptó que no tenía sentido intentar proseguir con sus preguntas. Sin inmutarse, sonrió y le dio una palmada en el brazo a su amigo.

—¡Confío en ti para procurarme el primer vals! Después de todo, Simon y yo debemos de ser sus conocidos más antiguos. Y sabes que Simon estará en las mesas de juego hasta pasada la medianoche, así que mi reclamo es mayor que cualquier otro.

—Haré lo que pueda en su nombre. —Una pequeña sonrisa rondó los labios del vizconde—. No diría que mi palabra siempre ha tenido con Helen el peso que cabría esperar. Ella no parece sufrir de un excesivo sentido de la obligación. Al contrario, parece albergar cierto resentimiento por mi arbitraria decisión de casarme con ella. Tal vez sería mejor no recordarle que tú participaste en la selección del... er... el lugar donde nos conocimos.

Guió a un desconcertado Patrick a través del salón de baile. Encontraron a Helen sentada junto a Lady Amelia Sutton y rodeada de una ansiosa comitiva de jóvenes. Ella levantó la vista cuando se acercaron, sintiendo la presencia del vizconde antes de que él hablara. Una sonrisa de deslumbrante belleza iluminó su rostro, dando color a sus mejillas y profundizando el gris

ahumado de sus ojos. Patrick levantó por casualidad la vista hacia su amigo en el momento en que Helen sonreía, y fue testigo de un fugaz destello de emoción como nunca había creído ver escrito en las cínicas facciones del vizconde.

Por primera vez, sintió un fuerte interés personal por la muchacha a la que habían encontrado moribunda en el pabellón de fiebres de St. Katharine, y se impulsó hacia delante, ansioso por su baile. Admitió para sí que sentía curiosidad por ver qué clase de mujer podía hacer sonreír tan tiernamente al vizconde.

¿Y qué decir de lady Violet Donnely? Al igual que el resto de los invitados de la Dowager, esperaba con interés apenas disimulado el momento en que los dos notorios amantes bailaran por fin juntos. En conjunto, pensó, ésta prometía ser una velada fascinante.

Capítulo

11

Si Helen y su suegra estaban, en general, bien satisfechas con el desarrollo del baile, lady Violet Donnely sufría agonías de mortificación. No había visto al vizconde a solas desde su generoso obsequio del brazalete de diamantes, y varias de sus notas perfumadas habían languidecido sin respuesta, a pesar de las apasionadas súplicas de una cita inmediata. Por otra parte, una factura exorbitante del mantuano había sido satisfecha por el vizconde con gratificante prontitud, y lady Violet no se había permitido sentirse seriamente preocupada.

Ahora, sin embargo, podía ver a la nueva vizcondesa Vernon por sí misma, y ya no era posible negar la inoportuna acumulación de pruebas ante sus propios ojos. La vizcondesa Vernon estaba a punto de convertirse en un éxito social: la última y más rutilante estrella del horizonte londinense. Lady Violet, bailando y riendo y flirteando como si no tuviera la menor preocupación en el mundo, observó a Helen y su corazón casi estalló de rabia. No era tonta y no trató de engañarse a sí misma. La esbelta figura de Helen atraía todas las miradas y su voz tranquila llamaba la atención sin esfuerzo. Su risa iluminaba la palidez marfil de su tez con un destello que la convertía, atrayendo a los que la rodeaban al círculo de su alegría. Bajo todo ello, sus enormes ojos insinuaban una pasión que acechaba bajo la fría modestia de su porte. La sociedad, vio rápidamente lady Violet, estaba embelesada por esta belleza fresca y delicada.

Lo peor de todo es que, aunque el vizconde y su esposa ni siquiera habían bailado entre ellos después del set de apertura, los celosos ojos de lady Violet no podían pasar por alto la atención encubierta que cada uno prestaba al otro. La vizcondesa podía reír y bailar con una docena de caballeros diferentes, pero su mirada volvía constantemente al vizconde. Él, a su vez, hacía de perfecto anfitrión, pero Lady Violet observaba con amargura las sonrisas que se cruzaban entre la pareja cada vez que sus miradas se cruzaban por casualidad. Su placer por el brazalete de diamantes que destellaba en su brazo se convirtió en ceniza. El nuevo vestido de baile rosa no le ofrecía ningún consuelo. La cautela natural que le había ayudado a ocultar su verdadera naturaleza al vizconde a lo largo de casi dos años de intrigas y encuentros clandestinos, la abandonó por completo. No era consciente de nada salvo un deseo de arremeter y herir a la mujer que había usurpado su lugar al lado del vizconde.

Consiguió un falso trino de risa cuando él le ofreció su brazo y, mirándole coquetamente a través de las pestañas caídas, le felicitó por el encantador aspecto de lady Vernon.

—Gracias —dijo secamente el vizconde. Se sintió oscuramente ofendido por el comentario

de lady Violet, y se sintió repelido por la empalagosa fuerza de su perfume mientras ella apretaba su cuerpo indebidamente cerca del suyo. Con desapasionamiento, contempló el elaborado peinado, la sobreabundancia de joyas y el suntuoso encaje de su vestido. En un momento de conmoción, la vio tal y como sería dentro de unos años: demasiado pintada, hinchada, aferrándose desesperadamente a una juventud desvanecida y a la belleza que era todo lo que había podido ofrecer.

Su risa, un poco estridente en esta ocasión, irrumpió en sus pensamientos.

—Es una lástima que no se te ocurriera proporcionar a tu esposa algunas joyas adecuadas, Christian. Aunque ella no tuviera nada propio, seguramente podrías haberle ofrecido algo del tesoro familiar. —Sin pensarlo, sus ojos se deslizaron hasta la pulsera que brillaba en su muñeca.

El vizconde la miró fríamente.

—Lady Vernon no necesita joyas para bruñir su aspecto, Violet. Posee cualidades que obvian la necesidad de adornos artificiales. —Su voz era sedosa, pero a Lady Violet no se le escapó el matiz de acero—. Creo, mi querida Violet, que se olvida de sí misma al dirigirme tales comentarios. Lady Vernon es mi esposa.

El sutil énfasis en esta última palabra provocó un rubor de color furioso en las mejillas de Lady Violet.

—¡Oh, milord! Mi comentario no quería importunarle.

—Creo, querida, que rara vez no lo haces.

Lady Violet vio, demasiado tarde, que había sido una tonta. La rabia, por potente que fuera, debía supeditarse a las realidades de su posición financiera. Sir Henry Donnely no había podido mantener a su viuda en nada parecido a lo que ella había esperado cuando aceptó casarse con él.

—Christian —susurró ella roncamente—. ¿No ves que estoy suspirando por tu atención? Hace tanto tiempo que no estás a solas conmigo.

Con suavidad, el vizconde la puso a distancia.

—Lamentablemente, Violet, aún no estamos solos. Por lo tanto, creo que debemos atenernos a las convenciones del baile. —Le sonrió amistosamente—. Vamos, Violet, nos conocemos desde hace mucho tiempo. Quedemos en buenos términos, sin reproches mutuos.

No era consciente de que con estas palabras despedía mentalmente a lady Violet de su posición de amante. Sólo era consciente de una irritación inusual y de la sensación de que preferiría estar bailando con Helen antes que discutiendo con lady Violet. Cuando pronunció aquellas palabras despreocupadas, su deseo consciente era simplemente asegurarse de que

ninguna impropiedad evidente erizara la superficie de la fiesta de su madre.

Pero toda la vida de Lady Violet había consistido en interpretar indirectas y responder a estados de ánimo, y enseguida se dio cuenta del significado de su tono ligeramente reprendedor. Nunca antes el vizconde se había dirigido a ella como si fuera una niña díscola. Desesperada, cometió el error fatal de intentar ponerlo celoso.

—Lord Ross me ha pedido que le acompañe a Italia —dijo ella a la ligera—. He estado pensando que tal vez sería prudente evitar el frío de una primavera inglesa.

El vizconde se estremeció por la aguda sensación de alivio que le invadió. Muy amable, miró los redondos ojos azules de lady Violet. Apenas necesitó un momento para meditar su respuesta a la pregunta no formulada.

—Creo que deberías aceptar su oferta, querida. Ahora que Bonaparte está encerrado a salvo, no hay razón para que el Continente se prive de una visión de tus encantos. —Su voz era suave—. Debes permitirme el honor de proporcionarte algo de ropa. Necesitarás un nuevo guardarropa para un viaje tan prolongado.

Lady Violet se debatía entre la furia por este despidio indiferente de un enlace de dos años y la gratificación de que aún quedara algo de provecho en la relación. Sus ojos viajaron involuntariamente hacia Helen, que bailaba el vals alrededor del salón de baile en brazos del viejo sir William Haversham, un hombre que reconoció a lady Violet con la más cortante de las reverencias.

De no haber sido por Helen, incluso ahora podría estar recibiendo los buenos deseos de los amigos del vizconde. Sir William estaría bailando con ella, y no con la chica pálida y delgada con la que el vizconde se había casado inexplicablemente. La pérdida de su posición como futura vizcondesa Vernon le dolía aún más que la pérdida del propio vizconde, aunque, como ella ya sabía, lord Ross era demasiado viejo para sustituir al vizconde como amante satisfactorio.

Con un esfuerzo apartó su atención de la figura giratoria de Helen. Lady Violet tenía una larga memoria para las injurias, y alguna oportunidad de vengarse de la vizcondesa se presentaría con el tiempo. Mientras tanto, era necesario extraer el máximo beneficio posible de la profunda bolsa del vizconde. Dejó que una sonrisa triste temblara en sus labios. Su voz casi se quebró en un medio sollozo convincente, apresuradamente reprimido.

—¡Ah, Christian! El sol de Italia parecerá frío sin ti a mi lado.

—Debes acordarte de llevar un abrigo de piel, querida.

Sus ojos azules se abrieron mucho.

—Pero no tengo ninguno.

—Creo recordar que hay una encantadora capa de armiño blanco que ambos vimos en el establecimiento de Madame Boucher. —Él le sonrió cínicamente—. Permíteme ofrecértela como sustituto del calor de mi presencia.

El baile terminó y ella le hizo una reverencia baja.

—Christian, tu generosidad me abruma. ¿Qué debo decir?

—Si yo fuera tú —dijo el vizconde con impaciencia—, simplemente me darías las gracias.



La felicidad de Helen por el éxito del baile sólo se vio empañada por dos pequeños defectos. Primero, la imposibilidad de recordar los nombres de todas sus parejas, y segundo, el hecho de que el vizconde no mostrara ningún deseo de bailar con ella por segunda vez. Sin embargo, al pasar riendo de una pareja coqueta a la siguiente, fue relativamente fácil apartar estos pequeños agravantes del primer plano de su mente. Incluso cuando le vio cruzar la pista para tomar en brazos a Lady Violet para el vals, consiguió reír y sonreír tan alegremente como siempre. Su compañero, hechizado por el ensoñador misterio de sus ojos grises, apenas se dio cuenta de que las respuestas de ella a sus preguntas rara vez iban más allá de un monosilábico «sí» o «no». Volvió a reunirse con sus compañeros, perfectamente contento de engrosar las filas de los enamorados admiradores de Lady Vernon.

La velada estaba llegando casi a su fin cuando ella se volvió para saludar a su compañero de minué. Mientras sus ojos buscaban la alta figura del vizconde, observó distraídamente que su nuevo compañero era un hombre delgado, de tez pálida y bastante mayor que muchos de los jóvenes retoños que habían reclamado su atención en el transcurso de la noche. Se inclinó lentamente sobre sus manos extendidas y permitió que su mirada se detuviera en abierta admiración sobre las mejillas sonrojadas y los ojos soñadores de Helen. Se vio al vizconde acompañar a lady Gillingham en dirección a los refrescos, y Helen tuvo la libertad de volver a centrar su atención en su pareja. Volvió a inclinarse cortésmente mientras la acompañaba a la sala de baile.

—Estoy encantado de que haya recordado nuestro compromiso, milady. Estaba usted rodeada de tal corte de admiradores cuando nos presentaron que temí tener que abandonar su encantadora fiesta sin experimentar el placer de bailar con usted.

Helen sonrió.

—Ciertamente he recordado nuestro acuerdo de bailar, señor. Pero debo confesar que no recuerdo haber oído su nombre. Tendrá que perdonarme, por favor.

—No es en absoluto sorprendente que no lo recuerde. Ha estado rodeada toda la velada por un mar de caras de admiración. La mía era simplemente una entre muchas. Soy el barón Ralston de Greenside.

Algo del color abandonó las mejillas de Helen, pero sonrió bellamente, y su voz era bastante firme cuando habló.

—Debemos tomar nuestras posiciones, milord. Los músicos están casi listos para empezar.

—Será un placer. —Le ofreció su brazo y si sintió el temblor de los dedos de ella al apoyarse en su manga, no hizo mención del hecho. Le sonrió amablemente—. Ahora, debe contarme cómo es que mi amigo Vernon consiguió adelantarse a todos nosotros casándose con la dama más guapa de Inglaterra antes de que apareciera por Londres. Supongo que no ha estado viviendo en Londres.

Alguna versión de esta conversación ya había tenido lugar con prácticamente todas sus parejas anteriores. Ahora, sin embargo, Helen descubrió que la historia de su matrimonio no fluía fácilmente de sus labios.

—Mi tutor era un párroco, milord. El vizconde me conoció mientras ambos realizábamos obras de caridad en la parroquia.

—Me asombra, Lady Vernon. No habría pensado que mi amigo Vernon se hubiera preocupado por obras de caridad.

Helen agradeció el momento de respiro que se le ofreció cuando se separaron por los movimientos del baile. Cuando volvieron a reunirse, contestó brevemente al Barón.

—El vizconde no ha publicado noticias de sus obras de caridad a sus conocidos en general, milord. No ha sentido la necesidad de hacerlo. —Ansiosa por dar contenido a su relato, habló imprudentemente—. Porque, incluso ahora, mi marido está cuidando de una pobre anciana a la que rescató de la muerte por negligencia en el Asilo de Santa Catalina. La bondad del Vizconde ha sido muy subestimada, creo.

—Ciertamente lo ha sido —murmuró el Barón Ralston—. ¿Y debo entender que usted comparte su interés por... er... los ocupantes de hospicios?

—Ya le he mencionado, milord, que mi tutor era ministro de la Iglesia. Vivíamos en Londres y, naturalmente, mi educación me ha dado una experiencia más amplia de la pobreza y la miseria que prevalecen en nuestras calles de la que tienen la mayoría de las jóvenes. —Levantó la cabeza y dijo formalmente—: ¿No podríamos hablar de otro asunto? No creo que los hospicios y los bailes se mezclen muy cómodamente.

Inmediatamente el Barón fue todo contrición. Se inclinó hacia abajo en un gesto de disculpa.

—Tiene usted toda la razón, milady. Hem estoy bailando con la joven más encantadora de la sala. ¿Cómo podría hablar de otra cosa que no fuera el delicioso tono turquesa que ha elegido para su vestido? El efecto sobre el color de sus ojos es bastante deslumbrante, mi querida Lady Vernon. Ha sido usted bendecida con una coloración de lo más inusual. ¿Es una combinación

frecuente en su familia este pelo castaño dorado y ojos grises oscuros?

—Se considera que me parezco a la parte de la familia de mi padre, milord.

—Ah, sí. La familia Smith, ¿no es así? Creo que no he tenido el gran placer de conocer a su padre.

—Smith era el nombre de mi tutor. Mi padre y mi madre han muerto.

—Y en un abrir y cerrar de ojos, o eso nos parece a los que no hemos tenido el privilegio de ver el progreso de su romance con el vizconde, usted se transforma de huérfana en la vizcondesa Vernon. Un cuento encantador, ¿verdad? Casi como un cuento de hadas, de hecho.

Helen miró desafiante a su compañero.

—Efectivamente, es un cuento de hadas, milord. Y como la mayoría de los cuentos de este tipo, pretendo que éste tenga un final feliz.

—¡Qué fiereza, Lady Vernon! Todo Londres le desea éxito en su nuevo papel. No todo el mundo estaría dispuesto a asumir la tarea de domar a mi amigo Vernon. —Sus ojos se desviaron en dirección a Lady Violet. Se volvió de nuevo hacia Helen y sonrió—. Pero estoy seguro de que demostrará estar a la altura del desafío.

La barbilla de Helen se alzó una fracción más.

—Su solicitud es innecesaria, milord. En lo que a mí respecta, el vizconde ya está domado.

—Lo comprendo perfectamente. Y su baile con Lady Violet tenía el carácter de una despedida. ¡Ah! La música ha terminado. ¿A dónde puedo acompañarla ahora, milady?

—Pues con mi marido, por supuesto. El último baile ha sido naturalmente reservado para él.

Hizo una profunda reverencia.

—Nuestra conversación ha sido un placer, milady, y me ha abierto los ojos a un aspecto totalmente nuevo del carácter de mi amigo.

Helen le miró fijamente.

—Me siento aliviada si he sido capaz de desengañar su mente de cualquier malentendido, milord. —Casi corrió por los pocos metros que la separaban del vizconde.

—¡Christian! —dijo rápidamente—. Lord Ralston me ha traído para que te reclame para el último baile. —Ella le miró con silenciosa súplica—. Recuerdas que acordamos reservarnos el

último vals.

—Claro que lo recuerdo —dijo el vizconde con suavidad—. ¿Cómo podría olvidar un compromiso tan importante? —Se volvió para saludar al Barón—. Y qué conveniente que esté usted aquí, Ralston. Lady Violet acaba de informarme de que se marchita por falta de una copa de champán. ¿Puedo confiarle la tarea de procurarle una copa?

El barón Ralston inclinó cortésmente la cabeza.

—Siempre es un placer para mí estar al servicio de Lady Donnely.

Se volvió hacia Helen y se llevó las manos a los labios.

—Lady Vernon, ha sido sin duda un encuentro encantador. Confío en que no pasará mucho tiempo antes de que volvamos a disfrutar de la compañía mutua. No debo perderla de vista ahora que mi amigo el vizconde tan amablemente ha llamado mi atención sobre usted. —Sonrió amablemente ante la velada hostilidad de la mirada del vizconde y, ofreciendo su brazo a lady Violet, la escoltó con rápida eficacia en dirección al bufé del comedor. Helen observó su marcha con hipnotizada intensidad, y se estremeció cuando desapareció de su vista.

El vizconde retrocedió lentamente en dirección a la pista de baile.

—Tendrías la bondad, Helen, de aclararme de qué iba todo eso.

—No lo sé, milord. Me asustó. Por eso vine a su lado. En casi todas las frases le llamaba su amigo, y sin embargo creo que no lo es en absoluto.

El vizconde se encogió de hombros.

—Sólo somos conocidos. Políticamente, no puedo estar de acuerdo con sus puntos de vista. Pero es un hombre de considerables consecuencias entre los ton. No es un hombre prudente al que ofender.

—No deseaba pasar más tiempo con él. Espero no haber interrumpido alguna conversación importante.

—Lady Donnely y yo no tenemos nada más que decirnos. —Bajó la mirada hacia la parte superior de su cabeza, que era lo que él podía ver ya que sus ojos estaban decididamente bajos. Habló con impaciencia—. Me halaga que encuentres tan fascinantes los botones de mi chaleco. No me había dado cuenta de que su diseño era tan singular.

Esperó un momento a que ella hablara, pero cuando permaneció en silencio, dijo secamente:

—Me has llamado Christian hace unos minutos.

—Estaba agitada, milord. No repetiré el error.

—Al contrario, insisto en que lo hagas siempre que estemos a solas. No disfruto de mucha pompa en mi dormitorio.

Los pies de Helen se perdieron en uno de los giros del vals, y sólo las firmes manos del vizconde evitaron que tropezara.

—¡Y yo que estaba pensando en lo agradecido que debería estar al maestro de baile por sus excelentes clases! —No había duda del atisbo de risa en su voz.

Ella recuperó rápidamente la compostura.

—Hay un ligero desnivel en el suelo en ese punto. Se lo comentaré a la vizcondesa viuda mañana por la mañana.

—Una idea excelente —convino gravemente el vizconde. Dieron dos o tres vueltas en silencio por el salón.

—¿A dónde vamos? —exclamó Helen de repente.

—Me pareció que parecías un poco acalorada —dijo el vizconde con suavidad—. Unos momentos en el invernadero servirán para refrescarte antes de que emprendamos el viaje de vuelta a casa.

—¡Pero si ya estoy en casa!

—No, querida. Eres una invitada en casa de mi madre. Esta noche regresarás conmigo a mi casa. Ese es tu hogar.

Ella guardó silencio y se volvió para abanicarse.

—Qué considerada ha sido mi madre al habernos proporcionado unas palmeras tan grandes —dijo el vizconde conversando.

Helen se dio la vuelta.

—¿Por qué, milord?

—Nos ofrecerá una excelente pantalla cuando te bese —dijo el vizconde.

Helen empezó a apartarse, pero se encontró sujeta firmemente por dos poderosas manos.

—Helen Smith, sin duda eres una bruja que ha sido enviada para atormentarme. Pero voy a asegurarme de que no salgas totalmente ilesa de este encuentro.

No intentó dar ninguna respuesta sensata a esta afirmación un tanto enigmática, pues los labios del vizconde se cernían ahora tentadoramente cerca de los suyos, y a Helen le pareció esencial reservar todas sus fuerzas para la difícil tarea de respirar. Cerró los ojos y sintió el suave roce de la boca de él sobre los párpados, luego todos sus pensamientos conscientes fueron borrados mientras él la reclamaba en un beso de apasionada intensidad.

No podría decir cuántos minutos pasaron antes de que ella apoyara la cabeza contra los almidonados volantes de la parte delantera de su camisa, sintiendo un extraño consuelo al sentir el tejido rasposo contra su mejilla. Buscó en su mente algún comentario casual que pudiera disimular la intensidad de su respuesta a su forma de hacer el amor, pero sus pensamientos permanecieron en un torbellino inútil de excitación.

Fue el vizconde quien rompió el silencio. Soltó una risa extrañamente vacilante, aunque la mano que le acariciaba el pelo parecía lo bastante firme. Miró a Helen a los ojos.

—Bueno, bruja, no estoy seguro de si considerarlo un experimento con éxito. Quizá deberíamos repetir la prueba.

—¡No! —Le daba pánico pensar en una nueva embestida contra sus debilitadas defensas. Necesitaba tiempo para endurecer su corazón contra la despreocupada pericia de sus besos—. Milord, sin duda nos verán.

Sonrió con pesar.

—No creo que se considere un delito besar a la propia esposa. No es, quizás, una ocupación de moda. Pero que yo sepa aún no se ha declarado ilegal.

Ella logró una pequeña risa.

—Milord, es usted absurdo. Además, usted sabe que no soy realmente su esposa.

Incluso en la semioscuridad del invernadero, ella pudo ver el interrogante arrogante de su expresión.

—¿Y qué puede significar ese comentario, si se puede saber?

—Milord, no podemos discutirlo aquí. Usted sabe muy bien lo que quiero decir. Fue un accidente... el mero capricho del destino lo que nos unió.

—Eso es cierto —convino el vizconde de buena gana—. Me he estado felicitando por mi estrella guía durante los últimos días. Después de todo, ¿podría haber decidido casarme con Lizzie!

Ella deseó poder creerle y depositar su confianza en los tonos medio serios que subyacían bajo su voz burlona. Cerró los ojos un instante y sintió de nuevo las heladas aguas negras del

Támesis arremolinándose sobre su cabeza, oyó la voz suave y culta del hombre que ordenó a sus captores que la ahogaran. ¡Si tan sólo no se hubiera tapado los ojos durante aquellos largos días de cautiverio! ¡Si al menos el vizconde le diera alguna explicación racional de su extraordinaria acción de casarse con ella!

Abrió los ojos y encontró la mirada del vizconde rígidamente fija en sus mejillas blanqueadas. Ya no había risa en sus ojos.

—Vamos —dijo bruscamente—, ya ha pasado la hora en que deberías estar en casa. Vamos a despedirnos de mi madre. He sido negligente al olvidar que aún estás debilitada por las secuelas de tu fiebre.

Ella no protestó, sino que permitió que él la condujera de nuevo al salón de baile. La multitud se había reducido al fin, y la Dowager charlaba con evidente satisfacción con Lady Amelia y su yerno.

El vizconde se llevó las manos de la viuda a los labios.

—Madre, tu fiesta ha sido magnífica como por supuesto sabía que sería. Helen y yo hemos venido a ofrecerte nuestro agradecimiento y a darte las buenas noches. Debemos regresar a casa para que Helen pueda descansar un poco. He permitido que se canse demasiado.

La vizcondesa viuda no hizo ningún comentario sobre esta precipitada marcha de su invitada, sino que se limitó a dirigir unos ojos muy brillantes en dirección a Helen.

—Bueno, querida —dijo—. ¿Qué se siente al ser el nuevo éxito de la temporada?

Las mejillas de Helen se colorearon débilmente, pero dijo alegremente:

—Usted debería saberlo, milady, porque es su fiesta la que se va a convertir en la comidilla de la ciudad.

La viuda se levantó y apretó su mejilla contra la de Helen.

—Te echaré de menos —dijo—. Asegúrate de que Christian cuida bien de ti.

El vizconde interrumpió, hablando con exagerada calma.

—Estamos a cinco minutos de distancia, madre. No pienso emprender con Helen un viaje a los Mares del Sur. Y naturalmente estoy planeando cuidar de Helen. El Dr. Clifford ya ha hecho los preparativos para visitarnos mañana. —Estrechó firmemente la mano de Sir George y dejó caer distraídamente un picotazo fraternal sobre la mejilla de Lady Amelia. Su mirada se suavizó de nuevo al volverse hacia Helen.

—¿Estás lista? —preguntó brevemente.

Ella asintió en silencio, abrazó de nuevo a la Dowager e hizo una cortés reverencia a su cuñado y a su cuñada.

El vizconde colocó un brazo firme bajo su codo y la acompañó fuera de la habitación. Lady Amelia observó su partida con cierta diversión.

—Nunca pensé ver a Christian perdidamente enamorado.

—Helen es una mujer encantadora, y tan afortunada de que Lady Violet decidiera vestir de rosa, ¿no le parece? Es imposible que haya un color que le siente peor ahora que está engordando un poco.

Sonrió a Sir George, cuyos ojos centellearon astutamente.

—Creo que el viejo duque de Shropshire sigue aquí, Sir George. Debo pedirle su brazo para que me acompañe hasta él.

—Será un placer —dijo Sir George—. Pero le aconsejo que no parezca como el gato que acaba de tragarse un gran plato de nata.

La Dowager pareció dolida.

—¿Qué quiere decir, Sir George? Seguramente no es culpa mía que Lady Violet se vuelva un poco corpulenta.

—Parece difícilmente posible —convino Sir George—. Pero he escuchado algunos comentarios poco favorecedores sobre dicha dama durante la velada.

—Estoy seguro de entenderle. —El rostro de la Dowager era un estudio de inocencia—. ¿Está insinuando que yo te tengo algo que ver en dicho asunto?

—Ciertamente nunca pensaría eso de usted, milady.

La vizcondesa viuda sonrió con picardía.

—¡Ah, Sir George! Siempre he dicho que su talento se desperdicia en Kent.

Capítulo

12

La doncella cepilló el cabello de Helen con movimientos rápidos y eficaces, admirando la exuberante riqueza de los rizos castaño-dorados. Helen se removió inquieta en su silla, deseando poder romper el respetuoso silencio que reinaba en la gran alcoba. Aggie Clayden seguía en la casa de la Dowager y esta noche echaba de menos la charla familiar de su antigua ama de llaves.

Era tarde, mucho más de las dos de la madrugada, y debería sentirse cansada, pero el sueño pocas veces había parecido más lejano. Las impresiones del baile giraban por su mente en un brillante caleidoscopio de imágenes, con la figura oscuramente amenazadora del barón Ralston corriendo como un oscuro hilo a través de todas ellas. En silencio, debatió en su interior. ¿Debería buscar mañana al vizconde y contarle la verdad? Después de todo, ¿tenía ella algo que perder con tal paso? Si el vizconde formaba parte de una conspiración contra ella ¿no sabría ya él de su conexión con el Barón?

La criada anudó las cintas del camisón de Helen y le puso sobre los hombros una bata de seda blanca. Helen suspiró con nostalgia mientras la criada cerraba la hilera de diminutos botones. El recuerdo de los besos del vizconde volvía a atormentarla y, al menos por enésima vez, deseó que su experiencia anterior con los hombres hubiera sido un poco más amplia. Sus padres llevaban muertos más de seis años y la vida con su querido y poco mundano tío no la había expuesto a muchas de las lujurias y alegrías de los hombres corrientes.

Una sonrisa irónica rondó los labios de Helen. Criada por dos dechados de virtud como su tío y su hermana, no estaba muy bien preparada para resistirse al atractivo de la experta forma de hacer el amor del vizconde. No se le había ocurrido antes, y desde luego nunca se le habría ocurrido al tío Charles, que era muy posible sentir un impulso abrumador de ser besada por un hombre cuyo carácter dejaba mucho que desear.

La doncella dio un último tirón a los pliegues del vestido de Helen, apagando las velas puestas sobre el tocador.

—¿Desea que apague las lámparas, milady? —Con un esfuerzo, Helen arrastró sus pensamientos de vuelta a los asuntos que tenía entre manos. Supuso que debía irse a la cama.

—No —dijo—. Voy a leer un rato.

—Muy bien, milady.

La criada no dijo nada que indicara sus verdaderos sentimientos hacia la gente que se sentaba a leer libros a las tres de la mañana.

—Buenas noches —respondió Helen distraídamente, y se acercó al fuego. Era ridículo estar fuera de la cama a esas horas de la noche y, a pesar de la robustez de su constitución general, probablemente también poco saludable. Cuando oyó un ligero golpecito en la puerta, no quiso admitir ante sí misma que ése era el sonido que había estado esperando.

—¿Quién es? —gritó, como si en realidad hubiera alguna duda en su mente.

El vizconde entró en la habitación sin molestarse en responder a su pregunta. Iba vestido con una túnica carmesí que barría el suelo mientras caminaba lentamente hacia ella. El alto cuello de terciopelo no ocultaba del todo el hecho de que no llevaba corbata. Helen contempló en silencio la desnuda extensión de su garganta; nunca antes había visto a un hombre sin corbata. Él no se detuvo hasta que estuvo tan cerca de ella que el ribete en forma de cisne de su bata rozó el brocado de la suya.

—¿Por qué estás aquí? —El corazón de Helen latía tan estruendosamente en sus oídos que la pregunta apenas sonó más fuerte que un susurro.

—Creo que eso es obvio —dijo el vizconde. Parecía divertido.

Helen se volvió apresuradamente hacia las vacilantes llamas del fuego.

—No podía dormir —dijo. Su voz era extrañamente jadeante—. El primer baile está siempre lleno de emoción, ya sabe.

—Hace tanto tiempo de mi primer baile que lo había olvidado. —Su voz era indulgente—. ¿Lo disfrutaste?

—Sí, gracias. —Ella se dio la vuelta para sonreírle tímidamente—. Espero que estuvieras contenta con... ¿todo?

—No con todo. Descubrí que estaba obligada a pasar demasiado tiempo siendo cortés con las respetables viudas. Eso redujo drásticamente el tiempo del que disponía para... refrescarme en el invernadero.

—Milord...

—Mi nombre es Christian. ¿Por qué tiembles? ¿Tienes frío?

—Sí. No. No lo sé. Debo de tener frío si estoy temblando.

Sin decir una palabra más, la cogió en brazos y la llevó hasta la cama. La colocó suavemente entre las suaves almohadas, arropándola con las mantas.

—Helen —dijo en voz baja, y le cogió ambas manos entre las suyas—. Si deseas que me vaya, lo haré.

Ella no dijo nada, y él se inclinó sobre la cama, aprisionándola bajo el peso de su cuerpo. Sus ojos ardían con súbita pasión, y Helen fue inmediatamente consciente del fuego de respuesta que le recorría el cuerpo. Intentó estabilizar su agitada respiración para poder decir algo... cualquier cosa... que rompiera el hechizo. Él extendió un dedo y acarició la curva de su mejilla y la larga y suave línea de su garganta.

—Creo que ya es demasiado tarde para que me echés —dijo, y su sonrisa la envolvió en su calidez—. Llevamos casados casi un mes, Helen. ¿Estás preparada para convertirte en mi esposa?

Sus labios se encontraron con los de ella en una pregunta feroz, y ella respondió a su beso sin reservas. Sus manos se enredaron en su pelo mientras lo estrechaba contra ella, y suspiró de placer cuando su boca acarició su garganta, sus ojos y la suave piel de sus hombros.

—Eres hermosa —susurró él, y ella se sintió perdida en el mar de sensaciones que despertaba su persistente contacto. Ahora sabía que había anhelado en secreto sentir sus brazos a su alrededor, y que su cuerpo le había dolido por una satisfacción que apenas comprendía. A través de una bruma de pasión oyó su voz, grave y urgente.

—Di que me deseas, Helen. Di que me quieres como marido.

—Te quiero, Christian. —Las palabras no eran lo que ella había pretendido decir, pero aparentemente respondieron a su pregunta, porque con un pequeño grito de triunfo, él la estrechó entre sus brazos. Sus pensamientos conscientes, sus vacilaciones, su voluntad de resistirse fueron todos barridos, ahogados en la precipitada ola de dolor y éxtasis mezclados.



La primera luz del alba ya se colaba por una rendija de las pesadas cortinas de satén cuando ella se despertó y se agitó en sus brazos. El vizconde se levantó inmediatamente de la cama y buscó en el suelo su bata, envolviéndola rápidamente en los suaves pliegues de swansdown.

—Sigo olvidando que has estado enferma —le dijo—. ¡Aunque nadie que te mire ahora podría creer con qué espantapájaros me he casado! —La tocó cariñosamente en la mejilla—. ¿Estás demasiado cansada para hablar conmigo, sólo un ratito? Creo que ha llegado el momento de aclarar ciertos asuntos entre nosotros dos.

Ella negó con la cabeza. Temía hablar por si su voz traicionaba su absurdo anhelo de arrojarle a sus brazos una vez más. Bajó la mirada hacia los fuertes dedos que cubrían los suyos

y volvió a apartarla precipitadamente. Sus conocimientos previos sobre hacer el amor podían haberse limitado a unas breves charlas de Cassie, pero de ellas había aprendido que los caballeros tenían pasiones animales que no compartían las damas. También había sido informada de que los verdaderos caballeros no esperaban que sus esposas respondieran con entusiasmo a los aspectos más penosos de la vida conyugal. Esperaba fervientemente que el vizconde estuviera dispuesto a pasar por alto los acontecimientos de las últimas horas sin más discusión. Sería dolorosamente humillante que se sintiera obligado a reprenderla. Se sintió profundamente aliviada cuando el vizconde empezó a hablar y se dio cuenta de que sus pensamientos se centraban en asuntos muy distintos a los lamentablemente apasionados sucesos de la pasada noche.

—Mientras estabas con mi madre, Helen, hice varias averiguaciones en tu antiguo barrio —dijo al fin—. Te pido disculpas por entrometerme en tu historia pasada, pero necesitaba saber algo sobre la mujer con la que me había casado, ¡y tú no estabas muy dispuesta a ayudarme! Rápidamente me enteré de que tu tutor había sido un pastor admirado por la gente pobre que formaba su congregación. El mayordomo de la iglesia de San Esteban es un viejo charlatán, Helen, y estaba orgulloso del buen trabajo realizado por el reverendo Charles Smith. Nos habló de la ayuda del reverendo a los pobres y de las dos jóvenes que habían puesto en marcha una escuela para algunos de los niños. También supimos que el reverendo Smith llegó a Londres desde una parroquia de Hampshire. —Le tocó suavemente la pálida mejilla—. Estoy seguro de que ya sabes, querida, que el vicario de Hampshire hace seis años era un hombre llamado Charles Beaufort. Se convirtió en Charles Smith sólo cuando llegó a Londres.

Le llevó las manos a los labios y dejó caer un suave beso en la palma. Helen, reflexionando sobre esta reconfortante prueba de que él no la despreciaba, casi perdió el hilo de la conversación. Con un esfuerzo considerable apartó su mente del significado de los besos de su marido y volvió al sentido de sus palabras.

—Helen —la apremió—. No puede haber ninguna razón para el silencio entre nosotros ahora. No hay razón para que luches por ocultar algún pequeño escándalo del pasado de tu tutor. Dios sabe que somos pocos los que no tenemos al menos una acción pasada que preferiríamos olvidar. ¿No puedes confiarme la verdad?

Ella vaciló sólo brevemente. Durante días se había preguntado si confiar en él, y ahora él estaba realmente suplicando su confianza. Además, sus padres llevaban muertos seis años. ¿Cómo podía hacerles daño ahora la verdad?

—Mi tutor no era culpable de ninguna fechoría, milord. Simplemente quería protegernos a mi hermana y a mí de ser descubiertos. Mi padre era ministro, hermano de Charles Beaufort, por lo que mi nombre es, de hecho, Helen Beaufort. La historia de mi madre es conocida. Se enamoró de mi padre y se casó con él en contra de todos los deseos de su familia. Mi abuelo era un hombre orgulloso y vengativo, que puso grandes piedras por la riqueza y la posición mundana. Se enfureció ante este acto de desafío de su única hija, sobre todo porque siempre había parecido una joven dócil. Fue desheredada sin ni siquiera un chelín, y tengo entendido que su nombre fue borrado de todos los registros familiares. Por suerte, mi padre gozaba de la estima de su obispo y se le encontró un nuevo puesto, bien lejos del antiguo hogar de mi madre.

Vivimos muy felices en una parroquia cercana a mi tío, hasta que mis padres murieron de tisis con pocos meses de diferencia. Cuando se publicó la noticia de su muerte en el «Morning Post», un abogado vino a ver a mi tío Charles. Era un enviado de mi abuelo y quería llevarnos a Cassie y a mí con él para criarnos en las fincas familiares. Pero el tío Charles había sido nombrado nuestro tutor por mi padre, y rechazó de plano la idea de devolvernos a mi abuelo. Había oído demasiadas historias de infelicidad de mi madre.

—¿Fue, sin embargo, del todo prudente? —preguntó el vizconde—. Imagino que la familia de tu madre habría podido proporcionarte muchas ventajas materiales que tu tío no pudo.

—El tío Charles nunca consideró la posibilidad de enviarnos de vuelta a la familia que había rechazado a nuestra madre tan insensiblemente sólo quince años antes. Creía que su amor por nosotras superaba con creces cualquier ventaja material que mi abuelo pudiera habernos proporcionado. Y mi padre había dejado fondos suficientes para que nos enviaran a una buena escuela.

—Me reprendo. —El vizconde sonrió—. ¡No hay necesidad de mirarme con tanta fiereza!

—Cuando el tío Charles nos llevó a Londres, cambió su nombre y ocultó el hecho de que éramos parientes consanguíneos. Deseaba hacer la búsqueda un poco más difícil, si mi abuelo estaba realmente decidido a encontrarnos. Mi tío nos quería profundamente, pero estaba dedicado a su trabajo y no quería pasar años de su vida haciendo reclamaciones formales de tutela. Sabía cuánto poder podía ejercer la familia de mi madre. Como reverendo Charles Smith, esperaba desaparecer entre la multitud londinense. Como el reverendo Charles Beaufort, acompañado de dos sobrinas, habría sido rápidamente localizado por mi abuelo. Para Cassie y para mí se convirtió en una segunda naturaleza ocultar nuestros orígenes y nuestro apellido.

El vizconde aún le sostenía la mano, acariciándola distraídamente con el pulgar.

—¿Me vas a decir el nombre de la familia de tu madre? ¿O debes seguir ocultándolo?

Helen levantó los ojos hacia el rostro del vizconde.

—Mi abuelo era el barón Ralston de Greenside. Imagino que el actual barón debe ser el hermano menor de mi madre. Su edad sería más o menos correcta.

El vizconde se puso en pie de un salto, mirando a Helen con silencioso asombro.

—¡Así que eso era lo que te preocupaba anoche! —dijo lentamente mientras se hundía en una silla junto a la chimenea—. Perdona mi asombro. No me había dado cuenta de la exactitud de sus palabras cuando describió a la familia de su madre como poderosa. El viejo barón Ralston era un miembro importante del círculo íntimo de consejeros del príncipe regente.

Helen se encogió de hombros.

—Espero que sus consejos al Príncipe tuvieran más éxito que la gestión de los asuntos de su familia. Mi madre hablaba poco de su infancia, pero creo que fue extremadamente infeliz, principalmente por el temperamento violento y errático del barón Ralston.

—No le conocí personalmente —dijo el vizconde—. Era un hombre mayor incluso antes de que yo llegara de la universidad.

Su expresión se suavizó al mirar los enormes ojos grises de Helen, ensombrecidos por la fatiga y alguna otra emoción indefinible.

—El actual Barón Ralston no es tu tío, Helen. Siento tener que decirte que el hermano de tu madre murió hace cinco o seis años en un accidente de caza. Fue muy comentado en su momento, ya que tu abuelo era un anciano y el accidente le dejó sin heredero directo. El actual barón es un primo bastante lejano, creo. Lamento tener que ser yo quien te dé tan tristes noticias sobre tu familia.

—Nunca conocí al hermano de mi madre, ni a mi abuelo, así que ¿cómo podría sentir pena al enterarme de su muerte? En cierto modo, en realidad me siento aliviada. Mi madre alimentaba tiernos recuerdos de su hermano menor, aunque era demasiado joven para desafiar a mi abuelo buscándonos. Cuando me presentaron al barón Ralston en el baile, sólo fui consciente de una repentina chispa de antipatía mutua. Me alegra saber que el Barón es sólo un pariente lejano y no mi tío.

El vizconde se alejó lentamente de la chimenea y volvió a pararse junto a la cama. Su rostro estaba oculto por la sombra del dosel cuando empezó a hablar.

—Hay una pregunta más que tengo que hacerte, Helen. ¿Por qué no acudiste a la familia de tu madre cuando tu hermana murió y tu situación se volvió tan desesperada? Seguramente habría sido mejor humillar tu orgullo que arrojarte al río. ¿Qué pudo haberte dicho tu madre, que te llevó a creer que los Ralston eran tales monstruos que la muerte era preferible a su protección?

Con un brusco movimiento ágil, Helen saltó de la cama y se colocó frente al vizconde. Su voz temblaba de emoción, pero sus modales eran tranquilos.

—¡No! Ahora es su turno, milord. Usted ha indagado en la historia de mi vida, me ha interrogado y acosado para satisfacer su curiosidad. Ahora es mi turno de ser curiosa, y mi justificación es mayor, creo. ¿Por qué peinaba los barrios bajos en busca de una esposa? ¿Por qué eligió casarse conmigo?

El vizconde se volvió, de modo que Helen ya no pudo verle la cara.

—Mis razones me parecieron adecuadas en aquel momento —dijo finalmente. Se volvió hacia el fuego, y una brasa moribunda iluminó la sonrisa irónica que rozaba su boca—. No puedo decir que me arrepienta de mis actos, porque si me hubiera comportado racionalmente nunca me habría casado contigo. ¿No puedes aceptar que fue un golpe de buena fortuna para los dos? Tú fuiste rescatada de la muerte y yo... —Hizo una pausa y luego rió en voz baja—. Creo que me

salvaron de un destino peor que la muerte, aunque no me di cuenta en ese momento.

—¡Adivinanzas! —dijo Helen con desdén—. Es usted muy entretenido, milord, pero no muy informativo. No me agrada encontrarme casada con un hombre que insiste en que sea franca, pero que él mismo oculta la verdad. —Ella sacudió la cabeza con enfado, y su larga cabellera brilló alrededor de sus hombros en un halo de color marrón dorado—. Usted mismo me ha mostrado la salida a mi dilema. Usted habla del poder de los Ralston. A menos que me diga por qué se casó conmigo, ¡buscaré la protección de la familia de mi madre!

—Tu amenaza sería más convincente, Helen, si no la pronunciaras una hora escasa después de haberme acogido en tu cama. —La agarró bruscamente por los brazos, forzándola a levantar la barbilla para poder mirarla fijamente a los ojos llenos de lágrimas.

—¿De qué sirve fingir? —dijo con dureza—. Tú has pedido la verdad y así la tendrá. Deseaba quedarme viudo y te elegí como esposa porque creía que morirías durante la noche siguiente a nuestra ceremonia nupcial. Espero que ahora estés satisfecha con la explicación que exigí.

Las mejillas de Helen palidecieron hasta adquirir un color tan pálido como el blanco de su túnica.

—¿Pero por qué me permitió sobrevivir? —susurró.

—Esa, Helen, es una pregunta que me he hecho con frecuencia. Aún no he llegado a una respuesta satisfactoria.

La puerta de la alcoba se cerró de golpe tras él, y Helen se quedó regocijándose en la satisfacción de haber extraído de su marido precisamente la información que menos deseaba oír.

Capítulo

13

El barón de Ralston de Greenside, a diferencia del vizconde Vernon, no era dado a las muestras de mal genio; sus sirvientes, sin embargo, sabían que no debían ignorar ni la más suave de sus órdenes. Habían aprendido por dolorosa experiencia que una voz tranquila y unos modales suaves podían ocultar una voluntad despiadada y un corazón frío.

Al día siguiente del baile de los Vernon, se corrió rápidamente la voz por la sala de los criados advirtiéndole que el amo estaba de un humor raro y que no se le debía contrariar. Los criados se apresuraron a realizar sus tareas con silenciosa urgencia y, a pesar de que el barón no alzó la voz ni una sola vez por encima de un murmullo bajo, cada criado temía una convocatoria en presencia del amo.

No había nadie, desde el nuevo mozo de fregona hasta el propio mayordomo, que no se sintiera más ligero de espíritu cuando el Barón pedía un coche de caballos y partía hacia algún destino indeterminado, cargado con un pequeño portamaletas. Hubo un deseo general, no expresado por temor a las consecuencias, de que pasaran varios días antes de que el Barón regresara a su casa.

El coche de alquiler llevó a su pasajero a través de las calles de moda del West End londinense, aún vacías a esa temprana hora de la mañana, y cruzó hacia la City, deteniéndose finalmente ante un viejo pero respetable almacén en los límites de Cheapside. El barón pagó su pasaje en silencio y entró en la sombría puerta del edificio. El cochero seguía trotando lentamente con su caballo calle abajo cuando un empleado, encorvado contra el frío, salió de la sombría puerta del edificio.

Tiempo después, el barón Ralston, enfundado en un raído traje negro, con la figura amortiguada en los pliegues de una pesada capa de fieltro, salió del edificio.

No llamó la atención mientras caminaba a paso uniforme por las calles de la City, y sólo se detuvo cuando llegó a una taberna destartalada casi en el muelle del astillero de Santa Catalina. Aunque modestamente vestido, con su sombrero de ala ancha y su vieja capa mostrando considerables signos de desgaste, en esta parte de la ciudad su vestimenta le marcaba como un extraño. La mayoría de los demás transeúntes del muelle parecían demacrados por la subalimentación crónica y pellizcados por el frío cortante del viento de marzo. Se apresuró a entrar en la taberna, sin querer llamar la atención a pesar de la pistola que llevaba preparada

amartillada en la mano.

Pasó algún tiempo antes de que sus ojos se adaptaran a la penumbra del interior de la taberna. Al principio le resultaba difícil ver a través de la niebla gris del humo que salía de la chimenea y de las pipas de arcilla de tabaco. Finalmente, sin embargo, sus ojos irritados encontraron al hombre que buscaba. Sin excesiva prisa, se acercó a un viejo estibador, cuyas mejillas redondeadas hablaban de acceso a un suministro de alimentos más abundante que el de algunos de sus vecinos.

El barón permaneció en silencio a su lado, sin decir nada, hasta que la conciencia de una presencia ajena penetró por fin en el cerebro empapado de ginebra del estibador. El viejo miró ebrio a la figura embozada que estaba de pie cerca de la mesa, y una sonrisa agrietada se extendió por sus encías desdentadas.

—¿Tiene otro trabajo para nosotros, jefe? Squiffy y yo estaríamos encantados de ayudarle.

—Deseo hablar con usted fuera. —El Barón se dio la vuelta y salió de la taberna, sin molestarse en esperar a que su orden fuera obedecida. El estibador sonrió algo avergonzado a sus compañeros de bebida. No se veía bien saltar rápidamente ante una sugerencia tan suavemente dicha. No obstante, se puso en pie de un salto y salió a toda prisa a la miserable llovizna de la tarde de marzo.

El Barón no le dirigió ni una palabra de saludo.

—Te pagué para que... dispusieras... de algo por mí —dijo brevemente—. Usted no lo hizo.

Una justa indignación, mezclada con un toque de miedo, apareció en el rostro del estibador.

—¡Sí lo hicimos! —exclamó—. Llevamos a la moza hasta el terraplén, los dos solos. Por supuesto, no la atamos ni nada por porque querías que pareciera que se había suicidado. Pero la tiramos justo en medio del río. Y esa es la pura verdad, jefe.

—Pero no estaba muerta cuando cayó al río. No puede haberlo estado, porque la he visto viva.

—Ella estaba como muerta, jefe, y esa es la verdad. Apenas respiraba cuando la arrojamos. Se hundió hasta el fondo como una piedra. No hay forma de que hubiera podido salir viva. Además, es demasiado profundo allí. Tendría que nadar para salir del agua, ¿y quién ha oído hablar de una chica que sabe nadar? —Soltó una risita nerviosa y se arriesgó a echar un vistazo a la cara de su patrón.

El rostro del barón estaba amortiguado entre el ala de su sombrero y el cuello de su abrigo. A la luz brumosa del muelle era imposible adivinar sus pensamientos.

—¿Cuál es la enfermería más cercana a este muelle? —preguntó.

El estibador le miró con lástima.

—No hay ninguna en esta parte de la ciudad —dijo—. Si tienes mala suerte, alguien podría llevarte al hospicio. Esa es una forma rápida de morir, si alguna vez se quiere una.

Por un momento, pareció que un destello de interés se había encendido en los fríos ojos del barón, pero podía no haber sido más que un truco de la luz.

—¿En qué parte del río... se deshizo... del cuerpo? —preguntó—. ¿Cuál sería el hospicio más cercano?

—Creo que St. Katharine's estaría tan cerca como cualquier otro —dijo el estibador.

—Se le pagó para hacer un trabajo y no lo hizo. Tenga cuidado de que nunca se filtre ninguna palabra de nuestros tratos. Si tiene que beber ginebra, procure que no le moje demasiado la lengua. Y dé gracias a Dios por no haber sido nunca tan tonto como para preguntar por mi nombre. —Sonrió sombríamente—. No tengo sitio en mis planes para los que me fallan.

El estibador que, por una causa u otra, había matado a más hombres de los que podía recordar, se estremeció.

—Hace frío aquí fuera, jefe. Volveré con mis compañeros.

El barón empezó a alejarse.

—Le di dos soberanos de oro para que se deshiciera de mi propiedad no deseada —dijo por encima del hombro—. No creo que me costara ni la cuarta parte de esa suma hacerte callar permanentemente. Recuerde ese hecho si alguna vez siente el impulso de hablar.

El estibador se arrastró de nuevo al calor de la oscura y lúgubre taberna. Los ruidosos gritos y las risas soeces de sus compañeros nunca antes habían sonado tan bienvenidos.



La señora Harley se retiró las cintas de su gorra de volantes. Estaban un poco sucios, al no haber recibido el beneficio del agua y el jabón desde primeros de mes, pero la señora Harley estaba bien satisfecha con el efecto general. Saludó a su visitante, consciente de lucir su mejor aspecto. A pesar de sus ropas raídas, era un aristócrata, o ella se equivocaba. Y no hacía mucho más de un mes que el último lote había venido a visitarla.

El caballero se inclinó ligeramente, y mientras ella se hundía en una reverencia debidamente respetuosa, su ojo se fijó por casualidad en el soberano de oro, que milagrosamente

descansaba en el borde de su mesita. Miró a su visitante con renovado aprecio, pero no dijo nada sobre el dinero.

—Sé que debe de ser una mujer muy ocupada, Sra. Harley, así que no le robaré mucho tiempo. —Sus ojos se deslizaron hacia la hermosa moneda de oro—. Espero que acepte una pequeña muestra de mi agradecimiento por la ayuda que me va a prestar.

—Es un placer, señor. —No se molestó en preguntar qué ayuda debía prestar. Su mano se deslizó por la superficie de la mesa y se cerró sobre la gratificante solidez de la moneda de oro—. ¿Qué quiere que haga?

—Busco a una mujer joven —dijo él bruscamente—. Menos de veinte años, delgada, pelo castaño, ojos grises. Estuvo aquí hace un mes. Supongo que la trajeron del río Támesis.

La Sra. Harley se sintió repentinamente recelosa. Dos hombres, ambos preguntando por la misma chica. Esto, seguramente, demostraría al final valer más que un solo soberano. Su expresión se volvió inexpresiva, sus pequeños ojos velados por la estupidez.

—Tenemos muchas chicas jóvenes, señor. Debemos tener una docena de ellas en este momento. No sé cómo puedo acordarme de una chica en especial.

—Creo, sin embargo, que se acuerda de esta chica —dijo el hombre y su voz tranquila hizo que un extraño cosquilleo recorriera la espalda de la Sra. Harley—. Verá, a esta chica la sacó de aquí alguien, un caballero, creo. Me gustaría saber su nombre.

La Sra. Harley suspiró.

—Mi memoria no es tan buena como solía ser, señor. Estas mujeres jóvenes, se meten en el camino de la familia, y luego se va al río antes de que pueda decir «Jack Robinson». Vaya, sólo la semana pasada había una joven...

—Sin duda esto le ayudará a refrescar la memoria. No le proporcionaré nada más, así que puede darme la información que busco.

La matrona miró hacia la mesa. Una corona de plata brillaba en un haz de pálida luz solar. Su mano se alargó para cogerla, metiéndosela en el bolsillo junto al soberano de oro. Las dos monedas hicieron un tintineo satisfactorio al chocar entre sí. Era una lástima que la segunda ofrenda fuera sólo una corona, pero era demasiado astuta juzgando el carácter como para esperar más.

—Es curioso, pero ahora me acuerdo de todo. Debe estar preguntando por esa pobre niña, Helen Smith. Era una cosita muy delgada, y no tenía ni un cobre o dos metidos en las enaguas. Fueron dos caballeros los que vinieron aquí hace más de un mes. La sacaron del pabellón de la fiebre y se la llevaron con la vieja Lizzie. Dijeron que querían actuar con caridad y proporcionar un buen hogar a un par de indigentes que lo merecían. Uno de los hombres era médico,

aficionado a meter las narices en lo que no era asunto suyo. Fue por el pabellón dando a todas las mujeres tragos de agua, aunque lo que mis indigentes tenían que ver con él, nunca lo sabré.

La voz impaciente del visitante cortó este torrente de reminiscencias.

—¡Pero sus nombres! ¿Le dieron algún nombre?

—El alto, era vizconde. Vernon dijo que se llamaba. El médico se llamaba Clifford, y era un bastardo. ¡Amenazando con denunciar a mi pupilo con fiebre a los Comisionados de la Ley de Pobres! ¡Y después de todo lo que hice por las despreciables mujeres!

—Permítame tranquilizarle. Confío en que haya pocas posibilidades de que el Dr. Clifford desee revelar su presencia aquí, en el Asilo de Santa Catalina. Puede mantener su habitual alto nivel de cuidados sin temor a una visita de los comisarios. Buenas noches a usted, Sra. Harley. Estoy seguro de que no necesito señalar a una mujer de su avanzada inteligencia que no hay necesidad de mencionar esta visita al alguacil... ni a nadie.

Los dedos de la Sra. Harley se cerraron en torno a la tranquilizadora suavidad de las dos monedas. Había sabido que Helen Smith era una buscapleitos desde el momento en que los carroñeros del río la habían traído. Sus mejillas de manzana se estiraron en una sonrisa extrañamente nerviosa.

—Dios le bendiga, señor, mi memoria es tan escandalosa que ya he olvidado que me visitó.

Para su deleite, un florín de plata brilló de repente sobre la polvorienta superficie de la mesa.

—Un tributo a su notable memoria, Sra. Harley. Estoy segura de que le dará un uso excelente.

La moneda cayó en el amplio bolsillo de la matrona. Ella sacudió suavemente sus faldas y escuchó el gratificante traqueteo de metal contra metal. Hoy también habían muerto cuatro indigentes. Con sus indemnizaciones por entierro, ésta iba a resultar una semana provechosa. Apenas se dio cuenta de la suave apertura de la puerta y, cuando volvió a levantar la vista, su visitante se había ido.

La Sra. Harley se hundió en la silla junto a la chimenea y abrió una botella de cerveza negra. Extendió las tres relucientes monedas sobre su abundante regazo, admirando el cálido resplandor del oro y el brillante brillo de la plata. Esperaba que su visitante no volviera. Incluso por veintisiete chelines, no estaba segura de querer otro encuentro con aquellos escalofriantes ojos grises.



La mañana estaba muy avanzada cuando el barón Ralston salió del almacén, su aspecto había

vuelto a su estado normal de discreta elegancia. A pesar de lo avanzado de la hora, dirigió un coche de alquiler que pasaba hacia la residencia de lady Violet Donnely. Parecía no inquietarle la idea de que su visita pudiera resultar inoportuna.

Lady Violet no le hizo esperar muchos minutos después de entregar su tarjeta de visita al mayordomo. Su curiosidad superaba con creces cualquier escrúpulo que pudiera haber sentido ante lo impropio de recibir a un hombre soltero en sus apartamentos privados. Entró a trompicones en su salón, pareciendo una creación en azúcar hilado bajo la luz del sol cuidadosamente filtrada que se filtraba a través de las cortinas vaporosas.

El barón le besó la punta de los dedos y murmuró disculpas por la inoportuna hora de su llamada.

—Me ha desolado, Lady Violet, enterarme por Lord Ross de que pronto nos abandonará por los placeres del sur de Italia. Londres echará de menos su presencia y yo... lamentaré especialmente su marcha.

—No sabía que derivara tanto placer de mi compañía, lord Ralston. —Puede que el aplomo de Lady Violet la hubiera abandonado ante la desertión del vizconde Vernon, pero era improbable que el barón Ralston hiciera que su corazón perdiera un solo latido.

—Nuestros intereses no han coincidido anteriormente —dijo el Barón con suavidad—. ¿Está completamente segura de que desea ir a Italia, Lady Violet?

Ella rió amargamente.

—¿Tiene algún sentido fingir que tengo elección? —Ella revolvió sus rizos dorados con enfado—. Usted vio al vizconde Vernon y a su esposa en el baile.

El barón Ralston jugueteó abstraídamente con la cinta de grosgrain negro de su vaso de preguntas.

—Creo que usted y yo, querida lady Violet, deberíamos hablarnos uno al otro con franqueza. Es muy difícil dejar claro lo que uno quiere decir si se empeña en dar vueltas alrededor del borde de un problema. Digamos que yo, por razones propias, preferiría que el vizconde Vernon redujera el interés que muestra por los asuntos de su esposa. Confieso que se me ocurrió que usted podría estar interesada en que el vizconde volviera a desvincularse...

—¿Puede dudarlo? Pero Lady Vernon. ¿Qué hay de ella? —Lady Violet no pudo ocultar el veneno de su pregunta.

—Creo que puede confiar en que me ocuparé de la vizcondesa. Tendrá que conformarse con saber que en esto, mis intereses son idénticos a los suyos.

—Todo Londres sabe que deseo enviar al diablo a Lady Vernon. Pero, ¿por qué debería importarle que el vizconde haya encontrado por esposa a la protegida de un piadoso párroco?

—Me parece que la gente y los acontecimientos rara vez son lo que parecen en la superficie —dijo el Barón conversadoramente—. Responderé a su pregunta diciendo que el pasado de Lady Vernon no está exento de momentos picantes... a pesar del piadoso párroco. Tengo asuntos con Lady Vernon que pueden llevarse a cabo mejor sin un marido interesado que supervise la disposición de sus asuntos.

Esbozó una sonrisa fría que hizo que un hilillo helado de emoción recorriera la espalda de lady Violet.

—¿Responde eso a su pregunta, milady?

Ella sospechaba que el barón deseaba mantener un romance clandestino con la vizcondesa, pero en realidad no le importaban sus motivos.

—Sí, sí —dijo impaciente—. No es importante por qué desea desacreditarla. Basta con que lo haga. Debe tener algún plan, y supongo que yo debo ayudar. ¿Qué debo hacer?

—Su papel es sencillo, querida, y no dudo que te resultará muy placentero. Deseo que convoque al vizconde a su lado esta noche... y que se asegure de que no se marcha hasta la mañana. Estoy seguro de que tal tarea está dentro de sus encantadores poderes.

—¿Eso es todo? —Lady Violet se volvió para que el Barón no viera su expresión. Por nada del mundo habría revelado el destello de duda presa del pánico que la asaltó. ¿Seguiría siendo capaz de mantener la atención del vizconde durante toda una noche? Con rabia, desechó el pensamiento. ¿Cómo había podido permitir que su confianza en sí misma cayera tan bajo? Se permitió una suave carcajada—. Ciertamente me ha asignado una... placentera... tarea, milord. ¿Cuál será su parte en el asunto?

El barón se rió.

—Pues yo asumo la contrapartida de su propio papel, milady. Yo entretendré a la vizcondesa Vernon. Anticipo una velada casi tan placentera como la suya.

Capítulo

14

Lady Amelia Sutton se separó de Helen con una cálida sonrisa y un abrazo fraternal. Su expedición de compras había transcurrido de la forma más agradable, confirmando la opinión de lady Amelia de que Helen resultaría ser una excelente esposa para su arrogante hermano. Era lo suficientemente perspicaz como para darse cuenta de que las suaves sonrisas y la agradable conversación de Helen enmascaraban una viva inteligencia y un ingenio chispeante. Si también notó que los modales de Helen eran algo distraídos y que sus ojos estaban rodeados de grandes sombras, tuvo el tacto suficiente para no hacer ningún comentario. En su lugar, concentraba su conversación en el contenido de moda del nuevo guardarropa de Helen, y parloteaba sobre el éxito del baile de la noche anterior. Lady Amelia apreciaba a su hermano y sentía curiosidad por saber más sobre la escurridiza mujer que había desbancado a Lady Violet Donnely de su favor, pero estaba dispuesta a esperar. Así que llenó la tarde con un agradable relato del animado comportamiento de sus hijos y de las mejoras que Sir George había introducido recientemente en las tierras de los Sutton.

Cuando por fin se acomodó de nuevo en la cómoda calesa que las había llevado a través de la ciudad, Lady Amelia se quedó algo asombrada al darse cuenta de la poca información que Helen había ofrecido durante el transcurso de su larga y amistosa excursión. La vizcondesa viuda Vernon, al ser informada de esta extraña reticencia, se limitó a reír con irritante complacencia y dijo:

—Te dije que no sacarías nada de ella. —Y con esta verdad innegable, Lady Amelia se vio obligada a contentarse.

De hecho, Helen no había sido deliberadamente reticente con su cuñada. Sus pensamientos, durante la mayor parte de la tarde, habían estado simplemente en otra parte. Entre exclamar ante las proezas de Harry Sutton en el campo de críquet y sonreír con simpatía ante las travesuras de George, de dos años, había decidido que ya era hora de ser completamente sincera con su marido.

Por lo tanto, cuando la calesa de lady Amelia la dejó en Mount Street, no esperó a quitarse la pelele, sino que se deslizó hasta el salón y mandó llamar a Potter para preguntarle dónde podía encontrar al vizconde. Amasando con inquietud sus guantes de seda francesa hasta hacer una bola apretada, reconoció que ya que había sido tan tonta como para enamorarse de su marido, más le valía ser consciente de sus sentimientos. Estaba dispuesta a arriesgarse a contarle la

verdad sobre los espantosos días que precedieron a su ingreso en el hospicio de Santa Catalina, si tal franqueza podía devolverle el cálido brillo de sus ojos.

La expresión lúgubre de Potter le advirtió de inmediato que el vizconde no estaba en casa y que desaprobaba su destino. Lady Violet Donnely, pensó miserablemente. Caminó enérgicamente hasta la ventana del salón y se esforzó por mirar como si las hojas del arbusto de rododendros cautivaran toda su atención.

—¿Dejó dicho el vizconde cuándo volvería, Potter? —Esperaba que su voz sonara lo suficientemente despreocupada, como si al vizconde se le hubiera pasado por la cabeza recordarle a su esposa que llegaría tarde a cenar.

—No, milady. Me temo que no puedo darle una hora exacta en la que se espera a su señoría en casa. —Potter frunció los labios. Sabía muy bien adónde había ido el señor, persiguiéndole en su curricán justo después de que el mozo de cuadra de aquella mujer hubiera venido con un mensaje. Potter había aceptado varias notas prensadas en caliente, dirigidas con un tono de tinta violeta de lo más vulgar, durante las dos o tres últimas semanas y se había sentido gratificado al comprobar que esas mismas misivas eran arrojadas sin respuesta a la papelera de su señoría. Era desconcertante que esta última carta hubiera enviado al vizconde al lado de esa mujer, y justo cuando toda la casa había pensado que su influencia había llegado totalmente a su fin. Potter suspiró. No se explicaba cómo el vizconde podía preferir a semejante mujer en lugar de la joven y encantadora vizcondesa.

—¿Va a cenar en el comedor, milady? ¿O prefiere que pida a las criadas que le lleven algo arriba? Sabemos que debe de estar cansada, milady. Si se me permite mencionarlo, todos hemos oído de su triunfo de anoche en la fiesta de la vizcondesa viuda.

—Gracias, Potter. ¿Han enviado ya a Aggie Clayden de vuelta de Portman Square? Si lo ha hecho, me gustaría que subiera a mi habitación. —Ella sonrió un poco desganada—. Tiene usted razón. Estoy cansada y me gustaría cenar tranquilamente arriba.

Un lacayo llegó antes de que Potter pudiera responder a estas instrucciones.

—Tengo un mensaje para su señoría —dijo, entregándole un delgado trozo de papel blanco en una bandeja de plata.

Helen rompió la oblea que sellaba la única hoja de papel y leyó el breve mensaje.

—¿De dónde lo ha sacado? —preguntó secamente al lacayo.

El lacayo, bien entrenado por Potter, olfateó con elocuencia.

—Lo entregó un joven en la puerta trasera, milady. Podría averiguar, si lo desea, quién era esa persona.

Helen disimuló su ligero ramalazo de diversión, que por un momento casi se impuso a su

preocupación. Los instintos esnobs de los criados del vizconde nunca dejarían de divertirla.

—No se moleste. No es importante. —Se volvió para mirar al mayordomo—. Tengo que salir de nuevo, Potter, pero espero volver en breve.

—Milady —protestó Potter inseguro—. ¿No se tomará el tiempo de subir y refrescarse? Ha estado ocupada toda la tarde, y hace poco que se ha levantado de su lecho de enferma.

Helen miró fríamente al mayordomo.

—He dicho que debo marcharme inmediatamente. ¿Quizás podría alcanzarme mi bufanda y mis guantes? Creo que cada vez hace más frío fuera.

Potter y el lacayo reconocieron la inconfundible nota de autoridad tras las crujientes palabras. En un silencio desaprobador, el mayordomo entregó a su señora los guantes y la bufanda, esperando pacientemente mientras ella se recogía los cordones de su bonete. Cuando estuvo de nuevo lista para salir, la escoltó con la debida solemnidad por el vestíbulo principal.

Al abrir la pesada puerta principal, Potter hizo un último esfuerzo.

—¿Puedo llamar al carruaje, milady? O si no tiene tiempo de esperar a que se lo traigan, puedo enviar a uno de los lacayos a buscar un coche de alquiler.

—Voy a caminar, Potter.

El mayordomo la observó bajar a paso ligero los escalones de mármol de la entrada y salir a la calle. La vizcondesa se volvió ante la verja de hierro que separaba la residencia Vernon de la calle y le sonrió dulcemente. Con un suspiro interior, Potter cerró la puerta principal. Al menos aún era de día y, con un poco de suerte, volvería a casa antes del anochecer. A veces, en momentos como éste, Potter se preguntaba si se estaba haciendo demasiado viejo para la ardua tarea de controlar a la generación más joven de los Vernon. ¿Quién habría pensado jamás que la vizcondesa, una cosita tan pálida y frágil, tendría una determinación tan férrea?



Helen caminó deprisa por la acera, con los pies casi echando a correr, aunque intentó controlar un impulso tan poco propio de una dama. ¿Por qué querría Aggie reunirse con ella en la esquina de Mount Street y las viejas callejuelas que volvían a St. Peter's Lane? ¿Qué había descubierto la vieja ama de llaves que requería aquel encuentro inmediato y secreto? Aunque Helen estaba bien acostumbrada a pasear por zonas de Londres mucho menos salubres que esta elegante sección de Mount Street, seguramente Aggie debería darse cuenta mejor que nadie de por qué se sentía tan nerviosa al aventurarse a salir totalmente sin compañía. Incluso cuando ayudaba en las tareas parroquiales de su tío, ella y Cassie nunca habían salido de casa si no era en compañía de la otra o escoltadas por uno de los sólidos burgueses que trabajaban en el consejo de la Iglesia.

Estaba sin aliento por las prisas cuando llegó a la intersección de los mews y Mount Street, y se detuvo insegura sobre sus pasos. Los árboles de un jardín cercano hacían que esta esquina fuera más oscura que el resto de la calle. Con la luz mortecina, era casi imposible ver quién aguardaba en las tenues sombras.

—¿Aggie? —llamó en voz baja—. Aggie, ¿estás ahí?

—¡Por aquí! —El débil y asustado susurro parecía proceder del interior del patio de la casa de la esquina. Molesta por esta excesiva muestra de cautela, Helen se acercó a las verjas de hierro, dispuesta a reñir con el ama de llaves.

—Aggie —dijo secamente—. Sal de ahí. Ya está bien de tanto teatro. ¿Qué te ha pasado?

Incluso mientras hablaba, una mano sucia se colocó sobre su boca y otro brazo la agarró por la cintura. Forcejeando desesperadamente, fue barrida del suelo y metida bajo los pliegues ocultos de una pesada capa de lana. Un carruaje salió traqueteando de la oscuridad creciente de las callejuelas y ella fue arrastrada hacia él. Sus dedos arañaron la mano que le tapaba la boca, pero fue en vano. Desafiante, mordió la asquerosa carne con toda la fuerza que tenía, y la mano de él se apartó de un tirón. Rápidamente gritó.

—¡Ayudadme! ¡Aggie! ¡Socorro!

No pudo decir nada más, porque la asquerosa mano volvió a aprisionarle la boca, casi tapándole la nariz, y fue empujada bruscamente al interior del carruaje, cerrándose la puerta de golpe tras ella.

Se levantó de un salto inmediatamente y corrió por el suelo del carruaje que se balanceaba, tirando de la manilla de la puerta, pero sin éxito. Cansada, se hundió en un asiento de la esquina, levantando la vista para ver los fríos ojos del barón Ralston fijos fríidamente en ella.

—Mi querida Lady Vernon, me alegra mucho que haya decidido responder a la invitación de mi pequeña nota. Había estado esperando a que volviera a casa.

—Todo fue un truco. Aggie no me mandó llamar —dijo Helen con dulzura—. Me reconoció en el baile.

—Mi querida Lady Vernon, ¿podría dudarlo? Su aspecto no se olvida fácilmente, y yo ya había disfrutado del placer de su compañía durante varios días. Encontré su aspecto muy mejorado, pero no fundamentalmente alterado.

Helen no pudo ocultar el miedo en sus ojos, ni enmascarar el súbito escalofrío que sacudió su cuerpo.

—Usted fue la persona que organizó mi... que intentó que me mataran. ¿Pero por qué? Apenas conocía su existencia. No sabía que mi abuelo había muerto. No le habría reclamado

nada.

El barón rió sardónicamente.

—¿Debemos decir simplemente que encontré su existencia... innecesaria? Tenía grandes esperanzas de que la fiebre se ocupara de usted como lo hizo de su hermana, pero no fue así. Por supuesto, no tenía ninguna sospecha de su conexión con el vizconde Vernon, ningún conocimiento de su inminente matrimonio, o no habría intentado tal... burdo... método de eliminación. Por cierto, ¿cómo llegó a rastrearla hasta St. Katharine's?

Ella ignoró su pregunta. Quizá era mejor dejarle creer que su relación con el vizconde era de larga data.

—¿Qué va a hacer conmigo ahora? ¿Voy a volver al río con un peso alrededor de los pies para asegurarme de que no sobrevivo?

—Tut, tut, mi querida prima. Ese no sería un final adecuado para una nueva luz tan brillante en el horizonte social. Además, existe la mínima posibilidad de que su cuerpo sea encontrado e identificado, y eso sería un inconveniente para mí. Espero que podamos llegar a algún acuerdo cómodo, los dos solos. La llevaré a mi casa en Streatham. Está convenientemente cerca de la ciudad, y también en la ruta hacia Dover. Percibirá que es ideal para nuestro propósito.

—No sé cuál es su propósito, milord.

—Creí haberlo dejado perfectamente claro la última vez que estuvimos juntos a solas. ¡Ah! Ya estamos entrando en el pueblo. El cochero ha hecho un tiempo excelente. Es un buen tipo, aunque un poco tosco en sus costumbres. Mi casa está junto a los terrenos de Thrall Hall. Mi madre era admiradora del Dr. Johnson e intentó establecer un salón que rivalizara con el de la Sra. Thrall. Soy el afortunado heredero de su casa, pero no de sus pretensiones literarias.

El carruaje se detuvo y la puerta se abrió sin demora. El poco agraciado cochero que la había abordado en Mount Street le impedía ahora la salida del carruaje. Un impasible mozo de cuadra estaba sentado en la caja del carruaje, apuntando directamente a Helen con un trabuco.

El barón bajó al patio y ofreció cortésmente su mano a Helen. Sus modales parecían poco alterados desde la noche anterior, cuando la había conducido a la pista de baile.

—Le ruego que me permita acompañarla al interior —dijo el Barón—. Me temo que pensará que mi hospitalidad es lamentablemente deficiente, pero le aseguro que hemos hecho todo lo posible para que la casa sea cómoda para sus necesidades. Por favor, tenga cuidado al entrar en el vestíbulo. Creo que mi ama de llaves teme que no le pague si no pule los suelos hasta dejarlos en un estado asesino de limpieza encerada.

Helen entró en la casa perdida en una desconcertante sensación de irrealidad. Nada podía

ser más inocuo que las palabras y los gestos del barón y, sin embargo, se trataba de un hombre que había admitido su intento de asesinato.

El desconcertado estado de sus sentimientos no mejoró por la extraña sensación de familiaridad que asaltó sus sentidos cuando entraron en el agradable y moderno vestíbulo. El Barón no le concedió mucho tiempo para la contemplación. Su mano bajo el codo de ella la impulsó suave pero inexorablemente a lo largo del pasillo.

Finalmente se detuvo ante una elegante puerta pintada de dorado. Inclinandose cortésmente, indicó a Helen que le precediera hasta la habitación. Apenas había cruzado el umbral cuando se dio la vuelta para mirarle, con las mejillas palidecidas hasta un tono blanco mortal.

—Ésta es la habitación —susurró—. Aquí es donde me retuvo antes. Creo que puedo reconocer incluso su olor. ¿Por qué me ha traído aquí de nuevo? ¿Cómo espera mantenerme confinada, cuando le dije a mi mayordomo que regresaría en unos minutos?

El barón Ralston se encogió de hombros elocuentemente.

—He tomado la precaución de hacer llegar un mensaje a la Casa Vernon en su nombre. No creo que a nadie le sorprenda su ausencia.

—¿Qué ha escrito? —preguntó Helen con amargura—. ¿Qué mentiras ha contado sobre mí esta vez?

—Mi querida Lady Vernon, desperdiciamos momentos preciosos. Confío en que ahora verá lo acertado de firmar los papeles en breve. Y tan pronto como haya firmado, me complacerá disponer su regreso al seno de la familia Vernon. De hecho, será de mi interés que se reincorpore lo antes posible. Mi amigo el vizconde no verá con buenos ojos a una esposa que se ha alejado demasiado tiempo del nido.

—¿Y si no decido firmar ningún papel?

El barón se sentó en una silla estrecha y contempló la punta de sus dedos.

—No puedo creer que persista en semejante tontería durante mucho tiempo. Necesito una firma o una prueba de su muerte. Como no creo que sea del todo seguro organizar su muerte, debo insistir en la firma.

—¿Qué quiere que firme? Debe ser algún documento relacionado con nuestra familia. ¿Por qué estos papeles son tan importantes para usted?

—Nuestro mutuo y venerado antepasado era dado a ciertas excentricidades más allá de su adicción a la compañía del Príncipe Regente. Despidió a mi prima, su madre, sin un céntimo y se negó rotundamente a oír mencionar su nombre en su presencia. Luego murió su único hijo,

dejando esposa pero ningún hijo. El difunto barón Ralston no aprobaba que yo fuera su heredero. No podía hacer nada al respecto, por supuesto, ya que yo era el descendiente directo en línea masculina. Pero su propiedad no estaba vinculada. Podía dejarla como quisiera.

El barón rió sin gracia.

—Probablemente puede imaginarse mi reacción cuando, después de haberme esmerado en que Richard muriera en el campo de caza, descubrí que había recibido una herencia vacía. El título, Greenside Hall y la granja natal son míos. Las vastas propiedades de Ralston, que generan los ingresos que mantuvieron en el lujo a todos los barones anteriores, todo eso, mi querida lady Vernon, le pertenece a usted.

Hubo un silencio absoluto en la habitación por espacio de dos latidos, luego una carcajada escapó de los labios de Helen, aumentando rápidamente hasta alcanzar un pico histérico. Bruscamente se controló, dándole la espalda al Barón.

—Me perdonará, milord. Hay cierta ironía en sus revelaciones. Soy la heredera de la fortuna de Ralston y, sin embargo, hace un mes me dieron por muerta en el pabellón de fiebre de los indigentes. —Giró sobre sí misma para mirarle a la cara—. Debe saber que no firmaré, milord. Ni mi madre ni yo nos hemos sometido nunca bien a las amenazas.

El barón se puso en pie con pesar.

—Confío en que en breve cambie de opinión, Lady Vernon. Cuando haya tenido un par de horas para reflexionar en solitario, quizá decida que hay una diferencia entre la decisión de su madre de desafiar a un padre que no suponía una amenaza real para su felicidad, y su deseo de desafiar a un hombre que tiene el poder de la vida y la muerte sobre usted.

—Debe tomarme por una simplona, milord. Pase lo que pase, me matará. No estaré a salvo más tiempo del que tarda la tinta en secarse sobre sus preciosos papeles. Una vez que tenga mi firma, ¿por qué debería mantenerme con vida? Si me libera, puedo simplemente volver con mi marido, insistir en que los papeles fueron firmados bajo coacción, y usted se verá privado una vez más de una herencia.

—Sin duda hay algo de verdad en lo que dice, aunque creo que no ha sido prudente por su parte señalarme lo poco que tengo que perder al... deshacerme de usted. Pero ya tengo preparado un documento que le ofrece total seguridad. Está sobre aquella mesa. Puede examinarlo a su placer. Verá que contiene una confesión completa de mis actos. Debe comprender que aunque hay algunos hombres para los que la patria lo es todo, yo no soy un hombre así. Deseo disfrutar de los placeres de la vida más que de sus responsabilidades. No me importan los latifundios ni mi herencia familiar. Mi título es útil como sello de aprobación social. No es nada más para mí. Deseo simplemente tener unos ingresos lo bastante elevados como para adquirir los servicios y lujos que ansío. Cuando me ceda la herencia de Ralston, verá que este documento garantiza que permaneceré permanentemente en el extranjero. Los pagos trimestrales de la herencia se me harán sólo a condición de que no haya estado en Inglaterra durante el trimestre anterior. Como ve, si firma estos papeles, perderá algo de dinero pero ganará su vida. El vizconde no es un

hombre pobre, querida. Está en condiciones de suministrarle las baratijas que le gustaría tener. ¿Por qué arriesgar su supervivencia por una vena obstinada en su carácter que hace tiempo debería haber sido controlada? La obstinación es tan poco femenina, querida.

No se fiaba de él ni un momento, pero ahora era esencial deshacerse de él durante un tiempo para poder intentar asimilar el tesoro de nuevos hechos que le había revelado. No podía separar la verdad de la mentira mientras él la escudriñaba tan de cerca. Se pasó una mano agitada por la frente pálida, agradecida por el hecho de que su aspecto sugería una fragilidad de constitución totalmente falsa.

—No puedo pensar más —dijo con voz apagada—. Me siento tan débil, tan confusa. Por favor, déjeme sola un rato.

Él la miró con suspicacia, no siendo la clase de hombre que sucumbe al primer signo de debilidad femenina. Pero no parecía haber ninguna ventaja que ella pudiera obtener si la dejaba en un período de confinamiento solitario, así que se encogió de hombros y habló con indiferencia.

—Como desee, Lady Vernon. Sin embargo, debo tomar algunas precauciones elementales para evitar su fuga. ¿Sería tan amable de tenderme las manos?

—¿Está usted loco? —preguntó indignada, olvidando su pose de inválida. Lo recordó justo a tiempo y se llevó las yemas de los dedos a las mejillas—. Oh, debo haber entendido mal. No puede pretender atarme.

—Mi querida Lady Vernon, puede extender las manos hacia delante y se las ataré con esta cuerda. O puede resistirse a la idea, en cuyo caso mandaré llamar al cochero y entre los dos la ataremos como a un pollo relleno. Ahora, ¿Qué elige?

Mansamente, ella extendió las manos.

—Por favor, déjeme los guantes puestos, milord. Hace mucho frío aquí sin fuego, y la cuerda me roza las muñecas.

Él gruñó sin simpatía, pero no insistió en quitarle los guantes, atando el cordón alrededor de sus muñecas con feroz eficacia. Cuando hubo terminado, sus manos colgaban inútilmente frente a ella, incapaces de agarrar ni siquiera objetos de tamaño medio.

—Creo que esto debería controlar su espíritu aventurero, Lady Vernon. La puerta se cerrará con llave, por supuesto, y se echará el cerrojo desde fuera. Por favor, no estropee el exquisito trabajo de pergamino intentando abrir la puerta por la fuerza. Incluso si lo consiguiera, cosa que no creo posible, hay un sirviente apostado en el exterior de la puerta para asegurarse de que no avanza por el pasillo. Le dejaré un par de horas mientras ceno. Aproveche el tiempo para reflexionar sobre su situación. Una vez que haya firmado los papeles será un placer traerle unos refrescos. —Su mirada recorrió ligeramente la habitación—. Lamento que mi ama de llaves haya

descuidado proveer esta habitación con una garrafa de agua. Espero que no tenga mucha sed. Estoy seguro de que recuerda de su última visita que la sed es una compañera más terrible que el hambre.

No quiso dejarle ver cómo se estremecía interiormente al recordar su último encierro.

—Mi tío, el reverendo Charles Beaufort, era un hombre muy sencillo —dijo—. Creía apasionadamente que el bien triunfa sobre el mal y que al final somos recompensados por nuestros actos de bondad y castigados por nuestra crueldad deliberada. No me gustaría enfrentarme a su juicio, barón Ralston.

Se rió con facilidad.

—Es una suerte, entonces, que no comparta la filosofía de su tío. La mía es más compleja. Sin embargo, le recomiendo que no malgaste estas dos próximas horas en reflexiones filosóficas y teológicas, Lady Vernon. No destaco por mi paciencia.

La puerta pintada de dorado se cerró con firmeza tras él y una llave de hierro rechinó en la cerradura. Helen se quedó sola en la fría habitación, cuya oscuridad sólo era aliviada por la débil llama de una vela de sebo

Capítulo

15

El vizconde Vernon se esforzó por ocultar su irritación. No tenía el menor deseo de estar sentado en el rosado tocador de lady Violet. La tarde tocaba a su fin y estaba ansioso por regresar a su propia casa, dispuesto a disfrutar de una velada tranquila con Helen. Quizá si se instalaban juntos en una confortable cena familiar podrían resolver los muchos asuntos que aún pendían entre ellos. De mal humor, dio un sorbo de una copa de champán. Levantó la vista, apenas consiguiendo ocultar su disgusto, cuando Lady Violet entró en la habitación. Su exquisito cuerpo rosado y blanco estaba velado por flotantes capas de gasa de seda semitransparente. El vizconde se encontró preguntándose cínicamente si ya había pagado por esta exótica creación o si aún le esperaba ese capricho.

Impaciente, se puso en pie.

—Violet, esta noche voy justo de tiempo. Respondí rápidamente a tu nota, ya que me dijiste que necesitabas urgentemente mi consejo. ¿Podrías decirme en qué puedo ayudarte?

—Christian —hizo un bonito mohín—, te escribí por una buena razón, pero ¿no podemos tomarnos el tiempo de disfrutar unos minutos antes de que te moleste con mis problemas?

—Como ya te he dicho no dispongo de mucho tiempo. Si te encuentras temporalmente en apuros de fondos, estaré encantado de llenar el vacío hasta que Lord Ross esté libre para ocuparse de estos asuntos por ti.

—No —dijo ella bruscamente—. No quiero dinero. Necesito tu consejo sobre lo que debo hacer con unos documentos de los que me han pedido que me ocupe. —Lanzó una mirada más al vizconde y dijo, casi suplicante—: Christian, ¿no podríamos cenar juntos, como hacíamos en los viejos tiempos, antes de que te casaras?

Él no respondió a su pregunta, sino que se dio la vuelta con mal disimulada impaciencia, y ella suspiró. Caminando hacia la puerta se detuvo junto a la mesa que sostenía la botella de champán y sirvió dos copas.

—Iré a buscar los papeles a mi escritorio, Christian. Pero antes, ¿no me acompañarás al menos con una copa de champán?

Él asintió, poco dispuesto a frustrarla en esta pequeña petición, y se unió a ella en la mesa. Ella levantó su copa en un saludo silencioso, vaciando el contenido de un solo trago. El vizconde se rió.

—¡Vamos, Violet! ¡Esa no es forma de tratar el champán! Le darías más tiempo a una copa de medicina.

—Veré cómo se bebe la suya, milord. Apenas estoy de humor para sorber vino.

Cumplió dando otro sorbo, y un ceño momentáneo se arrugó en su frente. Sin embargo, no dijo nada, simplemente se acercó a la ventana y miró hacia la calle que oscurecía. Corrió las cortinas con un rápido movimiento, sumiendo la habitación en la penumbra, y luego volvió hacia Lady Violet, apurando el último trago de su champán al llegar a su lado.

—Es más acogedor con las cortinas echadas. Ahora, Violet, tengo que pedirte esos papeles. De lo contrario, me veré obligado a dejarte sin ofrecerte mi consejo. Ya ha oscurecido y voy retrasado a mi próxima cita.

Caminó apresuradamente hacia la puerta.

—No te haré esperar, Christian. ¿Por qué no te sientas junto al fuego en ese cómodo sillón? Me reuniré contigo inmediatamente.

Se paseó inquieto por la habitación una o dos veces, pero pronto se hundió en el sillón alado. El calor del fuego era agobiante en aquel lugar y sus párpados parecían hacerse pesados. Cuando lady Violet regresó a la habitación, encontró al vizconde profundamente dormido, con la cabeza echada hacia delante sobre el pecho en un desgarbado abandono.

Se acercó sigilosamente a su lado y le tocó la mano. El vizconde dormido no se movió. Más atrevida ahora, le tocó la mejilla, rozándola brevemente con los dedos. El vizconde seguía muerto para el mundo. Como precaución final, levantó un párpado y le costó contener su satisfacción cuando ni siquiera esto perturbó el sueño del vizconde. Se puso en pie, arrojando con indiferencia el montón de papeles sobre una mesa cercana, y se dio la vuelta para salir de la habitación. Su mano fue estrechada con un apretón de acero, y su cintura agarrada por el fuerte brazo del vizconde.

—Muy bien, Violet. ¿Tendrías la bondad de decirme por qué has drogado mi champán?

—¿De qué estás hablando? —Ella se retorció inútilmente en su férreo agarre—. ¡Christian! ¡Suéltame! Me haces daño en el brazo.

—Y probablemente te lo romperé si no dejas de tomarme por tonto. La copa de champán que tan solícitamente me serviste está empapando ahora tus elegantes cortinas. Estás tratando con un antiguo miembro del Club del Fuego del Infierno, querida. Desperdicié gran parte de mis energías juveniles haciendo el tonto, Violet, y necesariamente aprendí varios trucos para

ayudarme a sobrevivir. Quedé inconsciente por una fuerte dosis de láudano vertida en mi vino cuando tenía unos diecinueve años, y ese truco no me lo han vuelto a hacer con éxito desde entonces. Seguramente no podría esperar enmascarar el sabor amargo simplemente añadiendo un poco de champán y rociando tus copas con perfume. ¿Por qué es tan importante para mí estar aquí esta noche?

—No sé a qué te refieres —dijo ella enfurruñada—. Te quedaste dormido en la silla junto al fuego, y ahora deseas hacer un gran misterio de la nada. ¿Por qué iba a querer que durmieras aquí, en mi sillón?

El vizconde habló despacio.

—Parece haber pocas razones. Pero tal vez no me quieres aquí, particularmente, simplemente no desea que esté en otro lugar. ¿Por qué, Violet?

Ella se retorció entre sus brazos, con los ojos encendidos por una furia repentina.

—No hay ninguna razón. ¿Qué me importa si estás hechizado por esa flacucha esposa tuya, una mera niña que sacaste de la nada sólo para insultarme? Estaré mejor con lord Ross. Al menos él sabe cómo tratarme, aunque sea demasiado viejo para ser un gran amante. —Ella sacudió la cabeza con enfado—. Estás aquí porque el barón Ralston me pidió que te quedaras en mi casa esta noche. Pregúntale a él si quieres saber por qué era necesario. Me alegró hacerle el favor.

La soltó tan bruscamente que ella casi se cae. Recogió su abrigo, encogiéndose en sus ajustadas mangas con la facilidad de una larga costumbre.

—Adiós, Lady Violet. Por favor, no llame a nadie para que me acompañe a la salida, conozco el camino. —Hizo una pausa, todavía al borde de la ira y luego levantó los hombros con indiferencia—. Disfruta en Italia, querida. Con tu colorido, profetizo que estarás de moda al mes de tu llegada.

Ella no contestó, sino que se acercó a la chimenea tirando con rabia de la campanilla para llamar a su doncella. El vizconde cerró la puerta suavemente tras de sí y, recuperando su sombrero y su gabán de su lugar de descanso en el vestíbulo, salió rápidamente a la fresca tarde de marzo. Lady Violet pertenecía a su pasado.



—¿Qué quiere decir, con que no sabe dónde está Lady Vernon? —preguntó el vizconde irasciblemente. Intentó sin éxito controlar una creciente sensación de miedo—. ¿No dejó ella un mensaje, o indicó de alguna otra manera cuándo podría regresar?

La expresión de Potter permaneció estudiadamente inexpresiva.

—Como ya le dije a su señoría, su señoría regresó de una expedición de compras con lady

Sutton, y me indicó que cenaría en su habitación. —Tosió con delicadeza—. Supongo que su señoría se sintió algo decepcionada al ver que usted no estaba en casa, milord. Sin embargo, antes de que su señoría pudiera retirarse a su alcoba, le fue entregado un mensaje. Salió inmediatamente, milord, y dijo que probablemente no tardaría en volver. Eso fue hace dos horas.

—¿Quién envió el mensaje? ¿Qué carruaje pidió la vizcondesa?

—Su señoría rechazó un carruaje, milord. Tampoco me permitió que pidiera un carruaje de alquiler. Ella caminó, milord.

—Deja de parecer tan condenadamente desaprobador, Potter, y averigua quién envió ese mensaje. Y envía una botella de borgoña a la biblioteca.

—Sí, milord.

El vizconde paseaba inquieto arriba y abajo por la larga biblioteca, sus pensamientos corriendo en círculos cada vez más estrechos y sus sentimientos presa de una creciente convicción de que para cuando encontrara a Helen podría ser demasiado tarde. Demasiado tarde para qué, su cansado cerebro se negaba a precisar. Los sonidos de un altercado violento penetraron finalmente las barreras combinadas de los gruesos muros de piedra y sus propios pensamientos caóticos. Abrió la puerta de golpe y se encontró con un Potter desaliñado que intentaba atrancar la entrada de la biblioteca contra una Aggie Clayden que forcejeaba. Ella, a su vez, estaba utilizando obviamente todos sus recursos, físicos y vocales, para conseguir ser admitida a la presencia del vizconde. La batalla de los criados cesó al ver al vizconde, y ambos se deshicieron en explicaciones inmediatas y ligeramente incoherentes.

—¡Silencio! —rugió el vizconde exasperado—. Potter, te agradecería que averiguaras la respuesta a la pregunta que te hice antes. Aggie, ¿cuál es el problema? No puedes reñir con el mayordomo en el vestíbulo, aunque seas la favorita de la vizcondesa.

Aggie hizo una reverencia de disculpa. Ahora que tenía la atención del vizconde, parecía dispuesta a volver a sus dóciles maneras habituales. Pero el silencio deslenguado que siempre había mantenido ante el vizconde se desvaneció en cuanto el mayordomo desapareció por un recodo del pasillo.

—Milord, tengo que hablar con usted —dijo agitada, las palabras salían a trompicones en su afán por hablar—. Acabo de volver de casa de la vizcondesa viuda, y mi Jem estaba aquí, esperando para hablar conmigo. Ha estado en Greenside, y dice que allí todo es terrible. Todo el mundo sabe que el Barón está desahuciado y que no entra ni una gota de dinero en la finca. No se ha hecho una reparación ni se ha plantado una cosecha desde que murió el viejo Barón. Echaron al alguacil y el nuevo envió a toda una banda de gentuza a buscar por el campo a mi señorita Helen y a la señorita Cassie. Y ahora se ha ido. —La voz de la anciana se ahogó en sollozos estrangulados y las lágrimas silenciosas corrieron por sus mejillas.

—Cada vez que la dejo sola, algo le pasa. Le dije que debía ser el Barón lo que se la llevó la última vez, pero no me escuchó. Y en cuanto me doy la vuelta, vuelve a coger a mi Helen. —

En su angustia, Aggie alargó la mano y tiró de la manga del vizconde—. La recuperará, ¿verdad, milord? ¿No dejará que el Barón se la lleve? Si habla con Jem, él conoce todas las casas del Barón. La última vez, el Barón quería que firmara unos papeles, aunque por supuesto no sabíamos que era el Barón porque la tenía vendada. Quizá aún estemos a tiempo de recuperarla, si tiene el sentido común de no firmar nada.

El vizconde empujó suavemente a la vieja ama de llaves a una silla frente al fuego, haciéndole un gesto para que guardara silencio.

—Aggie, debes calmarte. ¿Quién es Jem y por qué estaba en Greenside? Deduzco que habla del barón Ralston, pero ¿por qué cree que se ha llevado a mi esposa? ¿Y qué quiere decir con «la última vez»? Será mejor que me lo expliques todo, Aggie, o no podré decidir si Helen está realmente en peligro.

El ama de llaves se alisó el delantal con manos temblorosas.

—Intentaré explicárselo, milord. Jem es mi hermano. Era mozo de cuadra del padre de la señorita Helen, y vino con nosotros a Londres cuando las niñas se mudaron de Hampshire con el reverendo Charles. Después de que esos villanos huyeran con 'er y después de que usted la trajera de vuelta a esta casa, la señorita Helen estuvo de acuerdo en que Jem fuera a husmear un poco en Greenside, para ver qué pasaba allí. Le dije que tenía que hacer algo después de que alguien la secuestrara y tratara de ahogarla en el río. Y me pareció correcto empezar por su propia familia.

—¿Pero qué estás diciendo? Seguro que la vizcondesa... Es decir, creía que Lady Vernon había intentado acabar con su propia vida. ¿Me estás diciendo que alguien intentó asesinarla?

Aggie sonaba impaciente.

—Por supuesto que alguien intentó matarla, aunque ella no me dejó que se lo contara. ¿Por qué iba la señorita Helen a intentar acabar con ella misma? Llena de agallas está, y toda preparada para ir de institutriz a esa escuela de Cheltenham. Le dije que ser maestra no le parecería tan especial, pero se lo había propuesto. Dijo que sería su primer contacto con la independencia. La señorita Helen siempre fue muy lista, y su antigua maestra no dejó pasar la oportunidad de volver a tomarla como maestra una vez que el reverendo Charles murió.

—No me había dado cuenta de que Helen estaba tan bien preparada para afrontar su futuro. Pero si su empleo iba a ser en Cheltenham, ¿por qué permanecía en Londres en circunstancias tan incómodas?

—La Srta. Helen no quería dejar la ciudad hasta que yo tuviera un nuevo empleo, así que estaba fuera todos los días intentando encontrar otro lugar decente donde trabajar. Pero tiene razón, era una parte terrible de la ciudad para que ella viviera, y ese coadjutor de su hermana no es más útil que un bebé... y ni la mitad de responsable. Apenas había anochecido cuando volví a la vicaría la noche en que alguien secuestró a la señorita Helen, pero no había ni rastro de ella, y el coadjutor estaba en algún lugar de la parroquia de visita. Tenía una reunión o un comité para

cada noche de la semana.

El vizconde escatimó un momento de simpatía por el pobre coadjutor, que obviamente no había estado a la altura de los altos estándares establecidos por el reverendo Charles.

—Pero, ¿por qué cree que Helen fue secuestrada? —preguntó bruscamente—. Perdóneme, pero ¿cómo puede estar segura de que no se dejó vencer por pensamientos sobre la solitaria perspectiva que le esperaba?

Aggie le miró con lástima.

—Todas las sillas estaban apartadas en el salón delantero. Sabía que nunca habría salido por la noche sin mí, no después de la muerte de la señorita Cassie, así que supe que algo iba mal. Tardé horas en poner todo en orden, aquella noche. Pero nunca supe qué le había pasado a mi Srta. Helen hasta que vino un criado y me trajo aquí. Eso fue casi una semana después de que se hubiera ido de la casa, y sin noticias de ella de nadie. Era como si la tierra se hubiera abierto y se la hubiera tragado. Ella me contó lo que le había ocurrido, milord, y por eso sé que fue secuestrada. Dos hombres vinieron y se la llevaron de la vicaría, y la mantuvieron encerrada en una habitación con los ojos tapados. Sin comida, un vaso de agua al día, por eso parecía casi muerta de hambre cuando usted la encontró. Sólo una persona se acercó a ella en todo el tiempo que estuvo encerrada, y no fue uno de los hombres que la secuestraron. Fue un caballero que no dejaba de insistirle para que firmara unos papeles. Ella nunca los firmaría, por supuesto. Sabía que era un caballero por su forma de hablar, pero nunca le vio la cara a causa de la venda.

—Es una historia espantosa, Aggie —dijo lentamente el vizconde—. ¿Tienes alguna idea de lo que este caballero deseaba que su señora firmara? ¿Y por qué crees que cambió de opinión y la hizo arrojar al río?

Aggie resopló desdeñosamente.

—Él sabía que los Beaufort eran de la alta burguesía, milord, aunque no fueran lo bastante ricos para satisfacer al viejo barón Ralston. Supongo que sólo esperó a asegurarse de que ninguno de sus parientes Beaufort armaba jaleo por su desaparición, y luego no se molestó más en firmar papeles. Simplemente la arrojó al agua. Él no debía saber que ella sabía nadar. Después de todo, no hay muchas chicas jóvenes que sepan. Algo desagradable y pagano, si me lo pregunta. Pero la Srta. Helen aprendió cuando su madre fue a la costa en Brighton. Nunca pensé que estaría agradecida a ese médico novato que recomendó el baño de mar para la tisis de su madre. Pero salvó la vida de la señorita Helen, y eso es un hecho.

—¿Pero por qué no me explicó todo esto? Podríamos haber llevado a cabo una investigación adecuada. Entonces los responsables podrían haber sido llevados ante los tribunales.

Aggie miró al vizconde con astucia.

—Ella tenía dos ideas sobre usted, milord. Ella quería creerle, pero por lo que ella sabía, ¡usted podría haber sido el asesino!

—¡Pero eso es bastante ridículo! —exclamó el vizconde con impaciencia—. ¿Cómo pudo ella haber considerado semejante idea?

Aggie se encogió de hombros.

—No es tan estúpida, milord. ¿Por qué si no andaba vagando por el pabellón de la fiebre de un hospicio, a no ser que fuera para encontrar a alguien especial... y por una razón que no podía transmitir al mundo? Los vizcondes no van a casarse con mujeres de la casa de los pobres, eso lo sabe cualquiera.

El vizconde se pasó los dedos impacientes por el pelo, y luego habló sombríamente.

—Mi deseo egoísta de no quedar mal parece haber tenido consecuencias desastrosas. Fui al hospicio simplemente porque estaba cerca y quería encontrar a una mujer moribunda. Fue pura casualidad que seleccionara a Helen para mi esposa. Cualquier otra mujer cercana a la muerte lo habría hecho igual de bien.

Mientras hablaba, se preguntaba si las palabras eran totalmente ciertas. Incluso en el oscuro rincón del pabellón de fiebre, la belleza etérea de Helen le había atraído como un imán. Decidido, hizo a un lado tales especulaciones. No había tiempo para contemplar los caprichos del destino mientras Helen siguiera perdida. Un pánico repentino se apoderó de él, un miedo desgarrador al enfrentarse a la perspectiva de una vida vacía de repente sin la tentadora mirada de la sonrisa de Helen, el sonido de su suave voz o el tacto de su esbelto cuerpo apretado contra el suyo. Con un gesto brusco de la mano, cortó sus pensamientos y desechó las objeciones que se formaban en los labios de Aggie.

—No. No hay tiempo para más explicaciones. Debes confiar en mí.

—Confío en usted, milord, aunque no sé muy bien por qué. Jem nos ayudará a localizarla. Pero necesitamos caballos, rápidos, milord, y el dinero para contratar otros nuevos cuando los primeros se cansen.

El vizconde tiró de la cuerda de la campana.

—Trae a Jem —dijo secamente a Aggie mientras esperaba a que un lacayo respondiera a la llamada—. Yo conduciré mi curricán de carreras. Él tendrá que montar.

—Está esperando en los establos, milord. Le llevaré a la parte delantera de la casa. Sabe de caballos y es fuerte, milord. Y cree saber dónde habrá llevado el barón a su señoría.

Fue el propio Potter quien respondió a la llamada del vizconde, mirando a Aggie con majestuosa antipatía mientras se escabullía apresuradamente de la presencia del vizconde.

—Necesito mi chaquetón, Potter —dijo el vizconde—. No vaya usted mismo, envíe a uno de los lacayos a buscarlo. Quiero saber qué ha descubierto sobre la carta que fue entregada a la vizcondesa.

—Fue llevada a la puerta trasera por uno de los barrenderos del cruce de la esquina, milord. Envié a uno de los lacayos a buscar al muchacho, y está esperando en la cocina por si desea hablar con él. —El mayordomo vaciló, antes de añadir con cuidado—: El muchacho es un tipo muy ignorante, milord. Podría hablar con él yo mismo y luego enviarle a sus asuntos si prefiere no hablar con él.

—Tráiganlo aquí —dijo el vizconde con decisión—. Y dales prisa con mi curricán, por favor, Potter.

El cruzado se arrastró cautelosamente hacia la biblioteca detrás de un lacayo arrogante. Un cuerpo sucio y desnutrido de unos diez años se presentó ante él. Sus ojos azules, que brillaban descaradamente en la desaliñada palidez de su rostro, miraron al vizconde con considerable satisfacción.

—Bonito lugar el que tiene aquí, señor —comentó alegremente—. Nunca he visto nada igual, en todos mis días de nacido.

—Me complace que cuente con su aprobación —dijo secamente el vizconde. Miró el rostro delgado y los ojos inteligentes, luego se apartó bruscamente—. ¿Le dieron algo de comer en las cocinas?

—Pastel de anguila y un plato de menudillos fríos —dijo el barrendero con evidente satisfacción—. Y una de las mujeres me dijo que podía tomar un tazón de caldo de cordero si le contestaba como es debido.

—Desde luego que puedes. Pero no creas que debas inventar respuestas a mis preguntas sólo para conseguir el caldo. Estoy intentando encontrar a alguien que está perdido y puede que tú puedas ayudarme si respondes con sinceridad. Si no puedes responder a mis preguntas, sólo tienes que decirlo. Te prometo que seguirás teniendo tu sopa. —Miró escrutadoramente al muchacho—. ¿Quién te dio la carta que entregó aquí esta tarde?

—Fue un tipo corriente, no un verdadero caballero, pero vestido de forma arreglada. Vi un carruaje esperando en la esquina de las callejuelas, y pensé que tal vez era el cochero, salvo que no llevaba librea. Este tipo me dio una nota para llevar a esta casa. Dijo que era una carta de amor para una de las sirvientas. Le di el pedazo de papel a uno de los chicos en su cocina, y vi a una mujer salir de la casa no quince minutos más tarde, así que pensé que todo estaba bien. Nunca vi con quién se encontraba, porque el carruaje ya había torcido la esquina. Pero lo oí alejarse, así que supuse que debía de haberse encontrado con su amante. Estaba muy guapa, vestida como una auténtica dama con un elegante abrigo y un manguito de piel. —Miró ansiosamente al vizconde—. Cuatro peniques es mucho dinero para mí, pero no habría entregado la nota si hubiera sabido que lo estaba haciendo mal.

—No hay razón para que te sientas culpable. Si no recuerdas nada más sobre el hombre que le entregó la carta, llamaré a un lacayo para que te indique el camino de vuelta a la cocina, para que puedas tomar tu caldo. ¿No observaste por casualidad en qué dirección se marchó el carruaje?

—Bueno, no volvió por delante de mí, jefe. Así que debió ir hacia el sur o el oeste. Y ahora que lo pienso, las ruedas hacían tanto ruido que debió de marcharse a toda velocidad.

—Gracias. ¿Cómo se llamas?

—Daniel, señor.

—Bueno, Daniel, tu información ha sido muy útil. Aquí está el lacayo que viene a llevarte de vuelta a la cocina, y espero que me traiga noticias de que mi curricán está listo.

El lacayo parecía reacio a hablar en presencia de un golfillo de tan mala reputación, pero condescendió a inclinar la cabeza en señal de reconocimiento a la pregunta del vizconde.

—Su carruaje está en la puerta, milord. El mozo de cuadra está paseando a los caballos para que no cojan frío.

El vizconde entró rápidamente en el vestíbulo, cogiendo una fusta y unos guantes.

—Daniel me ha sido de gran ayuda. Asegúrate de que le den la sopa que le prometieron y un chelín para compensar el tiempo que perdió en el trabajo.

El lacayo miró a Daniel con desagrado.

—Sí, milord, me ocuparé de ello.

Pero habló al aire vacío, pues el vizconde, metiendo los brazos en su gabán, ya corría escaleras abajo y salía hacia el coche de caballos que le esperaba. Sólo se detuvo cuando Aggie llegó resoplando desde la parte trasera de la casa.

—¡Milord! —gritó—. Uno de los chicos de la cocina ha encontrado esta nota metida bajo la puerta trasera. Está dirigida a usted, milord. Quizá sea de la señorita Helen.

El vizconde cogió la nota con manos ansiosas, rasgó el fino sello de cera y escudriñó las palabras escritas con minuciosidad. Las líneas de su rostro se endurecieron en una expresión de disgusto y volvió a arrojar las riendas para que Jem las guardara.

—Puedes guardar los caballos —dijo secamente—. No los necesitaré después de todo.

—¿Qué... ¿qué pasa, milord? —preguntó Aggie tímidamente. El ceño prohibitivo en la frente del vizconde no invitaba a hacer preguntas. Miró brevemente a la vieja sirvienta, antes de lanzarle la carta.

—Puedes leerla —dijo—. Parece que ninguno de los dos gozaba plenamente de la confianza de mi esposa.

Aggie leyó la carta con dolorosa concentración, corriendo tras el vizconde para agarrarse a las amplias capas de su abrigo.

—¡No, milord! No vuelva a entrar. ¡No debe creerlo! Es obra de un villano. La señorita Helen nunca ha tenido ni siquiera un amigo que yo no conociera, y mucho menos un amante. No se ha escapado con nadie, milord. Debe creerme. —Ella se retorció las manos en un gesto desesperado de súplica—. Es un truco, milord, para asegurarse de que no la persigue hasta que ese malvado haya conseguido lo que quiere de ella. Nunca crea que ella traicionaría su confianza, milord. Está loca por usted, se come el corazón por su atención, y eso es un hecho.

El vizconde aminoró la marcha hasta detenerse inseguro.

—Pero incluso el barrendero pensó que estaba entregando una carta de amor. Y dijo que ella acudió de muy buena gana a la cita. Si nos conociéramos mejor. —La exclamación fue hecha casi para sí mismo. De mala gana, se dio la vuelta y volvió a llamar a Jem que se marchaba.

—Muy bien, Aggie. Te tomo la palabra de que la carta es una falsificación. Si el Barón tiene tan pocos escrúpulos como tú crees, supongo que una carta falsificada ocuparía un lugar bajo en su lista de iniquidades. —Se incorporó de un salto en el asiento del conductor y aceptó las riendas de un mozo de cuadra—. ¿Adónde vamos, Jem? Tu hermana cree que puedes ayudarme a localizar a mi esposa.

—Sí. —La voz de Jem aún conservaba el suave rebuzno de la campiña de Hampshire—. Ya he comprobado la casa del barón, milord, y no está allí. El único otro lugar que tiene cerca de la ciudad es una pequeña propiedad en Streatham. La heredó de su madre y la mantiene como refugio campestre cuando quiere alejarse unos días de la ciudad. Sé exactamente dónde está y creo que sería perfecta para mantener a alguien prisionero. Está a sólo ocho millas de la ciudad.

—Entonces probaremos primero en la casa de Streatham. Afortunadamente, es un buen camino y una buena noche. Puede que lleguemos en una hora.

Aggie se agachó contra la barandilla y observó cómo el curricán se alejaba a toda velocidad. Ahora no había nada que hacer excepto esperar. Suspiró. Parecía haber estado esperando mucho estas últimas semanas.

Capítulo

16

El barón Ralston de Greenside recibió al vizconde en su pequeño salón con toda apariencia de deleite.

—¡Mi querido lord Vernon, éste es un placer inesperado! Si no ha cenado, ¿puedo ofrecerle algún refresco? Siempre traigo conmigo a mi cocinero de la ciudad, así que no debe temer que le someta a un horror gastronómico.

—No, gracias. No he venido aquí en visita social.

—Pero mi querido amigo. No creo que haya conducido desde la ciudad simplemente para entablar un intercambio de galanterías sociales. Pero seguramente sus asuntos, sean los que sean, pueden discutirse mejor con una copa de vino y unos platos selectos de comida.

—Creo que no, Ralston. He venido por mi esposa.

—¡Ah, sí! La encantadora Vizcondesa. Pero por favor, debo insistir en que se siente. —El Barón se dispuso en una silla elaboradamente bordada, y pareció perderse en la contemplación de un retrato de Fragonard que colgaba sobre la repisa de la chimenea—. Una obra exquisita, ¿verdad? Me recuerda un poco a su querida vizcondesa nuestra... er... nuestra mutua pariente.

—Así que lo sabe —dijo el vizconde, sin volverse a mirar el cuadro.

—¿Cómo podría dudarlo, mi querido amigo? Imagino que el asombroso parecido de la vizcondesa con su difunta madre acabará por remover bastantes recuerdos entre nuestros conocidos de la tonelada. Pero estoy bastante preparado para reconocer la relación mucho antes de que las lenguas empiecen a agitarse. Realmente no había necesidad de que usted viniera corriendo fuera de la ciudad sólo para tranquilizarse sobre un punto tan menor. Imagino que fue por eso por lo que decidió perseguirme hasta esta casa de campo?

—Streatham está a menos de ocho millas de Mount Street, Ralston. Eso difícilmente constituye un viaje desde Land's End, ¿sabe? Sin embargo, no he venido a discutir la conexión de mi esposa con su familia. He venido a pedirle su ayuda para averiguar dónde está.

La expresión del barón se endureció de inmediato, pero su voz siguió siendo bromista.

—Mi imaginación tiembla con preguntas sobre cómo llegó a perderla, milord. Pero le aseguro que soy la última persona que tiene un conocimiento especial de su paradero. Como debe saber, el contacto entre su esposa y mi familia ha sido inexistente. Hasta el baile ofrecido por su madre, la vizcondesa viuda, ni siquiera había tenido el placer de conocer a mi prima.

El vizconde se puso en pie y paseó inquieto por la habitación.

—Podemos cercarnos, Ralston, toda la noche y al final me veré obligado a salir y decir lo que pienso. Creo que mi esposa ha sido secuestrada y que usted la retiene aquí contra su voluntad, como ya hizo una vez.

El barón parecía claramente molesto.

—Milord, haré todas las concesiones posibles para alguien que debe estar sufriendo bajo una considerable angustia mental. Sin embargo, usted sabe que no puedo permitir que haga tales acusaciones y las deje pasar sin refutarlas. Le pido que acepte mi simpatía en su desagradable tarea, pero también debo pedirle que se marche. Comprendo la urgencia de su misión y por qué siente que no tiene tiempo para entretenerse tomando un refrigerio.

El vizconde rió suavemente.

—Un intento digno, Ralston, pero me temo que esas bravatas no bastarán. Voy a registrar esta casa en busca de mi esposa, y si no puedo hacerlo con su permiso, lo haré sin él.

—Es usted muy atrevido, milord. Me asombra que corra tales riesgos con un auténtico villano como yo. ¿No teme que llame a mis criados y acaben con usted aquí mismo, en medio de la alfombra del salón?

—No —dijo el vizconde en voz baja, ignorando por completo el pesado sarcasmo de las preguntas del barón—. Hay dos muy buenas razones por las que se me permitirá salir ileso de esta casa. La primera razón es que mi mozo de cuadra permanece fuera oculto a sus sirvientes y fuertemente armado, por supuesto. Sabe exactamente por qué estoy aquí, y si no regreso en los próximos quince minutos más o menos, cabalgará de vuelta a la posada del Sol de Oro, donde tengo a varios jornaleros locales esperando para venir a buscarme. En segundo lugar, sean cuales sean sus planes, no han tenido éxito. Pero si conserva alguna esperanza de salir vivo de este escándalo y con la suficiente reputación como para que su existencia en el mundo civilizado sea tolerable, entonces necesita mi buena voluntad para acallar el asunto. ¿Está dispuesto a llevarme ahora con mi esposa, barón Ralston?

El barón caminó lentamente hacia una consola situada a un lado de la habitación.

—No parece dejarme muchas opciones —dijo.

—Incluso menos de lo que imagina —dijo lentamente el vizconde—. Yo que usted no intentaría abrir ese cajón del escritorio, porque si se da la vuelta verá que tengo una pistola en la mano y que apunta en su dirección. —Sonrió disculpándose—. Tiene un gatillo suave, ya sabe, y

no me gustaría que me temblara la mano.

El barón se encogió de hombros.

—Puede ir donde le plazca, milord. Imagino que no necesita mi escolta.

—Creo, en general, que me sentiría más seguro teniéndole delante de mí en lugar de a mi espalda. ¿Quizás podría recoger una vela extra por si los criados aún no han encendido las lámparas de las habitaciones de arriba?

El barón cogió un pequeño candelabro y salió del salón en sombrío silencio. El vizconde caminaba con paso firme tras él, abriendo de par en par las puertas de las habitaciones vacías y gritando el nombre de Helen. No se permitía pensar en las consecuencias si no encontraba a Helen, ni en cómo se disculparía ante el Barón si sus sospechas resultaban infundadas. El Barón caminó en dirección a la puerta de servicio de batista verde y rápidamente el Vizconde le llamó de vuelta.

—Creo que comprobaremos los dormitorios antes de aventurarnos en sus cocinas —dijo—. Tal vez sea tan amable de indicarme el camino.

El vizconde percibió el momento de vacilación en los modales del barón y sintió un destello de triunfo al ver que por fin se había traspasado la fachada de tranquila condescendencia. No cabía duda de que los pasos del barón Ralston se ralentizaron

involuntariamente a medida que se acercaban al piso superior de la casa. El pasillo de arriba estaba brillantemente iluminado, pero la mayoría de las habitaciones yacían en la sombra. El vizconde fue de una alcoba a otra, pronunciando el nombre de Helen y escuchando cualquier sonido, por leve que fuera, que indicara su presencia en las oscuras habitaciones. La mayoría de las puertas no estaban cerradas, pero finalmente llegaron a un rincón en penumbra donde encontraron a un fornido criado de pie apoyado contra los dinteles de una elegante puerta azul empolvado.

El criado se enderezó al acercarse su amo, pero las palabras que hubiera querido pronunciar se desvanecieron en el silencio cuando un destello de la luz de las velas cayó sobre la empuñadura nacarada de la pistola del vizconde. El vizconde hizo un gesto al sirviente.

—Colóquese junto a su señor. Y mantenga las manos delante. —Alargó la mano hacia el pomo de la puerta mientras el criado se acercaba al lado del barón, retorciéndolo con creciente furia al ver que no cedía bajo la presión de sus manos.

—¡Helen! —gritó—. Aléjate de la puerta. Estaré contigo en un momento. —No se oyó ningún sonido del interior, pero estaba seguro de haber alcanzado su objetivo, y se hirvió en silencio al pensar en Helen atada y amordazada, incapaz de responderle.

—Puede abrir esta puerta —le dijo al barón—, o la echaré abajo a patadas. Y si eso resulta

demasiado difícil de hacer, recuerde que en breve llegarán varios robustos peones para ayudarme en mi tarea.

—No tengo la llave —siseó el Barón—. Esta habitación nunca ha sido utilizada desde que murió mi madre. Puede intentar echarla abajo si lo desea.

—Me estoy enfadando —dijo el Vizconde conversando—. Y cuando estoy enfadado, mi mano tiembla incontrolablemente. Sería angustioso si ocurriera aquí un trágico accidente antes de que alguien me entregara la llave.

El criado miró nervioso al Barón antes de meter la mano vacilante en el bolsillo de su jerkin^[5].

—Esta es la llave —dijo bruscamente—. No hay nada por lo que merezca la pena morir.

Con dedos ligeramente temblorosos, el vizconde encajó la llave en la cerradura. Recordando el aspecto que había tenido Helen cuando la encontró en el hospicio, temió la visión de su pálido rostro reducido una vez más al más abyecto terror. Con rabia, ordenó al barón que se apartara y abrió la puerta de un empujón con el tacón de su bota. Su vela iluminó la desnuda habitación, parpadeando sobre la funda intacta de la cama y el azul pálido de la alfombra. Un leve olor a quemado flotaba en el aire, y unas pocas cenizas se agitaban con la corriente de aire procedente de la puerta recién abierta.

Con una exclamación de incredulidad, el vizconde apartó las cortinas de la cama y luego tiró de las cortinas que cubrían la ventana, esperando ver la forma acurrucada de Helen detrás de cada pliegue de tela.

—¡Helen! —gritó, la rabia y el espanto hacían su voz casi irreconocible. Pero ningún murmullo de respuesta llegó de la habitación vacía. En silencio, reconoció la verdad. Helen no estaba aquí, y él no creía que estuviera en ningún lugar de la casa. Perdido en una confusión de sentimientos desdichados, no observó las miradas atónitas que intercambiaron el barón y su criado. Desganado, el vizconde agitó su arma para indicarles que le precedieran fuera de la habitación.

—Quedaos aquí abajo mientras busco en los desvanes —dijo salvajemente. No encontraría a Helen allí arriba, y lo sabía, pero alguna vena de determinación le obligaba a llevar la búsqueda hasta su conclusión lógica. El contenido de la nota que le había traído Aggie justo antes de marcharse, volvió ahora a inundar su mente de repulsión. Echó un vistazo con desganado desinterés por las habitaciones de los sirvientes y los almacenes de los desvanes, y luego se reincorporó a la espera del Barón lleno de una corroyente sensación de desilusión. Las alternancias de esperanzas y temores de la velada le habían agotado la capacidad de pensamiento constructivo, y ahora sólo podía sentir pena por el breve atisbo de alguna emoción, dudaba en llamarlo amor, que había compartido con Helen. Incluso la incomodidad de su posición frente al Barón no consiguió excitar ninguna emoción muy fuerte. Sólo podía pensar en Helen, presumiblemente ahora deleitándose en los brazos de su desconocido amante mientras su

carruaje les llevaba a toda prisa a un destino secreto.

Un conveniente entumecimiento le protegió de las sensaciones más agudas de vergüenza cuando volvió a enfrentarse al Barón. Ofreció sus disculpas por la intrusión en la casa del Barón con formal dignidad, esperando, casi deseando, que el Barón le exigiera una satisfacción por los insultos que le había proferido. Pero incluso este alivio le fue negado. El barón Ralston aceptó sus rebuscadas palabras de disculpa con anodina condescendencia.

—Mi querido Vernon, lo comprendo perfectamente. O al menos, si no lo comprendo, puedo simpatizar con su infeliz situación actual. Lady Vernon es mi pariente, aunque aún no se reconozca como tal. Permítame asegurarle, mi querido amigo, que haré todo lo posible por ayudarle a acallar cualquier escándalo que pueda resultar de la inexplicable ausencia de Lady Vernon. —Sin más acompañó cortésmente al vizconde hasta la puerta principal—. Por favor, no permita que le entretenga. Sé que debe estar ansioso por dirigir su búsqueda en otra dirección. ¿Tal vez a la casa de algún hombre más joven?

El vizconde apretó los dientes ante el insulto tácito y volvió a subirse a su curricán de carreras en un sombrío silencio.

—Perdone la intromisión —volvió a decir bruscamente, y luego puso en movimiento a sus caballos con un feroz movimiento del látigo que desentonaba por completo con su habitual calma y experto manejo. Jem se aferró a su percha con silenciosa desesperación, contento de que la fría noche hubiera dejado el camino casi desierto. No le apetecería atravesar la calle principal del pueblo con el vizconde en aquel estado de ánimo tan temerario.

Las palabras de la nota de Helen, ya no cabía ninguna duda de que ella era su autora, retumbaban en la mente del vizconde al horrible ritmo del golpeteo de los cascos de los caballos.

—No intente encontrarme —había escrito ella—, porque pensamos partir hacia el Continente en el primer paquete disponible.

Brevemente, se permitió meditar sobre la falsedad de la naturaleza femenina, maravillándose de la innata capacidad femenina para representar un papel. Violet, que por fin se revelaba ante él en toda la mezquindad de su naturaleza mercenaria, era el alma de la honestidad si la comparaba con la falsa imagen de inocencia despierta que tan arteramente proyectaba Helen. Sin quererlo, sus pensamientos volaron de vuelta a una noche que habían pasado juntos, reviviendo las horas de apasionado hacer el amor. Era difícil no reírse a carcajadas de lo profundo de su autoengaño. Aunque había imaginado que estaba iniciando a Helen en las delicias de la pasión física, en realidad él mismo había sido sometido a un experto engaño a manos de una mujer ya experimentada en las múltiples formas de complacer a un hombre. Deliberadamente se torturó mientras los caballos galopaban temerariamente por la noche. Sus manos apretaron con fuerza las riendas, tirándolas hacia atrás con un movimiento brusco, haciendo que los caballos se encabritaran mientras los bocados rasgaban la suavidad de sus bocas.

Cansado, el vizconde dejó aflojar las riendas, esforzándose por volver a controlar a los

briosos caballos. Se alegró del pequeño forcejeo con los animales, casi se alegró de oír la respiración entrecortada y asustada del silencioso Jem, encaramada a lomos del curricán. La necesidad de acción física liberó a su cerebro de su enfermiza lucha por reconciliar sus recuerdos de Helen con la dura realidad que ahora parecía tomar forma a su alrededor. Con rabia, concentró sus pensamientos en la carretera que tenía por delante. No debía haber más pinchazos en la boca de los caballos.

No hubo forma de disimular el suspiro de alivio de Jem cuando el carruaje se detuvo ante la casa de Mount Street. Dividido entre la admiración por la increíble habilidad con que el vizconde había manejado las riendas durante la última parte del viaje y el terror abyecto por la velocidad con que se habían precipitado a través de la noche, Jem estaba ansioso por llevar los caballos a los establos y recuperar los nervios antes de enfrentarse a su hermana con la noticia de que no habían encontrado a la señorita Helen. Jem, por supuesto, no tenía ni idea de lo que el vizconde había averiguado en casa del barón Ralston. Pero fuera lo que fuese, no hacía falta ser un genio para darse cuenta de que la información había estado lejos de ser del agrado del vizconde.

Con la facilidad de una larga práctica, Potter atrapó los guantes y la fusta que le lanzaron cuando entró el vizconde. Observó el furioso avance del vizconde hacia la biblioteca con secreta consternación. Una cosa era que su señor anduviera furioso y otra muy distinta que mostrara una desesperación tan cerrada y áspera. Potter se apresuró a entrar en las cocinas y regresó con una jarra del mejor brandy y un vaso grande. Se lo llevó directamente al vizconde, que se sirvió una generosa medida. Levantó la vista y vio que el mayordomo le observaba con preocupada desaprobación, y una pequeña sonrisa torció sus labios.

—Será mejor que salgas de aquí, Potter, y le digas a ese maldito ayuda de cámara mío que se vaya a la cama. Tengo toda la intención de quedarme aquí hasta que esté demasiado borracho para moverme. Puedes venir y meterme en la cama mañana por la mañana. Ahora vete y no vuelvas a entrar.

—Sí, milord.

Potter cerró la puerta en silencio tras de sí, con el ceño fruncido por la aprensión. Incluso cuando el viejo vizconde había muerto y se habían dado a conocer los términos de su testamento, el nuevo vizconde no se había mostrado tan angustiado. Divisó a Aggie Clayden, de pie e insegura en un rincón del vestíbulo, y en su ansiedad, venció su natural reticencia a confiar en una extraña.

—Está muy alterado —dijo Potter en voz baja—. No me dijo ni una palabra, excepto que debía salir y no volver a entrar. ¿Qué crees que ha pasado?

Aggie sacudió la cabeza con desesperación.

—Jem dice que salió de la casa del barón como un loco. Pero no había señales de la señorita Helen. ¡Oh! ¿Por qué no va a buscarla a otro sitio? —Lentas lágrimas rodaron por las arrugadas mejillas de Aggie—. Algún rufián se la ha llevado, y el vizconde no va a hacer nada

para encontrarla. ¡Qué no daría yo por saber qué dijo ese barón Ralston para despistarle!

Unos débiles golpes en la puerta interrumpieron la agitada conferencia de los criados.

—¿Ahora quién puede estar llamando a estas horas de la noche? —murmuró Potter mientras se apresuraba a abrir la puerta—. Será mejor que volvamos a las cocinas —le dijo a Aggie—. No querrás que la gente se pregunte por qué estás aquí en el vestíbulo.

Potter abrió la puerta, con sus modales de lo más magistrales. Al ver a la visitante, sin embargo, se quedó con la boca abierta en indigno asombro.

—¡Milady! —exclamó, y luego, al darse cuenta de la magnitud de su desaliñado estado, volvió a exclamar—: ¡Oh, milady! ¿Qué le ha ocurrido?

Helen caminó lentamente hacia el vestíbulo, intentando recoger sus ropas desgarradas y sucias a su alrededor. Algunos trozos de hierba se aferraban al dobladillo de su vestido, y sus ojos estaban amoratados por la fatiga.

—El vizconde —dijo inestablemente—. ¿Dónde está? Debo hablar con él.

Aggie corrió hacia delante desde la esquina del vestíbulo, y apoyó un brazo propietario alrededor de su ama.

—Primero se va a la cama, milady, y luego puede hablar.

—No —dijo Helen, obstinadamente, aunque se balanceaba al tratar de mantenerse de pie sola—. Debo ver al Vizconde. Es hora de que le diga la verdad. Fui una ciega una estúpida al no darme cuenta de que fue el barón Ralston quien me secuestró antes.

Potter hizo un gesto de advertencia a Aggie a espaldas de Helen, y ésta se sumió en un silencio incierto.

—El vizconde está en la biblioteca, milady —dijo formalmente el mayordomo—. Si le apetece acompañarle allí, le traeré algún refrigerio. ¿Un poco de té, quizás, y un poco de pan con mantequilla?

—Gracias. —Helen le sonrió agradecida—. Sube, Aggie, hablaremos más tarde.

Potter golpeó suavemente la puerta de la biblioteca. No había pasado más de media hora desde que dejó al vizconde a solas con el brandy, pero al ritmo que su amo había empezado a consumir los licores, no era difícil adivinar qué clase de escena podría encontrarse ante los ojos de la vizcondesa.

No hubo respuesta desde el interior de la biblioteca, y con cautela empujó la puerta. El vizconde estaba despatarrado en el viejo sillón al lado de la chimenea. Su corbata le colgaba floja

del cuello y la jarra de brandy, antaño llena, estaba casi vacía. Tenía las manos ahuecadas alrededor del cuenco de la copa de brandy y miraba melancólicamente hacia las profundidades del fuego.

Oyó el chirrido de la puerta al abrirse, y habló sin levantar la vista de su contemplación de las parpadeantes lenguas de fuego.

—¡Fuera! —dijo brevemente, sin inflexión. Potter entró vacilante en la habitación, inseguro de cómo debía atraer la atención de su amo.

—He dicho que salgas y te quedes fuera.

Helen avanzó hacia la luz de las velas, y Potter desapareció con tacto de la habitación.

—Christian —dijo ella en voz baja.

—¡Helen! —El vizconde se puso en pie de un salto y cruzó la habitación a su lado—. ¡Helen! —dijo de nuevo, mientras la aplastaba contra su cuerpo, envolviéndola en sus brazos como si no pudiera creer del todo la realidad de su presencia.

Ella se balanceó contra él, el cansancio y el hambre olvidados mientras recibía sus besos con apasionado abandono. Sus labios temblaron suavemente contra su rostro y sus largas pestañas se cerraron en un oscuro barrido sobre sus mejillas.

De repente la apartó de él, pasándose las manos por el pelo y cruzando la habitación como si quisiera poner entre ellos el mayor espacio físico posible.

—¿Por qué has vuelto? —preguntó cínicamente, aunque su voz aún no era del todo firme—. ¿Te ha abandonado ya tu amante? —Cruelmente, sus ojos recorrieron su forma desaliñada—. No parece que hayas jugado tus cartas con mucha inteligencia, querida. Parece como si hubieras tenido un... arduo... ¡viaje de vuelta a casa!

—Christian —dijo ella, con voz descolorida por la fatiga—, estoy demasiado cansada para desentrañar tus misterios ahora. ¿No deseas oír lo que me ha sucedido? Pensaba que... —Su voz se quebró en un pequeño sollozo ahogado—: Por un momento, pensé que estabas tan contento de verme de vuelta como yo de estar aquí.

—Muy conmovedor, señora. Pero ni siquiera sus habilidades como actriz, por grandes que sean, pueden persuadirme de que olvide las descripciones gráficas contenidas en su carta de despedida. No puede escribir por la tarde que va a reunirse con su amante, y luego esperar que su marido la reciba con sonrisas corteses y cálidos abrazos cuando regrese por la noche.

—Ya veo. El Barón ha sido incluso más listo de lo que me temía —dijo Helen en voz baja—. Sería inútil protestar que no tengo conocimiento de la carta de la que hablas, supongo.

El vizconde se ahorró la necesidad de contestar por la entrada de Potter, portando una gran bandeja de plata, ampliamente extendida con un servicio de té, tazas y dos tentadores platos de pan fino y pequeños pasteles. Colocó la bandeja sobre una mesa baja y sonrió a Helen con cálida aprobación.

—Debe sentarse, milady. Si me permite la licencia, debo decir que parece usted bastante agotada. El té la refrescará, milady. Y la Sra. Clayden la espera arriba, cuando desee retirarse. — Volvió a sonreírle, resistiendo el impulso de colocar un brazo tranquilizador alrededor de sus frágiles hombros, y una vez más se retiró discretamente de la habitación.

El vizconde rió con dureza, incitándose a atacar y a cubrir la lástima que sentía brotar en su interior.

—Me sorprende que hayas tenido tan poco éxito con tu amante. Si puedes incluso envolver a Potter alrededor de tu pulgar, habría pensado que ningún hombre ordinario podría fracasar en ser esclavizado por ti.

—No había ningún amante —dijo Helen con desgana—. Quizá te interese escuchar mi historia, aunque estés decidido a no creerme.

Extendió una mano para coger la taza de té, pero esta se agitó de forma errática, derramando el té por el lateral de su vestido y sobre la valiosa alfombra de Aubusson.

—Perdóneme, milord —susurró débilmente, y se acurrucó inconsciente en el brazo de la silla.

Con unos pasos rápidos, el vizconde estaba a su lado, apoyando su cabeza contra sus brazos y murmurándole palabras de cariño en el pelo.

—Helen, lo siento. No era mi intención. ¿No ves que estoy medio loco de celos? Me he preocupado tanto por dónde podrías estar. —Le apartó el pelo de los ojos, observando la desesperada palidez de su rostro, y le alcanzó las muñecas, ansioso por hacer que sus frías manos recuperaran alguna apariencia de calor y vida.

Al tocarle las muñecas, sintió una pegajosidad bajo los suaves volantes de las mangas y, dominado por un miedo repentino, apartó la fina tela del vestido. El destello crudo y quemado de las manos de su esposa yacía expuesto a su mirada, los restos de cordón aún atados y anudados alrededor de sus muñecas. Con horror silencioso corrió hacia la puerta, llamando a Potter mientras avanzaba.

—¡Oh, Dios mío! —Por una vez, la habitual dignidad de Potter le abandonó por completo al ver el estado de las manos de Helen, y luchó visiblemente por recuperar la compostura mientras el vizconde ladraba sus órdenes.

—¡Que venga enseguida Clayden! Y procure que venga con agua y vendas limpias. Envíe

a uno de los mozos de cuadra a buscar al doctor Clifford. Asegúrese de que el doctor se da cuenta de que esto es urgente. Que debe venir enseguida. —Acercó un poco del té que se enfriaba rápidamente a los labios de Helen—. Vamos, Helen —dijo suavemente—. Debes intentar beber. Te sentirás mejor cuando hayas tomado algo.

Sostuvo el líquido contra sus labios, recordando la otra ocasión en la que había intentado devolver la vida a su cuerpo inconsciente. Las imágenes y los olores del manicomio parecían elevarse para ahogarle, y tuvo que luchar para apartar las vívidas imágenes de su mente. Con ternura, le hizo pasar el líquido por la garganta, suspirando de alivio cuando sus ojos se abrieron y le miraron con pleno reconocimiento.

—El Barón —dijo ella con urgencia—. Fue el Barón quien me secuestró. Esta vez y antes, cuando intentaron ahogarme en el río.

—Entiendo —dijo el vizconde—. Ten. Debes beber un poco más de té y no intentar hablar más. Aggie vendrá a curarte las muñecas y a ayudarte a subir a la cama. —Por un momento su expresión se endureció en sus líneas anteriores de furia inflexible—. ¿Cómo ha ocurrido, Helen? ¿El Barón te hizo eso en las manos?

—No. —Ella trató de mantener su voz ligera—. Me lo hice yo misma. El Barón me ató las manos para que no pudiera escapar. Pero me dejó una vela, así que quemé la cuerda que había utilizado para atarme. Se prendió fuego y durante unos minutos no pude controlar las llamas. Pero una vez que mis manos estuvieron libres de las ataduras, fue sencillo extinguir las llamas, y bastante fácil salir por la ventana. La casa es antigua, y no había cristales, sólo contraventanas de madera atornilladas por dentro. —Una leve sonrisa iluminó el cansancio de su rostro—. Está claro que el barón no esperaba que me fuera de aventuras, porque las ventanas no tenían barrotes y no fue difícil salir de mi prisión. Empujé las contraventanas para cerrarlas tras de mí, ya que esperaba retrasar la persecución del Barón el tiempo suficiente para correr hasta el pueblo. Había un castaño de indias que crecía pegado a la casa, esperando a que alguien trepara por él. Pero supongo que el Barón se sintió bastante seguro una vez que me hubo atado. Habría sido imposible bajar del árbol con las manos atadas contra el cuerpo. —Se rió un poco temblorosamente—. No fue tan fácil como esperaba, incluso con las manos desatadas. Pero es asombroso cómo el pánico espolea los talones.

En silencio, el vizconde levantó sus manos y examinó las uñas rotas y la carne cortada de sus palmas. Sus labios se apretaron, pero no dijo nada sobre su historia.

—No hables más —le ordenó—. Debes descansar. Aquí está Aggie, que ha venido a cuidarte. Cuando hayas dormido, podrás contarnos cómo te las arreglaste para volver de Streatham.

Un fantasma de sonrisa rondó la boca de Helen.

—Volví andando desde Streatham, milord. Siete millas no son nada para la hija de un párroco rural.

Una expresión indefinible parpadeó en los severos rasgos del vizconde, pero de nuevo no dijo nada. Levantó las manos heridas de ella hasta sus labios y apretó suavemente un beso en las yemas de los dedos.

—Tengo que salir, Helen, pero Aggie cuidará de ti y Jem pasará la noche ante la puerta de tu habitación. No tienes nada que temer, querida. Sólo el Dr. Clifford será admitido por los criados. Puedes descansar tranquila, Helen.

—Desearía que te quedaras. —En su debilidad, no pudo evitar dejar escapar las palabras.

Su brazo se apoyó ligeramente sobre sus hombros y volvió a besarle la mano, ajena a la presencia de los criados.

—Me gustaría quedarme contigo, Helen, pero no puedo. Hay... asuntos apremiantes que requieren mi presencia en otro lugar. Toda la casa está a su servicio, querida. No dudes en ordenar lo que necesites.

—Gracias. — Ella volvió la cara, para que él no viera el atisbo de tristeza que no podía ocultar. El vizconde era amable con ella, y sin duda lamentaba que se hubiera sentido herida, pero no lo suficiente como para cancelar sus apremiantes compromisos. Pensó en Lady Violet Donnely, rosa y opulenta como había estado en el baile. No había esperanza de competir con tan experta voluptuosidad, y casi deseó no haber sido informada nunca del papel de lady Violet en la vida del vizconde. No pudo reprimir un rápido suspiro. Tal vez algún día habría niños a los que cuidar, hijos e hijas del vizconde en los que pudiera gastar su profundo caudal de amor.

No pudo perderse en estas lúgubres reflexiones durante mucho tiempo. Podía sentir la impaciencia del vizconde por irse y Aggie descendió sobre ella en un remolino de cacareos y exclamaciones de preocupación. Helen sonrió con desgana, demasiado agotada para protestar ante el decidido mimo de Aggie. Se alegró cuando el vizconde hizo ademán de marcharse casi tan pronto como Aggie empezó a vendarle las manos. Se sentía en peligro de desmayarse de nuevo y no tenía ningún deseo de exhibir tal debilidad delante de su marido. El vizconde le lanzó una última mirada escrutadora antes de inclinarse cortésmente desde el umbral de la puerta.

—Sé que te dejo en buenas manos. Lamento verme... obligado... a dejarte. Cuídala mucho, Aggie. Te veré a primera hora de la mañana, cuando pueda estar seguro de que has descansado.

Intentó ignorar la agonía del tacto de Aggie sobre sus manos quemadas y logró esbozar una débil sonrisa.

—Si puedes romper la barricada de mis, devotas enfermeras, estaré encantada de darle la bienvenida.

Por un momento el vizconde vaciló en la puerta y pareció que, después de todo, podría decidir no ir. Pero el momento pasó, y tirando de sus guantes con enérgica decisión, salió al oscuro pasillo.

Por fin en libertad de relajar su control, Helen lanzó una mirada de disculpa a Aggie antes de hundirse de nuevo en el dichoso olvido de la inconsciencia.

Capítulo

17

-S u señoría está durmiendo, milord. —Aggie plantó inflexible su enjuta figura en la entrada de la alcoba de Helen—. Necesita dormir todo lo que pueda, con ese malvado primo suyo que aún anda por ahí buscándola. Además, son las cuatro de la mañana, que es una hora pagana para estar despertando a una inválida. —Dirigió una mirada beligerante al silencioso vizconde, ignorando los retorcimientos tímidos de Jem, su hermano, que permanecía en su puesto de guardia frente a la puerta del dormitorio—. ¿Quién va a protegerla si yo no cuido de ella, eso es lo que quiero saber?

—Tu preocupación es muy conmovedora, Aggie —dijo secamente el vizconde—. Aunque creo que me gustabas más cuando eras más obsequiosa. Pero puesto que ya he matado al dragón, metafóricamente hablando, ¿no crees que ahora se me permitiría echar un ojo a la princesa dormida?

—¿Qué quiere decir con matar al dragón? —preguntó Aggie—. ¿Ha matado al Barón?

—Admito que estuve tentado —dijo el vizconde—, pero decidí, con cierto pesar debo decir, que nuestros propósitos estarían mejor servidos si no iba por Londres bombeando balas en los corazones de los únicos parientes que le quedaban a mi esposa. Simplemente persuadí al Barón de que su vida sería más cómoda, y mucho más segura, si zarpaba de Inglaterra con la marea de mañana. No es probable que vuelva a desafiar las costas de este país, creo.

—Bueno —Aggie sonaba ligeramente apaciguada—. Ciertamente es un placer oír que hay un villano menos para preocupar a mi lady Helen.

—¿Seguro que no se me sigue considerando un villano, Aggie? ¿Aún no he redimido ninguno de mis errores pasados a tus ojos?

—Quedan demasiados misterios para mi gusto —dijo Aggie sin rodeos—. No digo que estés compinchado con ese horrible hombre de Streatham, pero aun así me gustaría saber cómo es que estabas tan ansioso por ser viudo que estabas escogiendo una novia en el asilo de pobres.

Si los sentimientos del vizconde no se hubieran visto tan gravemente alterados por la brusca pregunta de Aggie, habría visto que el paciente de la enorme cama se ponía rígido de

repente. Así las cosas, permaneció ajeno al par de orejas adicionales que esperaban ansiosas su respuesta.

—No es mi costumbre explicar mis actos a un criado —comenzó el vizconde con rigidez, y luego se recompuso—. Aunque es justo que tú sepas lo que ocurrió. Mis acciones reflejan poco crédito en mi juicio, pero no creo que incluso una moralista tan severa como tú pudiera considerarlas villanas.

—Así es, milord. Es difícil pensar lo que estaba haciendo allí.

—Aggie, quería casarme con alguien, con cualquiera, sólo para cumplir las condiciones del testamento de mi padre. Una moribunda del hospicio me pareció la mejor elección para quedar pronto viudo, y así poder desposar a una dama que frecuentaba. No era un plan bonito, lo admito, pero tengo treinta y dos años y soy demasiado viejo para someterme bien a un capricho irracional de mi padre. ¿Me perdonas, Aggie? Sabes que mis planes cambiaron hace semanas. En cuanto empecé a conocer a Helen, de hecho.

—Bueno, no es exactamente lo que su santo tío hubiera deseado —dijo Aggie dubitativa.

Se oyó una pequeña risita desde la cama.

—Creo, milord, que está casi perdonado. No sé cómo ha logrado el milagro. Enviar a un malvado barón huyendo del país y envolvernos a todos en el lujo más escandaloso normalmente no haría más que una ligera mella en el corazón blindado de Aggie.

—¡Helen! —Rápidamente el vizconde cruzó a su lado—. Se supone que deberías estar durmiendo, no escuchándome sacar la peor parte de una discusión con tu antigua ama de llaves.

Los ojos grises de Helen le sonrieron.

—¡Pero si llevo años perdiendo todas mis discusiones con ella! Te hace bastante de la familia oírte recibir el filo de la lengua de Aggie. —Levantó una de sus manos vendadas e hizo una mueca de dolor al apoyarla contra el brazo del vizconde—. Pero en serio milord. Dígame, ¿se ha... se ha ido de verdad?

Los ojos del Vizconde se suavizaron mientras le acariciaba suavemente el brazo.

—Convencí al barón Ralston de que estaba deseando pasar una larga estancia en el extranjero y que realmente no deseaba empacar más de un portamaletas. Salió precipitadamente de su casa de campo con uno de los criados metiendo aún candelabros de plata en un saco. Creo que es muy poco probable que volvamos a verle.

—Y me alegra mucho oír eso —dijo Aggie austeramente—. Nunca entendí cómo su santa mamá llegó a tener un pariente tan desagradable.

—Nos pasa a los mejores —dijo el vizconde, sonando divertido—. Particularmente a los mejores de nosotros, de hecho. Y con semejantes dechados de virtud por padre y tío, me habría sentido tristemente fuera de lugar si Helen no hubiera tenido unos cuantos parientes un poco menos honorables acechando en el fondo.

—Es usted demasiado amable —dijo Helen—. Estoy segura de que las ovejas negras de su familia se han mantenido hasta ahora lejos del asesinato.

—Al menos en las últimas generaciones —convino el vizconde—. Pero puedo asegurarle que nuestra progresión desde los yeomen isabelinos a los nobles Estuardo no soportaría un examen muy detenido.

Helen se rió, pero aún estaba demasiado cansada para pensar en algo apropiado que decir, y un ligero silencio se apoderó de los ocupantes de la sala. Incluso Aggie parecía temporalmente sin palabras. Fue el vizconde quien finalmente rompió el prolongado silencio.

—Quizás, Aggie, ¿serías tan amable de traerle a la vizcondesa una bebida caliente?

—Pero si ya he tomado leche caliente y una taza de zumo de limón mezclado con miel —protestó Helen.

—Sin embargo, creo que ambos necesitamos un vaso más leche —dijo el vizconde, inexorable.

—Sí, milord. —Aggie parecía notablemente sometida, y se retiró de la habitación sin echar una mirada atrás.

—¿Le pasa algo? —preguntó Helen.

—Nada muy desastroso —dijo secamente el vizconde—. Simplemente que estoy al límite de mis fuerzas.

—¿Quiere decir que está cansado, milord?

—No precisamente. Sin embargo, en lo que va de este largo y tempestuoso día, he sobrevivido a un intento de dejarme inconsciente con láudano. Te he imaginado fugándote con un amante desconocido. He huido infructuosamente en tu rescate, aún no has oído esa historia, y he perseguido a un canalla asesino hasta la carretera de Dover. A través de todas estas actividades multifacéticas, básicamente he estado pensando en una sola cosa.

—¿Qué cosa, milord? —susurró Helen.

Los labios del vizconde rondaron tentadoramente cerca de la boca de Helen.

—En esto —dijo mientras la besaba, primero suavemente y luego con una pasión que los sobresaltó a ambos.

—No puedo imaginar que Aggie fuera tan poco diplomática como para volver con la leche —dijo el vizconde en voz baja—. Pero en caso de que ella contemple tal indiscreción, será mejor que cierre la puerta.

—Es muy tarde —sugirió Helen tentativamente—. ¿Tal vez debería estar durmiendo?

—Ciertamente es tarde —convino equitativamente el vizconde—. Es casi de mañana, de hecho. Apenas tendría tiempo de dormirme cómodamente antes de que alguien me despertara para desayunar. Estoy seguro de que debe haber mejores formas de pasar las próximas dos o tres horas.

Sus labios rozaron un camino de ardor por el costado de sus mejillas y bajaron hasta sus hombros.

—¿No podrías ayudarme a encontrar algunas? —le preguntó.

Helen apoyó la cabeza contra la fuerza reconfortante del hombro del vizconde.

—Sí, milord —susurró mientras él la estrechaba contra su corazón—. Estoy casi seguro de que puedo.

—¿Y podrías hacerlo cada día durante el resto de nuestras vidas? —le preguntó mientras la miraba fijamente, suplicando que accediera a permanecer para siempre a su lado, como su esposa.

—Será un placer milord... Christian. —Afirmó ella sin ningún atisbo de duda.

Notas

[1] Tiepin es un alfiler de corbata.

[2] Termagante era el nombre dado en la Europa Medieval cristiana a un dios imaginario que se creía que era adorado por los musulmanes

[3] El término whig corresponde al antiguo nombre del Partido Liberal británico.

[4] Tory es el nombre con el que se denomina a quien pertenece o apoya al Partido Conservador británico.

[5] Un jerkin es una especie de chaleco masculino corto y ajustado, generalmente hecha de cuero.